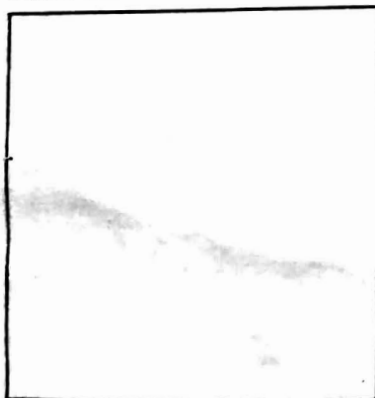


18/00357
debate
sobre la teoría
marxista
del valor

traducciones del
italiano de
alfonso garcía ruiz
aldo arturo borzoni



ADQUISICIÓN DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID.
debate sobre
la teoría
marxista del valor

pierangelo garegnani
y otros

D
330.138
DE13

82
CUADERNOS
DE
PASADO Y
PRESENTE

debate sobre
la teoría
marxista del valor

la crítica de la economía
política y

N. E. 480024227

primera edición en español, 1979
© ediciones de pasado y presente
impreso y distribuido por siglo XXI editores, s.a.
cerro del agua 248 - México 20, d.f.

nan 908-23-0487-3 N.C.

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en México
printed and made in Mexico

INDICE

¿CUÁNTO VALE EL VALOR TRABAJO?, <i>por</i> ANGELO BOLAFFI	7
EL ENIGMA DEL VALOR, <i>por</i> CLAUDIO NAPOLEONI	15
LA REALIDAD DE LA EXPLOTACIÓN. I, <i>por</i> PIERANGELO GAREGNANI	30
LA REALIDAD DE LA EXPLOTACIÓN. II, <i>por</i> PIERANGELO GAREGNANI	42
LA REALIDAD DE LA EXPLOTACIÓN. III, <i>por</i> PIERANGELO GAREGNANI	55
EL ESLABÓN ROTO, <i>por</i> FERNANDO VIANELLO	65
VALOR Y DIALÉCTICA EN MARX, <i>por</i> LUCIO COLLETTI	75
EL PRINCIPIO DEL VALOR TRABAJO, <i>por</i> MARCO LIPPI	84
EL VALOR DE MARX, <i>por</i> ELMAR ALTVATER, JURGEN HOFFMANN Y WILLI SEMMLER	95
LA CRÍTICA, LA ALIENACIÓN Y EL GOBIERNO DE LOS PRODUCTORES, <i>por</i> FRANCO CASSANO	105

MARX Y LA CIENCIA DE "EL CAPITAL"

EL PROBLEMA DEL VALOR TRABAJO, <i>por</i> MICHELE SALVATI	117
ALGO MÁS SOBRE CIENCIA Y FILOSOFÍA EN MARX, <i>por</i> SALVATORE VECA	125
EL MARX INÚTIL DE LIPPI, <i>por</i> CLAUDIO NAPOLEONI	133
SI SE QUITA LA CIENCIA Y SE AGREGA LA UTOPIA, <i>por</i> MASSIMO CACCIARI	139
EL VALOR DE MARX, <i>por</i> MARCO LIPPI	146

DEBATE SOBRE SRAFFA Y EL MARXISMO

POR EL RENCUENTRO DE MARX CON LOS CLÁSICOS, <i>por</i> PIERANGELO GAREGNANI	155
NOS OBLIGA A RECOMENZAR TODO DESDE EL PRINCIPIO, <i>por</i> CLAUDIO NAPOLEONI	162
SI LA TEORÍA ECONÓMICA DUDA DEL CAPITALISMO, <i>por</i> FABIO RANCHETTI	165
POR QUÉ "REDESCUBRI" LA OBRA DE RICARDO, <i>por</i> ALESSANDRO RONCAGLIA	168
ENTRE WITTGENSTEIN Y KEYNES, <i>por</i> MASSIMO CACCIARI	172

APÉNDICE

FÓRMULAS MÁGICAS Y POLVO DE ARSÉNICO, <i>por</i> PIERANGELO GAREGNANI	177
---	-----

¿CUÁNTO VALE EL VALOR TRABAJO?

Existe un pasaje clásico de la "crisis" del marxismo que el reciente debate, influido fuertemente por las temáticas mistificadoras y esencialmente filosóficas del otro lado de los Alpes, ha dejado a un lado para ser discutido por especialistas. Más atenta al problema de los valores y de los fundamentos, la *bagarre* de la *nouvelle philosophie* no se ha interesado por lo que constituye la verdadera base de la construcción crítico-analítica de Marx: la teoría del valor trabajo. Mientras que, desde siempre, la crítica a la obra de Marx y a la hipótesis de una transformación socialista no utópica de la sociedad, empezando por Croce y Böhm-Bawerk, parte precisamente de la falsificación de dicha teoría para reducir el marxismo a un canon histórico o a una metafísica de un generoso revolucionario poscardiano. Recientemente, sobre todo después de la lección dada por Sraffa, toda una corriente de pensamiento económico ha tratado de hacer de la necesidad virtud, tomando nota, sin lamentaciones, de que hay algo en el sistema de Marx que, aunque no se trata por cierto de algo de poca monta, no funciona, y mejor aun ha tratado de ver si es posible a partir del *punto oscuro* de la transformación de los valores en precios confirmar una valencia crítico-revolucionaria a la enseñanza de Marx. O, de todas maneras rechazar las conclusiones interesadas en esa versión moderna de la *Vulgärökonomie* que es el marginalismo para el que la imposibilidad de demostrar científicamente (coherencia lógica no-contradictoria y no tautológica) el teorema del valor trabajo prueba la inexistencia de la explotación y reduce el trabajo, en excelente compañía con *Madame la terre* y *Monsieur le capital*, a uno de los factores de la producción que junto con los otros dos concurre (y *debe* concurrir) al bien común.

El seminario organizado la semana pasada por la Facultad de Economía y Comercio de la Universidad de Módena ha discutido precisamente sobre esta problemática. Cuatro intervenciones básicas presentadas por Vianello, Napoleoni, Veca y Garegnani en una discusión sobre la que se cernía la sombra de otros dos expositores ausentes: Lippi (que no obstante envió una ponencia escrita) y Colletti, citado repetidas veces por Napoleoni.

¿Ha existido un mínimo común denominador en la discusión? Tal vez éste: todo intento de defensa ortodoxa de la teoría del valor trabajo está destinado al fracaso si pretende convertirse en una teoría de los precios relativos y de la determinación de la tasa de ganancia. Napoleoni ha dicho: pasar del valor al trabajo es imposible y una ilusión que hay que abandonar tomando en cuenta que lo más que puede hacerse es pasar del valor a los valores y a los precios, mas no al trabajo, o, si se quiere, a un trabajo "empírico" completamente distinto del trabajo que Marx tenía en su mente cuando daba el primer paso del proceso que lo llevaba en términos generales del trabajo al valor. Se trata de un instrumento que hay que abandonar o —como dice Vianello—, si se desea conservar precisamente como un recuerdo querido, que sirve para explicar lo real tanto como un juguete de niño.

Con estas premisas han resultado radicalmente opuestas, sobre todo con Napoleoni y Garegnani, las conclusiones obtenidas y los razonamientos desarrollados para examinar la relevancia y el significado que tiene, dentro de Marx, el papel de la teoría del valor trabajo y las consecuencias que se siguen de su tergiversación para todo el sistema. No es casual que mientras para Garegnani no sólo no existe una crisis en el marxismo sino que lo que está en crisis hoy día más que nunca es la respuesta de la economía burguesa, para Napoleoni, en cambio, nos encontramos ante una agudísima crisis del marxismo que implica una revisión profunda. Si no he entendido mal, junto con el resurgimiento de los "dualismos" ya clásicos, desde Korsch hasta Colletti y Althusser, entre el joven y el viejo Marx, entre el aspecto cuantitativo y el cualitativo de la teoría del valor, entre la ciencia y la filosofía, en la discusión han surgido (y esto resulta inevitable) no sólo dos opciones políticas y dos visiones de la lucha de clase, sino también dos lenguajes distintos sobre cómo responder concretamente a los problemas que se plantea concretamente el movimiento obrero.

Examinemos en forma esquemática los puntos esenciales, haciendo la advertencia de que deliberadamente pasaremos por alto las contribuciones de Veca y Lippi que ya han modificado sustancialmente los puntos centrales de sus trabajos más recientes, ampliamente reseñados y discutidos por *Rinascita*.

Para Vianello, quien cita una afirmación explícita del propio Marx, "toda la comprensión descansa en" la distinción entre los dos caracteres que tiene el trabajo en sus realidades de valor de uso y de valor de cambio, que encontramos ya desde el principio de *El capital*, y la idea de un tratamiento del plusvalor independiente de su forma particular de ganancia, renta e interés.

El doble carácter del trabajo es a la vez punto de apoyo y punto de partida para el análisis de Marx, aspecto descuidado siempre por los economistas (y yo diría por toda una cierta tradición marxista) que en pocas palabras han creído que el problema fundamental era únicamente el de la "medición", de la misma manera exactamente que para Ricardo. Establecido esto y dando por descontado que la teoría del valor trabajo como teoría de la determinación de los precios no funciona, de aquí deriva la hipótesis de interrumpir el proceso de deslizamiento que lleva del trabajo abstracto (fetichismo, etc.) a la identificación del trabajo como sustancia del valor, a medir mediante la cantidad de trabajo necesario, es decir a los conceptos de magnitud y sustancia del valor. En esta forma se podría superar la situación aporética del sistema de Marx, cercenándolo de lo que no funciona y sobre todo de la idea de demostrar científicamente la explotación, encontrando en el plusvalor el fondo cuya redistribución da origen al ingreso de todos aquellos que no son trabajadores productivos, y manteniendo, por el contrario, el aspecto crítico cualitativo que hace coincidir la teoría de la alienación y del fetichismo con la explotación. Es imposible reproducir todos los pasajes. El razonamiento de Vianello se refiere filológicamente al texto de Marx injustamente olvidado y citado a menudo sólo como una obra de divulgación, *Trabajo asalariado y capital* (1849), en la que ya se encuentra presente toda la esencia de la teoría de la alienación y del fetichismo: "Un negro es un negro. Sólo en determinadas condiciones se convierte en esclavo [...] del mismo modo que el oro no es de por sí dinero, ni el azúcar el precio del azúcar." [Karl Marx, *Trabajo asalariado y capital*, en *Obras Escogidas*, Moscú, Ediciones Progreso, 1973, t. I, pp. 162-163.] Nos encontramos en el mundo embrujado y subvertido de las mercancías dominado por los procesos de intercambio frente a la radical separación dentro de la actividad humana de objetivo y medio. Es inútil para la crítica tratar de encontrar las relaciones en que se intercambian las mercancías entre sí (incluyendo obviamente la fuerza de trabajo), es suficiente criticar la forma que asumen tales procesos. Una operación que obviamente no es fácil ya que es evidente e innegable en Marx "el abrazo mortal" entre la teoría de la alienación y la teoría del valor trabajo. Pero precisamente por esto es absolutamente inevitable dicha operación quirúrgica teórica para impedir que de la "tergiversación" de la segunda se llegue a la tergiversación de la primera. Se puede salvar la teoría de la explotación dejando perder la de la redistribución y la idea de que la masa de las ganancias coincide con la del plusvalor. Es inútil detenerse en los viejos juegos entre los

volumenes I y II de *El capital* o en reducir la teoría del valor trabajo a una teoría de la sociedad mercantil, simple llena de castores y cazadores, como lo hizo Engels. Valor y plusvalor se convierten en metáforas, se rompe el eslabón que en la obra de Marx formaba la teoría del valor trabajo al unir el análisis del trabajo abstracto con el análisis de la redistribución del ingreso. Se impone en torno al núcleo intacto "un imponente trabajo de re-inscripción". La esencia de la teoría de la explotación es la reducción a mercancía de la fuerza de trabajo.

Napoleoni va mucho más adelante adentrándose en las profundidades de una reelaboración de la obra de Marx que parece encaminarse a restablecer decididamente la primacía de la filosofía. En su opinión no cabe duda de que la idea que tenía Marx del trabajo era totalmente distinta de la que tenían los clásicos, y no es casual que a menudo los economistas se hayan visto obligados a apoyarse en los filósofos para comprender su alcance disruptivo. Basta pensar en el éxito logrado por Colletti y su crítica a la interpretación del trabajo abstracto como abstracción mental en lugar de abstracción real, como "defecto", si preferimos llamarlo así, de la realidad. Con razón, pues, Vianello rehúsa considerar a Marx sólo como uno de los clásicos, mientras que resulta más problemático su intento por salvar sólo una parte de la obra de Marx. La aporía en la que nos encontramos es evidente: "por una parte tenemos algunas categorías típicas, propias del análisis de Marx (trabajo abstracto, fetichismo y alienación) que como todos sabemos forman parte ilustrativa de la comprensión de la realidad capitalista, y si tratamos de prescindir de ellas, nos encontramos desarmados frente a esta realidad. Por esta razón no las abandonamos". Por otra parte, apenas tratamos de "hacer un análisis en sí coherente nos vemos en la imposibilidad de cerrar el círculo". ¿Cómo salir de él? Tratemos de ver adónde nos lleva la diferencia que hay entre el concepto de trabajo en Marx y en los clásicos. Estos tienen, como Marx objeta, por ejemplo, a Smith en los *Grundrisse*, una visión "pesimista" del trabajo, y al mismo tiempo que tratan de imponerla a toda la sociedad reproducen una visión "negativa", servil, del trabajo proveniente de la antigüedad clásica, que ha sido mantenida con vida a través del *medium* del pensamiento cristiano. En cambio, para Marx el trabajo como realización esencial de ese ente natural genérico que es el hombre tiene un carácter positivo y constituye el modo en que el hombre se realiza en la historia. Para Marx, en pocas palabras, el trabajo es una categoría filosófica en el sentido en que, por ejemplo, Marcuse trata de definirlo en su ensayo de 1983 dedicado a los *Fundamentos del*

concepto de trabajo: "El trabajo [...] es un concepto ontológico, un concepto del ser de la existencia humana entendido como tal." El trabajo es, pues, una realización del hombre, pero también constituye su condición *históricamente enajenada*. Dicho punto de vista se distingue claramente de las posiciones idealistas a lo Lukács en 1923 según las cuales la alienación es sinónimo de objetivación. En este caso la revolución se convierte en un vocablo para indicar la abolición del trabajo en cuanto tal, o, si se prefiere, significa la cancelación del término natural que caracteriza el ser del ente genérico, y por tanto la historicidad de la alienación: pero, siendo así, ¿cuál es su causa, dónde está su origen? Tratemos de ver si es posible encontrar una explicación, siguiendo parcialmente las indicaciones de Marcuse. El trabajo contiene un elemento intrínseco y no eliminable de negatividad impuesto por la necesidad de *parecerse a*, de obedecer a las leyes de la cosa. Desde este punto de vista, la alienación no es histórica. Su historicidad se encuentra más bien en la absolutización de este elemento immanente, en la realización de una posibilidad intrínseca dentro del capitalismo. Se presenta una contradicción entre *esencia y existencia*. La historia es una historia de la escisión de la esencia (o historia de la alienación), y el capitalismo es sólo su último acto, el momento culminante, el punto en que la contradicción entre esencia y existencia se ve acompañada también de la contradictoriedad de la existencia en sí, del existente histórico. La alienación se presenta en forma de abstracción. El trabajo alienado, por tanto, no debe confundirse con el trabajo abstracto, ya que este último es sólo un modo histórico de trabajo, el burgués. En esto consiste la contradicción históricamente específica: en el capitalismo la objetivación no es más que un proceso de valorización, el objeto es el valor o dinero (no entendido obviamente como medio de cambio). En esta forma, tanto el valor como el trabajo se colocan en un espacio filosófico y ontológico. En el caso general, el trabajo y el objeto de trabajo son ajenos entre sí; en el histórico, propio del capitalismo, no sólo son ajenos entre sí el trabajo asalariado y el valor, sino que existe una contradicción propiamente dicha entre ellos. El trabajo incluye el valor porque lo produce, y, a su vez, el valor incluye al trabajo porque lo reduce a capital variable partiendo de sí mismo. Cuando esto sucede, se establece concretamente la posibilidad de la revolución: la realidad se hace ontológicamente insoportable. Por otra parte, la inversión de sujeto y predicado en la realidad alienada del mundo burgués, la pérdida del trabajo dentro de su propio objeto implica y explica finalmente por qué es imposible seguir el camino recorrido desesperadamente por Marx en el pro-

ceso de transformación de los valores en precios para reencontrar el trabajo a partir del valor.

"El dinero no tolera nada fuera de sí mismo", afirma Marx en los *Grundrisse*, y este hecho, según Napoleoni, explicaría la naturaleza del valor que destruye el proceso de valoración que la ha producido. El valor es la totalidad. Así, pues, en principio, el problema de la determinación de la tasa general de ganancia, como lo había planteado Marx, es un no-problema porque no tiene solución. ¿Existe pues un error en las bases mismas de la construcción de Marx? ¿Cuál? Si en un imposible se pudiera resolver el problema propuesto por Marx, es decir si detrás de los precios se encontraran realmente los valores, "cada uno de los actos de la vida del capitalismo, cada momento, cada aspecto sería una inmediata manifestación directa de fondo de esa contradicción del capitalismo". Nos la encontraríamos a cada paso. Esto impediría todo funcionamiento del sistema social y productivo. He aquí la explicación de la eterna e incansable persecución por parte de Marx del fantasma de la crisis, es decir de aquel momento en que la posibilidad se convierte en necesidad real, y la continua búsqueda por parte del marxismo de contradicciones y procesos contradictorios.

Las conclusiones teóricas y políticas son evidentes. La anulación del trabajo dentro del valor implica que la esfera del valor, que es la de la economía política, tenga su propia autonomía, tenga una posibilidad de funcionamiento y prosecución que van mucho más allá de las previsiones del marxismo. Esto significa no sólo que el proceso revolucionario no tiene nada de mecánico, sino que él impone la trascendencia de la esfera de la economía, y, al igual que la esfera de la economía, la ciencia que la estudia se independiza de la categoría del valor. Así no sólo se origina una delimitación del ámbito de la realidad de la ciencia económica con respecto a las previsiones de Marx, sino que se viene completamente abajo la hipótesis de poder eliminar de ella la filosofía que en esta forma se hace indispensable para la cimentación misma de la revolución como perspectiva histórica y de una teoría de la reificación o del valor trabajo.

Es absoluto el desacuerdo de Garegnani, ya desde la presentación misma de sus argumentos, cuando afirma irónicamente que para algunos "la invención de la rueda es inútil porque a todas partes se puede llegar a pie". Marx trata de determinar con su teoría del valor trabajo la tasa de ganancia situándose dentro de la teoría del excedente. Con esto desarrolló el "nexo interno" descubierto por Ricardo, eliminando los elementos utópicos de la ten-

dencia objetiva del conflicto social y de la radical contraposición entre las dos clases.

El error histórico del marxismo, empezando por Hilferding, consiste en haber aceptado el campo de lucha impuesto por los adversarios, es decir haber aceptado que *todo* Marx coincide con su punto débil, la teoría del valor trabajo. Una respuesta defensiva a un ataque que una y otra vez quiere reducir a Marx a un sociólogo a la Sombart o a un filósofo hegeliano. Hay que librarse de esta actitud defensiva e insistir no sólo en la existencia de la explotación sino en el hecho de que ella de todas maneras existe, tenga o no validez la teoría del valor trabajo. Obviamente, en la medida en que desaparece la transparencia del plusproducto en términos físicos, se tiene la impresión, que tranquiliza al economista vulgar, de que se puede acomodar un aumento en las ganancias o en los salarios independientemente de una reducción recíproca. Esta conexión antagónica interna, de ninguna manera armonizadora, ya era conocida para Ricardo, quien fue el primero en destruir la ilusión de que los trabajadores podían "tener más sin que los capitalistas tuvieran menos". Así, pues, la base incurable de la contradicción está en la determinación inversa entre salarios y ganancias. Es para esto para lo que sirve la teoría del valor trabajo, no ya para explicar la formación de los precios relativos: en este sentido más bien no funciona, y es preciso recordar que el mismo Marx, aun cuando ya tenía listo todo el material del III volumen, no lo publicó. Se detuvo a un paso de la solución, pero las limitaciones de la ciencia matemática de su tiempo le impidieron resolver el enigma. Y es muy absurdo reprocharle hoy no haber empleado las ecuaciones de Sraffa. El problema de la explotación se nos presenta, por lo tanto, como un hecho al mismo tiempo más simple y más complejo. Más simple ya que, como recuerda Engels en su introducción a la *Miseria de la filosofía* de 1882, se trata de un hecho que no requiere ninguna teoría. Más complejo ya que estamos obligados a desarrollar una teoría sobre los procesos económicos que no reniegue de este hecho ni lo reduzca, como lo hizo el marginalismo, a pura apariencia. En la historia del pensamiento económico existe un elemento discriminante que al mismo tiempo es una discriminación: este elemento es el *excedente*.

Como es obvio, la tesis de Garegnani se orienta en un sentido diametralmente opuesto a la de Napoleoni, pero también a la de Vianello: tal vez valga la pena señalar que de cualquier modo la obra de Marx parece destinada a disolverse en sus fuentes. La salvación está en efecto en la alternativa entre un retorno a Hegel o a Ricardo.

Sólo dos observaciones finales: una más tranquilizadora que la otra. Si volvemos nuestros pasos hacia atrás para releer la historia del movimiento obrero nos damos cuenta de que muchas veces ha sido una historia de las "falsificaciones" del marxismo y, es más, nos damos cuenta de que sus puntos de fuerza han sido precisamente los cambios de dirección impuestos por la necesidad de tener en cuenta los cambios ocurridos en lo real, y de abandonar la ortodoxia. En este sentido no sólo no debe atemorizarnos una discusión sobre el marxismo, sino que más bien debemos habituarnos a la idea de que, en una u otra forma, deberemos bailar. Ni siquiera la teoría se escapa al efecto de la crisis. El verdadero problema y el peligro están en la incapacidad de salir adelante de la crisis y de la discusión de los principios dando marcha atrás (como a veces ha ocurrido también en este seminario) para rescatar todo lo filosófico y sólo lo filosófico de la crítica de lo existente que, cuando no se reduce únicamente a una lúcida desesperación como en los aforismos del *Crepusculo* de Horkheimer, citados por Vianello, puede convertirse en cómoda coartada para aceptar como inevitables las reglas y las vinculaciones de la esfera técnica de lo económico. En ese caso, la revolución adquirirá las características de una palíngenesis total de la cual no puede decirse más que sucederá en un futuro lejano.

[*"Quanto vale il valore-lavoro?", en Rinascita, núm. 6, 10 de febrero de 1978.*]

CLAUDIO NAPOLEONI

EL ENIGMA DEL VALOR

Para poder apreciar el papel que desempeña la teoría del valor trabajo en el pensamiento de Marx, debemos partir de la constatación de que al referir el valor al trabajo Marx tiene una idea sobre el trabajo distinta de la que tenían los economistas clásicos.

Esto lo han puesto en evidencia los filósofos más que los economistas. Estos últimos se han limitado, cuando mucho, a tomar nota; al menos en Italia, por ejemplo, si tomamos la tesis de Colletti según la cual el trabajo del que habla Marx en la teoría del valor es un trabajo abstracto que no constituye una generalización mental sino más bien una abstracción real, y que, correlativamente, el "misticismo" del análisis de Marx sobre la mercancía y el valor no es un defecto de dicho análisis con respecto a los cánones que rigen la investigación científica, sino un "defecto" de la realidad, o sea de su carácter subvertido. Pero, una vez aceptada, esta puntualización filosófica se deja a un lado en cuanto no implica mayores consecuencias para la prosecución del análisis. Una de las manifestaciones más relevantes de esto es el hecho de que el concepto de valor absoluto, o, lo que es lo mismo, de dinero, no ya como simple intermediario en el intercambio, sino como producto específico del modo capitalista de producción, no logra encontrar su lugar en la discusión económica, aun cuando ésta se refiera explícitamente a Marx. Esto quiere decir que, a pesar de todo, sigue en pie el prejuicio de que se trata aquí de "entidades metafísicas" que hay que rechazar para salvaguardar el rigor del análisis científico.

Por otra parte, los economistas no pueden ser culpados por esto, porque efectivamente no es fácil advertir cómo de la identificación del trabajo como trabajo abstracto se puedan extraer consecuencias directamente relevantes para el análisis de los hechos económicos. De aquí se deriva una especial situación de malestar y zozobra que afecta tanto a los filósofos como a los economistas: por un lado, están algunas categorías como la de alienación, trabajo abs-

tracto, etc., que iluminan completamente la sustancia de la realidad capitalista y de las que están convencidos que no pueden prescindir; por otro lado, dichas categorías no son capaces de sostener un análisis económico riguroso, es decir un análisis científico propio de aquella realidad que las categorías en cuestión definen como básicas para la situación histórica del momento.

Vamos a exponer aquí algunas reflexiones, muy incompletas y provisionales, sobre el concepto de trabajo en Marx, tratando de demostrar que si bien no tienen consecuencias para algunos estudios particulares del análisis económico, sí las tienen por lo menos para la determinación del carácter del mismo. A lo largo de la argumentación trataremos de dar algunas indicaciones sobre el problema de la "transformación", es decir sobre las razones de la imposibilidad de su resolución. Inevitablemente, el discurso tendrá un carácter sobre todo filosófico. Aunque con esto se espera, a pesar de todo, contribuir a atenuar el malestar del que hemos hablado y a lograr una situación más pacífica respecto a las polémicas, sumamente acaloradas, de los últimos años. Las divisiones que se han observado con respecto a la teoría del valor han originado fracturas en todo lo demás, tanto a nivel teórico como a nivel político; hoy día se considera que ha llegado el momento de intentar, en la medida de lo posible, una reunificación.

1. La diferencia entre Marx y los clásicos con respecto a la concepción del trabajo resulta más clara, por razones obvias, si se la compara con Smith; y esto, a su vez, resulta especialmente diáfano en el siguiente pasaje, ya conocido, de los *Elementos Fundamentales para la crítica de la Economía Política 1857-1858* (México, Siglo XXI, 1976, vol. II, pp. 119-120):

[Trabajarás con el sudor de tu frente], fue la maldición que Jehová lanzó a Adán. Y de esta suerte, como maldición, concibe Smith el trabajo. El "reposo" aparece como el estado adecuado, como idéntico a la "libertad" y a la "dicha". Que el individuo "en su estado normal de salud, vigor, actividad, habilidad, destreza", tenga también la necesidad de su porción normal de trabajo, y de la supresión del reposo, parece estar muy lejos de su pensamiento. A no dudarlo, la medida misma del trabajo se presenta como dada exteriormente, por medio del objetivo a alcanzar y de los obstáculos que el trabajo debe superar para su ejecución. Pero que esta superación de obstáculos sea de por sí un ejercicio

de la libertad —y que además a los objetivos exteriores se les haya despojado de la apariencia de necesidad natural meramente exterior, y se les haya puesto como objetivos que no es sino el individuo mismo el que pone—, o sea como autorrelación, objetivación del sujeto, por ende, libertad real cuya acción es precisamente el trabajo —[de esto] A. Smith [no tiene la más remota idea] no abriga tampoco la menor sospecha. Tiene razón, sin duda, en cuanto a que en las formas históricas del trabajo —como trabajo esclavo, servil, asalariado— éste se presenta siempre como algo repulsivo, siempre como *trabajo forzado, impuesto desde el exterior*, frente a lo cual el no-trabajo aparece como "libertad y dicha". Esto es doblemente verdadero: lo es con relación a este trabajo antitético y, en conexión con ello, al trabajo al que aún no se le ha creado condiciones, subjetivas y objetivas (o también con respecto a la condición pastoril, etc., que las ha perdido) para que el trabajo sea trabajo atractivo, autorrealización del individuo, lo que en modo alguno significa que sea mera diversión, mero entretenimiento, como concebía Fourier con candor de costurera (con una ingenuidad y superficialidad muy grandes). Precisamente, los trabajos realmente libres, como por ejemplo, la composición musical, son al mismo tiempo condenadamente serios, exigen el más intenso de los esfuerzos.

Por tanto, Smith concibe el trabajo como negatividad, como natural o esencialmente negativo: es la negación de la "libertad" y de la "felicidad", a pesar de ser el creador de la riqueza de las naciones; esta negatividad está tan enraizada en el trabajo que el hecho de que el trabajador exprese en su trabajo su propia "habilidad" o su propia "destreza" no logra erradicarla. En esto Smith se presenta como la verdadera culminación del pensamiento burgués. En efecto, la burguesía, aunque coloca al trabajo en el centro de la constitución de la sociedad y lo impone a todos como un servicio fuera del cual no existe derecho alguno, sin embargo no logra superar la concepción *antigua* del trabajo como obra servil; concepción que se basa en el pensamiento griego y que es transmitida a la época moderna por el pensamiento cristiano. Para el pensamiento burgués, a diferencia del pensamiento antiguo, todos son iguales ante el trabajo, aunque, del mismo modo que el pensamiento antiguo, la vida está por encima del trabajo (podría señalarse que junto con esta ambigüedad está unido el carácter ambiguo de la explotación burguesa, que, por lo menos en su forma original, no es la explotación del que no trabaja sobre el que trabaja).

Marx contrapone a Smith la positividad *esencial* del trabajo y al mismo tiempo pone de manifiesto la alteración que de él ha hecho la sociedad hasta el presente. Es decir, en los términos del lenguaje y de los conceptos de los *Manuscritos* de 1844, contrapone a Smith la esencia (el trabajo es la realización del ente natural

genérico) y al mismo tiempo le hace ver la negación de la esencia en la existencia histórica dada. Con esto, la acusación de Marx a Smith queda definida como la de cambiar el trabajo determinado históricamente por el trabajo en general, es decir como el reducir la esencia precisamente a aquella existencia que la niega. Esto significa, para Marx, que no se comprende el trabajo históricamente determinado cuando se lo cambia por trabajo natural o general, porque comprenderlo significa establecer su desviación con respecto a la esencia. Para probar esto se puede presentar el hecho de que Smith no logra llegar al concepto general de trabajo abstracto, aunque advierte su presencia. Recuérdese el juicio contenido en la *Introducción* de 1857:

Un inmenso progreso se dio cuando Adam Smith rechazó todo carácter determinado de la actividad creadora de riqueza considerándola simplemente como trabajo; ni trabajo manufacturero, ni trabajo comercial, ni agricultura, sino tanto uno como el otro. Con la universalidad abstracta de la actividad creadora de riqueza, se da al mismo tiempo la universalidad del objeto determinado como riqueza, como producto en general, o, una vez más [como] trabajo en general, pero como trabajo pasado, objetivado. (*Elementos fundamentales...* cit., vol. I, p. 25.)

2. ¿Cuál es, por tanto, el punto de vista de Marx? La definición, dada en los *Manuscritos*, del hombre como ente natural genérico ("Pero el hombre no es solamente un ser natural, sino que es un ser natural humano; es decir, un ser que es para sí mismo y, por tanto, un ser genérico, y como tal debe necesariamente actuar y afirmarse tanto en su ser como en su saber", *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, en Marx-Engels, *Escritos económicos varios*, México, Grijalbo, 1975, p. 117) implica para Marx la definición de trabajo precisamente como la realización y confirmación de esa esencia. Comentando los *Manuscritos*, Marcuse escribe en 1932: "Entendido en esta forma, el trabajo es la 'confirmación' específica 'de la esencia' del hombre; en él se realiza y se 'confirma' la naturaleza humana" (*Marxismo e rivoluzione*, Turin, Einaudi, p. 75). En otras palabras, con esto el concepto de trabajo es presentado por Marx como un concepto ontológico (dice también Marcuse, *ibid.*, p. 73); se concibe por lo mismo dentro de un espacio filosófico exactamente como lo hace Hegel. Nuevamente Marcuse describe esta circunstancia en 1933, de la siguiente manera:

La base esencial del trabajo no está en una carencia de bienes o en

una descompensación entre el mundo de los bienes en cada momento presentes y disponibles y las necesidades humanas, sino por el contrario, valga la expresión, en una sobreabundancia esencial de la existencia humana con respecto a toda posible situación de sí misma y del mundo: el ser del hombre es siempre *algo más* que su existencia durante cierto tiempo, supera toda posible situación y, precisamente por esto, se encuentra en una inevitable discrepancia con ella: una discrepancia que requiere un trabajo continuo para superarla, aunque la existencia no pueda nunca descansar en la posesión de sí misma y del mundo. (*Cultura e società*, Turin, Einaudi, pp. 166-7.)

Por otra parte, en los *Manuscritos* se señala el trabajo como anulación, el trabajo enajenado en comparación y en contraposición con el trabajo como realización, como autoproducción del hombre; de tal manera que la determinación del contenido del trabajo alienado se da en un terreno no empírico o psicológico, sino ontológico. Citando una vez más a Marcuse, en Marx existe el reconocimiento de que "en la situación de hecho del capitalismo no se trata de una simple crisis económica o política, sino de una catástrofe de la esencia humana" (*Marxismo e rivoluzione*, p. 90). Con respecto a la definición del trabajo y de su alienación, aquí se acepta el siguiente juicio del mismo Marcuse: "No sirve de nada rechazar su [de Marx] fundación de la teoría económica, expresada sobre todo en los *Manuscritos* de 1844 y en la *Ideología alemana*, como un pecado filosófico de juventud, que más tarde sería superado: dicha fundación está presente en forma eficaz en todo *El capital* y se continúa en una forma explícita en los puntos decisivos de la obra" (*Cultura e società*, p. 180, n. 1). Pero también dentro de esta proposición, hoy día aceptada ampliamente, hay dos interpretaciones de la categoría de la enajenación, cuyo juicio es importante para precisar el significado de la teoría del valor trabajo.

La primera proviene, más o menos directamente, del Lukács de 1923 (que obviamente no conocía los *Manuscritos* y que se refería al análisis de la mercancía y del fetichismo contenido en las primeras páginas del libro I de *El capital*). Esta interpretación le atribuye a Marx un concepto de alienación no disímil del hegeliano: la alienación no es otra cosa que la objetivación: el trabajo es en esencia alienación; el atributo "alienado" aplicado al trabajo es pleonástico. De ahí que también se le atribuya a Marx la idea de revolución como "salida del trabajo" o, si se quiere, como "salto a lo absoluto". En Italia, esta interpretación ha sido retomada, por ejemplo, por cierto tipo de crítica católica al principio de los 60. Su dificultad estriba en el hecho de que para ser coherente el

elemento "natural" contenido en la determinación del hombre como "ente natural genérico" debe aplicarse también a una alteración que se produce en la historia dada. En síntesis, extrañamente se le atribuye a Marx la idea de que el hombre es un dios venido a menos y de que la revolución es el restablecimiento de la divinidad.

La segunda interpretación es el reverso de la primera y se ha visto duramente criticada (véase, como un ejemplo muy reciente de esta crítica, la voz "alienación" de G. Bedeschi en la *Enciclopedia* de Einaudi, vol. I, sobre todo las pp. 336 y ss.). Se dice entonces que el trabajo alienado no es más que el trabajo asalariado; es decir, lo alienado es el fundamento de la sociedad burguesa, mas no la característica del trabajo en general. O, también, la alienación no es la objetivación como tal, sino una forma particular, determinada históricamente, de la objetivación (Colletti). La dificultad de esta segunda interpretación consiste en que con ella resulta casi imposible resolver el problema del origen de la alienación, problema sin duda difícil.

Entre los autores que la segunda posición critica como pertenecientes a la primera se encuentra Marcuse, quien habría tomado esta temática del primer Lukács. Sin embargo, tal vez sea posible encontrar en los escritos de Marcuse correspondientes a los primeros meses de 1930 la insinuación de una tercera interpretación, que parece presentar menos dificultad que las dos anteriores y que por lo mismo parece ser particularmente fecunda. Se puede resumir en estos términos.

El trabajo, precisamente como realización o "confirmación" del ente natural genérico, como realización de la esencia, tiene un momento negativo intrínseco, porque pasa necesariamente por la "aceptación de la ley de la cosa". Es como si dijéramos que en la definición de esencia dada por Marx se ha colocado una tensión interna o, si se quiere, un elemento dramático que es la contraposición (pero no necesariamente la contradicción) entre lo finito y lo infinito que nunca podrá resolverse; el trabajo se realiza entre estos dos polos y conserva en sí mismo el peso de la ley de lo finito. La alienación es la absolutización no necesaria, pero siempre posible, de este momento negativo; así, pues, la negatividad que está presente necesariamente en el trabajo no constituye ya un aspecto sino que se convierte en la totalidad. Lo que hay de específico en el capitalismo es únicamente la realización de una posibilidad que es mucho más general, es decir que es esencial (Marcuse: "En esta laceración interior del ser humano —en su propiedad de ser en sí mismo objetivo, se basa el hecho por el que la

objetivación puede convertirse en reificación, la extrinsecación, en enajenación— se basa la posibilidad de "perder" completamente el objeto, de dejar que se separe totalmente del propio ser, que se torne autónomo y predominante: posibilidad que ha llegado a ser realidad a través del trabajo enajenado y de la propiedad privada", *Marxismo e rivoluzione*, p. 79).

El capitalismo no representa, por tanto, el surgimiento de algo absolutamente nuevo y como tal inexplicable, sino que tiene como antecedente una negatividad que forma parte de la esencia. La configuración de la existencia como contradictoria a la esencia o, en términos de Marx, la inversión de su relación constitutiva, se hace posible debido a que la esencia misma contiene una oposición en su interior. Esta interpretación explica, entre otras cosas, por qué Marx, aunque concibe el comunismo como el acontecimiento decisivo de la historia, como instauración del "reino de la libertad", no lo considera nunca, sin embargo, como desaparición del trabajo, como un puro juego, como una desvinculación de cualquier condición, como una superación de cualquier limitación, en una palabra, como absoluto. La crítica católica y liberal (Croce) se ha equivocado en este punto: no hay ningún motivo para atribuirle a Marx la idea de la revolución como un "salto a lo absoluto" y como "el fin de la historia".

La tesis de la presencia de un momento negativo en la esencia, y, por lo tanto, en el trabajo, que es el modo de su realización, es importante para comprender el carácter dominante de la alienación sobre toda la historia que se ha desarrollado hasta ahora, y no únicamente en el capitalismo que sólo es la culminación de dicho proceso histórico; en el sentido que explicaremos más adelante.

Pero antes hay que señalar, aunque sea entre paréntesis, que en Marx no se dice cómo o por qué la posibilidad de la alienación se transforma sistemáticamente en realidad; por qué o cómo la contradicción posible entre existencia y esencia ha sido hasta ahora una contradicción real. Marcuse dice: "Una vez que se ha demostrado cómo la posibilidad del trabajo alienación se basa en la esencia del hombre, la filosofía ha cumplido con su parte, y le toca al análisis histórico-económico descubrir el origen real de la alienación" (*Marxismo e rivoluzione*, p. 99). No queda claro si Marcuse considera que Marx ha cumplido con esta segunda tarea. Se pueden adelantar dudas a este respecto, pero el punto debe ser profundizado. El problema es análogo (¿idéntico?) al del origen histórico de la represión y por esto mismo del inconsciente en el freudismo.

ACQUISICIONES BI LIOGRAFICAS
EST. I. D. O. P. N. D. E. LA FACULTAD
DE CIENCIAS Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD DE VALPARAISO

3. ¿En qué sentido, pues, el capitalismo es el punto culminante del proceso histórico de la alienación? En el sentido de que la absolutización del momento negativo, en que consiste la alienación, se lleva a cabo con el capital en una forma que determina una relación de contradicción no sólo entre la esencia y la existencia, sino en el interior de la existencia misma.

Aquí se presenta el trabajo alienado bajo la forma específica de trabajo abstracto; no se trata sólo del hecho de que el trabajador esté separado del propio trabajo, sino, también, del hecho de que el trabajo en esta separación se convierte en sujeto y guarda una relación con el trabajador (el obrero) como con un atributo propio. Cuando sucede esto, el producto es valor (la objetivación es valorización). Y cuando el producto es valor se origina una contradicción en el interior de la existencia histórica misma. El trabajo incluye al valor (el capital) porque lo produce, pero el valor incluye al trabajo porque lo reduce a una parte de sí mismo como capital variable (Colletti). Es esencial tener presente que con estas determinaciones la categoría del valor se coloca en la misma zona filosófica u ontológica en la que se encontraba el trabajo según Marx. Al ubicarse en esta zona se puede concretar un punto que se profundizará: puesto que tanto el trabajo como el valor se pueden reducir a meras cantidades dentro de la abstracción que los define a ambos, no puede dejar de existir entre ellos una equivalencia cuantitativa; pero también es obvio que esta equivalencia está incluida y es superada por la relación de contradicción mencionada.

Por otra parte, en esta relación se encuentra, en una u otra forma, la relevancia histórica de la categoría del valor. Es decir: cuando, junto con el valor y el capital, la contradicción entre esencia y existencia vuelve contradictoria la existencia misma, se puede plantear históricamente (en el sentido de "maduración") el problema de la reunificación de la esencia y la existencia, o sea el problema de la revolución y del comunismo.

III

Se podría seguir razonando sobre lo anterior. Vamos a reflexionar aun más sobre la relación entre trabajo y valor, para tratar de llegar a una conclusión sobre la suerte corrida por el discurso económico de inspiración marxista.

En las consideraciones anteriores, que han tratado de reprodu-

cir la primera aproximación de Marx al problema, el razonamiento va del trabajo al valor. La aproximación es de tipo genético (como corresponde al discurso filosófico) y responde a la pregunta: ¿por qué, en determinadas circunstancias, la objetivación es una valorización y el producto del trabajo es un valor? (donde, naturalmente, "determinadas circunstancias" significa "una determinada condición del trabajo"). Responde a la pregunta que Marx le reprochaba a Ricardo no haberse planteado. Este procedimiento genético se encuentra evidentemente en los *Manuscritos* de 1844 y es retomado en forma clara en los *Elementos fundamentales*, casi en toda la obra, y en muchos pasajes de *El capital*. Aunque en Marx se encuentra también la reproducción del procedimiento de la economía política clásica (concretamente al principio del libro I de *El capital*) que es el inverso del precedente, que (ajustándose al discurso científico) consiste en un razonamiento que va del valor al trabajo; es decir, consiste en la repuesta a la pregunta (típica de Ricardo y, antes que él, de Smith): ¿qué es lo que determina el valor? Pero, como ya es bien sabido, cuando se sigue este procedimiento, cuando, por así decirlo, se trata de proceder hacia atrás en un intento de *recontrar* el trabajo, resulta una ilusión. En el libro I de *El capital* se da la *apariencia* de este rencuentro, debido a un defecto lógico propiamente dicho: los valores de cambio que ahí se consideran como datos no se toman por lo que son en el mercado real, por precios de producción, sino por lo que deberían ser para que el procedimiento tuviera éxito. En este aspecto, la *crítica moderna*, desde Böhm Bawerk en adelante, tiene razón: para determinar las relaciones de cambio no es preciso suponer que las mercancías se pueden reducir a una sustancia común, ya que de todos modos no hay ninguna razón para suponer que dicha sustancia es el trabajo (sobre esto, véase Colletti, *Ideología e società*, pp. 109-110).

En realidad, si se parte del valor sólo se encuentran cosas, como sucede, por ejemplo, en Sraffa. A la pregunta de ¿qué es lo que determina el valor?, se puede responder: una determinada situación de la tecnología, y la respuesta es exhaustiva. Sobre Sraffa haremos otras observaciones más adelante. Por ahora, centremos nuestra atención en el hecho de que la posibilidad de determinar los valores de cambio independientemente de las cantidades de trabajo contenidas en las mercancías (cantidades que por lo general, es decir en el caso de producción conjunta y por tanto de capital fijo, es hasta dudoso que puedan definirse) ha dado lugar a una crisis o, si se prefiere, a una situación muy problemática dentro del marxismo teórico. Y sin embargo, examinando bien las

cosas, este resultado aparece como necesario debido a circunstancias que el mismo marxismo pone de manifiesto. Tratemos de ver este punto, que parece esencial para emitir un juicio sobre el estado de la ciencia económica moderna.

¿Cómo se puede interpretar el hecho de que a partir del valor no se encuentre ya el trabajo? A la luz del análisis realizado por Marx del trabajo alienado, se puede interpretar en el sentido de que éste se ha objetivado y se ha *perdido* en el objeto, por lo cual si se parte de este último, o sea del valor, el quehacer, la actividad, el trabajo, como proceso de objetivación, que en este caso es un proceso de valorización, no existe más ni se lo puede ya ver. La anulación de la actividad deja sólo la cosa.

Para probar esta interpretación puede ayudarnos la consideración de que la pérdida mencionada anteriormente es precisamente lo que *debe* suceder cuando la relación entre trabajo y producto es la relación específica entre trabajo abstracto y valor. En efecto, el trabajo abstracto implica una inversión de sujeto y predicado: el trabajo no es un predicado del hombre, sino el hombre (el obrero) es un predicado del trabajo: "El trabajo medido en esta forma por medio del tiempo no aparece como trabajo de diferentes sujetos, sino los diferentes individuos que trabajan aparecen en cambio como simples órganos del trabajo", señala Marx en la *Contribución a la crítica de la economía política*. Pero si desaparece el sujeto propiamente dicho, es decir el sujeto del que se predica el trabajo, y en su lugar está ahora el predicado, el trabajo, que *funciona como sujeto* pero que como tal es esencialmente "imperfecto", entonces el objeto, el producto, y específicamente el valor, resuelve en sí mismo todo el proceso. Así, cuando la reflexión se refiere al objeto, en cuanto él está constituido, es decir más allá de la objetivación (y es propio de la ciencia referirse así al objeto), entonces no queda nada fuera del objeto mismo. O, en otras palabras, el valor destruye la valorización debido a su misma naturaleza; el valor se convierte en la totalidad si se considera precisamente su génesis. (En los *Elementos fundamentales...*, cit., vol. I, p. 154, dice Marx: "El dinero mismo es la comunidad, y no puede soportar otra superior a él".)

Se puede afirmar que ésta es la razón básica de que el problema de la "transformación" no se pueda resolver y constituya un falso problema. Se podría decir también que el hecho de que la imposibilidad de resolverlo se deba al parecer a la formación de la tasa general de ganancia y, en definitiva, a la necesidad de atribuir la ganancia al capital global y no únicamente al capital "varia-

ble" es la manifestación inmediata de este dominio absoluto atribuido por la cosa.

IV

Por otra parte, parece que el proceso no se detiene aquí. Si Marx se ha planteado un problema sin solución posible, un no-problema, quiere decir que ha cometido un error. Para identificarlo, es conveniente preguntarse qué significaría la resolución del problema de la relación entre precios y valores como objetivaciones de trabajo. Puesto que la relación entre trabajo y valor es, en el sentido antes mencionado, una relación de contradicción, reducir los precios (y todo lo que está relacionado con la esfera de los precios) a los valores significaría que todo acto de la vida del capital, toda circunstancia y todo aspecto de su funcionamiento sería la manifestación inmediata, o, mejor aun, la repetición puntual, de la contradicción básica que existe entre trabajo y valor. Una lectura cuidadosa de los pasajes en los que Marx se ocupa específicamente del problema de la crisis económica (por ejemplo, en los *Elementos fundamentales*, en las *Teorías sobre la pluvialia*, en el libro III de *El capital*) podría demostrar probablemente que tenía esta intención y que para ser coherente con ella perseguía la quimera de la relación, en el sentido de la unidad, entre precios y valores. Probablemente se vería cómo, por un lado, él intentó mostrar el carácter catastrófico de todo momento de la vida del capital y, por el otro lado, cómo la dificultad intrínseca de lograrlo impide realizar con éxito el pasaje, que por otra parte se intenta continuamente, de la afirmación de la simple posibilidad de la crisis a la de su necesaria realidad. En otras palabras, valdría la pena verificar hasta qué punto la manía que tiene el marxismo de descubrir contradicciones por doquiera, aun donde sólo existen simples oposiciones, o contrastes o dificultades, puede tener su origen en algunos aspectos del propio pensamiento de Marx.

El fracaso de esta operación —si es cierta la tesis, que viene sosteniéndose aquí, de que se debe más bien a la *anulación del trabajo en el valor*— implicaría por el contrario que la esfera del valor, es decir la esfera de la economía, tiene su propia autonomía, en el sentido de que, aunque se encuentra dentro de una contradicción básica o de fondo, tiene, sin embargo, una posibilidad de funcionar, una capacidad histórica que va más allá de lo que el marxismo se imaginaba. Dicha contradicción no puede de-

jar de hacerse valer históricamente; aunque, por otra parte, no puede hacerse valer como una característica íntima e inmediatamente catastrófica del proceso económico.

v

¿Podemos sacar alguna conclusión de lo anterior? En una forma completamente provisional, se pueden plantear las dos conclusiones siguientes.

1] A la autonomía (en el sentido mencionado anteriormente, es decir como autonomía del hecho del valor trabajo) de la realidad económica le corresponde la autonomía (del concepto del valor trabajo y por ende de la filosofía) de la ciencia económica. Autonomía no significa, naturalmente, ausencia de relaciones: sino que queda completamente abierto con respecto a la solución intentada por Marx el problema de cuál debe ser esta relación. Sugerimos centrar la discusión en este punto. Pero, mientras tanto, si se sostiene la existencia de dicha autonomía, se puede por lo menos sacar la conclusión de que el papel de la economía dentro de la representación conceptual de la sociedad burguesa debe adquirir nuevas dimensiones frente a la tradición marxista. Es decir: si sigue siendo cierto que la sociedad burguesa se caracteriza por reducir toda la realidad a lo económico, la cualidad a la cantidad, sin embargo, no es cierto que las modalidades de esta reducción puedan constituir un argumento de la ciencia económica; esta última queda definida (y delimitada) como el análisis de lo reificado, mientras que necesariamente se le escapa el análisis del proceso de reificación.

Si esto es cierto, surge inmediatamente otra consecuencia, que se pone de relieve para tratar de dirimir algunas de las recientes controversias sobre la teoría del valor. Los que con toda razón han reconocido que para la construcción efectiva del discurso económico se debe eliminar la categoría del valor trabajo de dicho discurso han tratado de sostener que la demostración de la explotación capitalista puede salir ileso de dicha eliminación. En otras palabras, se ha tratado de reducir al mínimo la pérdida y de mantener aún después de una operación teórica muy drástica en relación al pensamiento marxista lo que se considera como la conquista básica del marxismo en su juicio sobre la sociedad burguesa. Quien esto escribe, en más de una ocasión, ha tratado de criticar estos

intentos que en una forma más o menos directa se pueden reducir a la identificación de la explotación con la simple existencia de un plusproducto, o sea de un excedente determinable en términos físicos (tal como se presenta, por ejemplo, en el esquema de Sraffa). No creo oportuno repetir aquí esta crítica: se la considera aún válida si se toma en cuenta que el punto de vista criticado responde a una exigencia totalmente legítima que tiene una realización imperfecta, porque, mientras por una parte modifica sustancialmente la base y el carácter de la ciencia económica con respecto al pensamiento marxista, por otra, le sigue atribuyendo a dicha ciencia el mismo alcance que le atribuía el marxismo. Como una confirmación de esta tesis se puede decir que si se introduce el concepto de explotación en el discurso económico del que, por hipótesis, se ha sacado el concepto de valor trabajo, se llega de todos modos a concebir la explotación misma como privada de aquella *ambigüedad esencial* mencionada anteriormente y que la caracteriza cuando tiene lugar en la sociedad burguesa.

2] El hecho de que no pueda introducirse en el discurso económico la teoría del valor trabajo no quiere decir que ésta no exista; al contrario, sigue en pie, en una esfera filosófica, como la parte del análisis de la esencia humana que, al estudiar el proceso de reificación como valorización, funda el objeto mismo de la consideración científica (económica) de la realidad capitalista.

Esta invitación a retomar el discurso filosófico en la situación actual de la historia y de la cultura puede despertar una "reacción de rechazo" en los que se mueven dentro del marxismo o guardan una relación esencial con él. Permítaseme someter a la consideración de ustedes los tres puntos siguientes:

a] Si el pensamiento de Marx no hubiera tenido un comienzo filosófico, el marxismo, como hecho teórico y práctico decisivo de la época actual, jamás habría nacido. Una característica difícil de refutar consiste en que este comienzo filosófico no fue para Marx, objetivamente hablando, un simple estímulo para luego pasar a otra cosa.

b] Por otra parte, es totalmente cierto que el intento de convertir la filosofía especulativa de su tiempo (el hegelianismo) en algo distinto, y más precisamente en economía, la que a su vez sería aniquilada más adelante por la revolución, constituye una característica central del pensamiento de Marx. Es también totalmente cierto que Marx se propuso constantemente en su programa teórico llevar a la práctica la última de sus "tesis sobre Feuerbach". Pero aquí vienen al caso dos observaciones. La primera consiste

en que el idealismo era precisamente la filosofía que Marx trataba de convertir en algo distinto y en que el hecho de que Marx redujera toda la filosofía a idealismo (de acuerdo en esto con Hegel) no significa necesariamente ni que dicha reducción sea posible, ni que precisamente Marx filosofara fuera del idealismo. La segunda consiste en que el intento por convertir la filosofía en economía, cualquiera que sea el juicio que deba hacerse sobre la suerte destinada a la filosofía, en una forma o en otra da pie a una "mala" economía, y en que cuando se empieza, por consiguiente, a proceder al "salvamento" de la economía misma, se deja al descubierto una zona en la que se encuentran eventos decisivos para la existencia humana que *deben* ser objeto de una reflexión racional. No se trata sólo de la "alienación" o del "trabajo abstracto". Tomemos, por ejemplo, la famosa tesis, sin la cual no se puede entender nada del capitalismo, a pesar del hecho o más bien debido al hecho de que va contra el sentido común: "No es el obrero quien emplea los medios de producción, son los medios de producción los que emplean al obrero. No es el trabajo vivo el que se realiza en el trabajo material como en su órgano objetivo; es el trabajo materializado el que se conserva y acrecienta por la succión del trabajo vivo, gracias a lo cual se convierte en un valor que se valoriza, en capital, y funciona como tal. Los medios de producción aparecen ya únicamente como *succionadores* del mayor cuanto posible de trabajo vivo. Esto se presenta tan sólo como el medio de valorización de valores existentes y, por consiguiente, de su capitalización." (Karl Marx, *El capital*, libro I, capítulo VI (inédito), México, Siglo XXI, 1975, p. 17.) Claro está que se trata de una tesis que se refiere al proceso económico, pero no es tal que pueda ser demostrada por la ciencia económica; si se pretendiera conservarla dentro de la ciencia, haría el papel de una simple metáfora, mientras que tiene un valor teórico decisivo.

c) Es obvia la imposibilidad de confiar a un discurso científico (que es un discurso sobre lo que es) la tarea de suministrar una teoría de la revolución. Aunque sobre el estatuto del marxismo se puede decir a este respecto mucho más. Si en lo que es fuera posible demostrar una tendencia necesaria al "derrumbe", esto, por cierto, no significaría aún nada, positivamente, para la revolución, pero, por lo menos, podría ser, por así decirlo, una contribución de la ciencia a la formación de la teoría de la revolución. Si existe un punto en que la reflexión económica sobre la realidad capitalista de parte del marxismo fracasa es precisamente la demostración del "derrumbe". Por ejemplo, uno de los puntos más bajos alcanzados por el análisis económico de Marx lo constituye la falsa ley

de la baja tendencial de la tasa de ganancia, que según Marx "constituye el misterio que ha tratado de descubrir toda la economía política desde la época de A. Smith". Políticamente hablando es pues muy importante que empiecen a formar parte seriamente del objeto de la reflexión los límites dentro de los cuales debe moverse la economía política.

Como puede verse, se trata no de conclusiones propiamente dichas, sino de indicaciones sobre posibles perspectivas de investigación. A este fin, séame permitido terminar esta nota citando una tesis expuesta en 1962 por un filósofo que valdría la pena tener a la mano: "Si se reflexiona bien, cuando el hombre tiene necesidad de *hacer, aceptar o poner en tela de juicio* las decisiones básicas de su vida (aprueba o desaprueba sus intenciones, sus motivos, sus motivaciones, sus ideales o los fundamentos de su modo de pensar, los objetivos más constantes de su acción, etc.) se relaciona a sí mismo con cada una de las cosas actuales y posibles, es decir se plantea el problema del ser o no ser de sí mismo y de las cosas. Forzosamente acepta, pues, por algunos instantes, razonar en términos del ser, suponiendo de hecho que la existencia de las cosas es algo que en una forma o en otra se puede alcanzar, aun cuando no se sepa en qué forma. En ese momento, el hombre filósofo, más o menos bien, con mayor o menor constancia, pero filósofo. Y como estos momentos no son raros en la vida humana y, a pesar de que son brevísimos como duración psicológica, son decisivos para la orientación de la vida individual y social, se comprende no sólo la importancia sino la necesidad de la filosofía." (F. Balbo, *Idee per una filosofia dello sviluppo humano*, en *Opere 1945-1964*, Boringhieri, 1966.) Podría añadirse únicamente que lo fragmentario del momento filosófico, mientras por una parte es perfectamente natural y totalmente soportable en la vida individual, por otra parte, empieza a ser cada vez menos aceptable en la vida social y cada vez más peligroso para el destino de la política.

["L'enigma del valore", en *Rinascita*, núm. 8, 24 de febrero de 1978.]

LA REALIDAD DE LA EXPOTACIÓN¹

1. Con su edición de Ricardo y más tarde con *Producción de mercancías por medio de mercancías*, Sraffa libera de la gruesa capa de interpretaciones que la mantenían oculta la formulación teórica basada en la noción de "excedente social" propia de Ricardo y de la economía clásica inglesa y que suministró también a Marx los fundamentos de su "crítica de la economía política". En esta forma ha podido así ser recuperada la formulación "clásica" suministrando la base para una crítica eficaz del sistema teórico "marginalista" —sistema éste que a fines del siglo pasado logró suplantarlo, fuera del movimiento obrero, los residuos del sistema clásico.

Este momento de recuperación de lo que fue la teoría de Marx debería crear las condiciones más favorables para destruir algunas interpretaciones de su teoría del valor que al parecer no tienen una base sólida y cuyo carácter es esencialmente defensivo. En Italia asistimos al acontecimiento, al fenómeno paradójico de la utilización de los diversos significados que se le han dado al valor trabajo dentro de la obra de Marx para sostener que existe una crisis de su teoría económica frente a los desarrollos logrados en la teoría del valor que fueron parte integrante de la recuperación que hemos mencionado. A juzgar por algunas afirmaciones que hemos escuchado en un significativo seminario celebrado recientemente en la Facultad de Economía de Módena, la única duda que existe todavía es si el crítico del capitalismo sólo puede encontrar la base de su razonamiento en las alturas de la filosofía con el complemento eventual de una "determinación desesperada" de realizar un "socialismo poco probable", o si todavía se puede salvar algo de Marx por medio de investigaciones sociológicas y económicas adecuadas. Lo paradójico de esto consiste naturalmente en que una situación de recuperación se convierte en una retirada y en una crisis.

2. En este artículo vamos a sostener, por el contrario, que la teoría del valor trabajo cumple esencialmente en Marx el mismo papel que tenía en Ricardo. Este papel consiste en permitir, en la única forma posible en su época, la determinación de la tasa de ganancia sin salirse del planteamiento clásico y evitando el círculo vicioso en que corría el peligro de encerrarse la teoría de la distribución con Adam Smith. Como dice frecuentemente Marx, el papel consiste en sacar a la luz la "conexión íntima de las relaciones económicas burguesas", es decir, esa "relación inversa" entre "el alza y la baja del salario y la ganancia, en sus relaciones mutuas" que revela cómo "los intereses del trabajo asalariado y los del capital son diametralmente opuestos", todo esto en contra de la "conexión aparente" que se da cuando Adam Smith "integra el valor de cambio de la mercancía por la suma de los valores del salario, la ganancia y la renta [...] [cada uno de los cuales] se determina en forma autónoma".¹ No cabe duda de que este papel del valor trabajo puede y debe ser hoy resuelto de otra manera, de modo tal que pueda superar sus deficiencias dentro del planteamiento caracterizado por la noción de excedente. Aunque, como sostendremos, todo esto confirma la validez de dicho planteamiento: constituye pues una confirmación y no una crisis de los fundamentos del análisis de Marx que se apoyan en este planteamiento y no ya en la teoría del valor trabajo.

A esta altura surge espontánea una pregunta. Si la teoría del valor trabajo cumple, en Marx, el mismo papel de determinar la tasa de ganancia que en Ricardo, ¿qué relación guarda con la "crítica de la economía política" que constituye el meollo de la obra de Marx y su diferencia con la de Ricardo? Es un hecho normal del desarrollo de las ciencias el que una misma teoría pueda poner de manifiesto en un autor implicaciones que no habían visto la luz en autores anteriores: demostraremos que éste es el caso de la teoría del valor trabajo en relación con la "crítica de la economía política" de Marx. La teoría del valor y de la ganancia de Ricardo sirve de base a la de Marx, aunque este último descubrió implicaciones sobre el conflicto de intereses entre capital y trabajo asalariado que no se encuentran de ninguna manera en Ricardo, y se sirvió de ella después para un análisis sobre la acumulación capitalista muy distinto del que en Ricardo se encuentra totalmente en ciernes. Estas implicaciones y este análisis constituyen precisamente la "crítica" que llevó a Marx a concluir que el capi-

¹ Las citas, por orden, corresponden a *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, vol. II, p. 376; *Trabajo asalariado y capital*, pp. 169-170; *Historia crítica*, cit., vol. I, p. 264.

talismo no goza de una permanencia mayor que los modos de producción que lo precedieron.

3. A partir de la respuesta dada por Hilferding a Böhm Bawerk en 1905, la tradición marxista ha desarrollado por lo general un razonamiento que sigue una orientación distinta a la que exponemos aquí. Sostiene, aunque con énfasis y contenido diferentes, que la teoría del valor trabajo tiene en Marx también, o fundamentalmente, otros contenidos que no se pueden reducir a la determinación de la tasa de ganancia o de los precios.

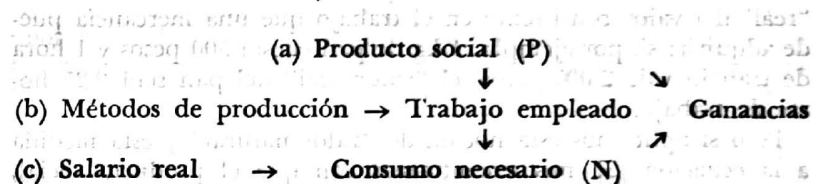
En un artículo posterior haremos notar cómo esta orientación adoptada por la tradición marxista encuentra su explicación en las características que asumió el ataque marginalista a la teoría económica de Marx y en la respuesta que el marxismo tuvo que darle. Los teóricos marginalistas atacaron el punto más incompleto y más débil de la obra de Marx —la teoría del valor trabajo. Y, sobre todo con Böhm Bawerk, identificaron hábilmente la teoría del valor trabajo con toda la teoría económica de Marx, de manera tal que la refutación de la primera debía comprometer la validez de la segunda. La respuesta marxista terminó por aceptar la lucha en el campo elegido por el enemigo y, con ello, la idea de que todo el análisis económico de Marx, su "crítica de la economía política", se sostenía o se derrumbaba junto con la teoría del valor trabajo: trató de salvarla dándole significados que no parecen encontrar ninguna correspondencia en la obra de Marx.

En ese mismo artículo examinaremos algunas interpretaciones de la teoría del valor de Marx que han tenido amplia difusión dentro de la tradición marxista en Italia durante los últimos años. Examinaremos la idea, contraria a todo lo que ha dicho el mismo Marx, de que este último dedujo de la teoría del valor trabajo la afirmación relativa a la explotación del trabajo en una sociedad capitalista.

En el presente artículo, en cambio, dedicaremos la siguiente sección a analizar el papel que desempeña la teoría del valor trabajo en la determinación de las ganancias, tanto para Ricardo como para Marx. En la sección III nos referiremos a la vinculación entre la teoría de las ganancias y la "crítica de la economía política" en Marx.

4. La teoría de la distribución de Smith y Ricardo se basaba en una explicación del salario real en términos de circunstancias económico-sociales susceptibles de ser analizadas en forma separada de

las que determinan el producto social y viceversa:² el salario real y el producto social constituían, pues, agregados de mercancías cuya magnitud estaba dada cuando se trataba de determinar las ganancias del capital (y la renta de la tierra, de la cual haremos caso omiso). Siendo también un dato las condiciones técnicas de producción, un cierto producto social conocido implicaba una cierta ocupación de trabajo y, por consecuencia, dado el salario, una cuota conocida del producto social anual que debía entregarse a los trabajadores como consumo "necesario" para su reproducción. Así pues, como se muestra en el esquema, donde (a), (b), (c) indican las condiciones conocidas,



las ganancias anuales aparecen como el *excedente* del producto social (una vez que se han reintegrado los medios de producción) sobre el consumo necesario y, por consiguiente, la única incógnita en la ecuación:

$$[1] \text{ producto social} - \text{consumo necesario} = \text{ganancias.}$$

5. Debido a un error que más tarde corregirá Marx,³ Ricardo determina la tasa de ganancia r suponiendo que el capital social global está formado por los salarios anticipados al principio del ciclo productivo anual y llega a la ecuación

$$[2] \quad r = \frac{P - N}{N}$$

donde r debería ser la única incógnita en la ecuación. Pero aquí surge una dificultad. Si la tasa de ganancia r es la relación que existe entre el valor del excedente social y el valor del consumo necesario, las cantidades P y N de la ecuación [2] deben expresarse

² Para un estudio más amplio de los problemas recordados en esta sección, véase, de quien escribe, *Il capitale nelle teorie della distribuzione*, Giuffrè, 1960, parte I, o una de las exposiciones siguientes en otros autores.

³ Se trata del error que Marx señala como la identificación de la tasa de ganancia con la tasa de plusvalor por parte de Ricardo (v.g. *Historia crítica*, cit., vol. I, pp. 280-281).

en términos de valor. Pero, como hemos visto, P y N son magnitudes conocidas, puesto que se consideran como *agregados* de mercancías; ¿lo serán también cuando estén expresadas como sumas de valor?

Al estudiar los valores de cambio, cosa indispensable para solucionar esta dificultad, Ricardo parte de la noción de "precio natural" de Smith, es decir de la suma de los salarios y ganancias que hay que pagar para producir la mercancía, calculados de acuerdo con sus tasas "naturales" o "medias" dentro de la situación considerada. Smith proponía, además, para superar las dificultades derivadas de la variabilidad del patrón monetario, una medida "real" del valor consistente en el trabajo que una mercancía puede adquirir: si, por ejemplo, 1 kg de pan cuesta 500 pesos y 1 hora de trabajo vale 2 000 pesos, el "valor real" del pan será 0.25 horas de trabajo.

Pero si aplicamos esta noción de "valor natural" y esta medida a la ecuación [2], nos encontramos con que el producto social, conocido en términos físicos, ya no lo es en términos de valor. Supongamos que existe una economía con 3 000 000 de trabajadores (que utilizan supuestamente medios de producción tan simples que no es necesario tomar en cuenta). El consumo necesario anual "adquirirá" 3 000 000 de años-trabajo y su valor será $N = 3m$. Pero el valor natural del producto social equivalente a los salarios (consumo necesario) más las ganancias sobre los mismos a una tasa anual r será $P = 3.3m$, si $r = 10\%$; pero será en cambio $P = 6.6m$, si $r = 120\%$: aunque el producto social sea siempre el mismo en términos físicos. Al tratar de determinar la tasa de ganancia en base a la ecuación [2] cae al parecer en un círculo vicioso: para determinar r es necesario conocer P , que no se conoce mientras no se conozca r . La variabilidad de P ante las variaciones de r significa, más concretamente, que "la conexión íntima" mencionada por Marx —es decir el vínculo por el cual los trabajadores no puedan recibir más sin que los capitalistas reciban menos, y que resultaría evidente si se pudiera pensar en una división del producto social únicamente en términos físicos— no resulta tan evidente a primera vista. Surge, entonces, la ilusión, o "la conexión aparente", según la cual los precios parecen ser capaces de adecuar el crecimiento de los salarios sin que disminuya la tasa de ganancia. Supongamos que el salario real aumenta: ¿qué sucederá con la tasa de ganancia? Si el valor "real" de P anteriormente era de $3.3m$, ¿no podría seguir siendo el mismo si $r = 10\%$ o, tal vez, aumentar a $3.6m$ si $r = 20\%$?

El propio Smith perdió de vista con frecuencia el lazo de unión

que existe entre salarios y ganancias y, como dice Marx, consideró al salario y a la tasa de ganancia como si estuvieran determinados "en forma autónoma". Y una vez que Ricardo logró poner de manifiesto esta vinculación y echó las bases del antagonismo entre salario y ganancia, se aferran a esa "conexión aparente" los economistas que Marx llama vulgares, en su afán de negar el conflicto de clase que mina la sociedad capitalista. Marx se expresa irónicamente de ellos diciendo:

Y si acaban yéndose a las manos, se nos dice que esta concurrencia entre la tierra, el capital y el trabajo se traduce, en último resultado, en el hecho de que a través de la querella en que se debate el reparto, el valor del producto aumenta en tales proporciones que crece la parte destinada a cada uno, con lo cual la concurrencia, en fin de cuentas, no hace otra cosa que estimular la armonía.⁴

6. Ricardo tuvo el mérito de romper con esta circularidad. Lo hizo con una hipótesis audaz. Supongamos que las mercancías se intercambian de acuerdo con las cantidades de trabajo incorporado en ellas: la relación entre el *valor* del plusproducto (el excedente físico) y el del consumo necesario en la ecuación [2], es decir el valor de cambio del primero (una mercancía compuesta) en términos del segundo (otra mercancía compuesta) será igual a la relación entre las respectivas cantidades de trabajo incorporadas al igual que cualquier otro valor de cambio. En ese caso, los valores de los dos agregados en la ecuación [2] pueden "medirse" en términos de trabajo incorporado. En nuestro ejemplo anterior, si el salario anual de un trabajador incorpora 0.5 años de trabajo, tendremos junto con $P = 3m$, $N = 1.5m$ y $r = (3 - 1.5)/1.5 = 100\%$; pero si el salario aumenta a $2/3$ de año de trabajo, tendremos $N = 2m$ y r caerá a $(3 - 2)/2 = 50\%$. No existe ya ningún peligro de circularidad en la ecuación [2] ni ilusión alguna de que los salarios puedan aumentar sin que las ganancias disminuyan.

7. Marx desarrolla este análisis sobre la "conexión íntima de las relaciones económicas burguesas" usando el mismo instrumento que había utilizado Ricardo: la teoría del valor trabajo. Marx distingue entre el capital constante y el capital variable eliminando la errónea identificación ricardiana entre capital social y salarios. La ecuación [2] se sustituye, pues, con la ecuación

[3]

$$r = \frac{s}{c + v}$$

⁴ Historia crítica, cit., vol. II, p. 395.

donde c , el trabajo incorporado en los medios de producción, aparece al lado del "capital variable" v (idéntico a la N de Ricardo) y al "plusvalor" s (idéntico a $P - N$).

Pero aquí nos interesa sobre todo otro adelanto de Marx con respecto a Ricardo: la teoría de los "precios de producción". Las mercancías se intercambian de hecho de acuerdo con relaciones que no coinciden con las relaciones que existen entre los diversos trabajos que se necesitan para producirlos, pero el análisis de Ricardo se redujo básicamente a la hipótesis de la coincidencia. Marx, en cambio, intentó realizar un tratamiento general y de hecho quedó a un paso de la solución correcta del problema. Marx se rige por la idea de que la desviación de las relaciones de intercambio ("precios de producción") con respecto a las relaciones entre las cantidades de trabajo incorporadas ("valores") es el resultado de una redistribución del plusvalor social s entre las distintas industrias que tienen capitales con distinta "composición orgánica" c/v . Como se trata de una mera redistribución entre las industrias, la tasa general de ganancia seguirá siendo la de la ecuación [3], como si las mercancías se intercambiases realmente de acuerdo con el valor incorporado. Y los "precios de producción" de las mercancías se obtienen aplicando esa tasa de ganancia al capital empleado en su producción. En una economía con dos mercancías únicamente, grano y acero, tendremos, por lo tanto, las ecuaciones:

$$\begin{aligned} [4] \quad p_g &= (1+r)(c_g + v_g) = c_g + v_g + r(c_g + v_g) \\ p_a &= (1+r)(c_a + v_a) \end{aligned}$$

suficientes para determinar p_g y p_a en base al nivel de r resultante de la ecuación [3].

8. Si, como lo hicimos en el párrafo 6, recordamos que la tasa de ganancia es un valor particular de intercambio —el del "plusproducto" en términos de capital social— nos daremos cuenta de que Marx estaba equivocado. Si las mercancías no se intercambian, en general, de acuerdo con el trabajo incorporado, no hay razón para que esto suceda con esas dos particulares mercancías (compuestas): r no es, en general, la determinada por la ecuación [3] —ni, por consiguiente, los precios de producción pueden ser los de la ecuación [4].

Marx, por otra parte, entrevió el error: se dio cuenta de que en las ecuaciones [4] los capitales variables y constantes debían

expresarse en términos de precios de producción y no de trabajo incorporado. Hagamos, en nuestro ejemplo tan sencillo, la corrección sugerida por Marx. Si suponemos que el capital variable consta de grano y el constante de acero y que los precios p_g y p_a se refieren a cantidades que incorporan un año de trabajo, tendremos:

$$\begin{aligned} p_g &= (1+r)(c_g p_a + v_g p_g) \\ [5] \quad p_a &= (1+r)(c_a p_a + v_a p_g) \end{aligned}$$

Basta ahora dividir ambas ecuaciones entre p_a para comprobar que en realidad contienen una sola incógnita, el precio relativo p_g/p_a , y que se contradicen entre sí si incluimos en ellas la tasa de ganancia determinada por la ecuación [3], en lugar de dejar que la determinen las ecuaciones [5] mismas. Vemos que la ecuación [3] está equivocada y que con ella desaparece la necesidad de medir las mercancías en términos de trabajo incorporado: las magnitudes c_g , v_g , c_a , v_a podrán medirse, de hecho, también como simples cantidades físicas de acero y de grano.

9. Pero, entonces, ¿el papel de la teoría del valor trabajo de Marx se reduce únicamente a una determinación no circular de la tasa de ganancia y de los precios? Para comprender la respuesta afirmativa que daremos a esta pregunta es necesario empezar por preguntarse en qué consiste la "crítica de la economía política" que Marx se había propuesto hacer y qué necesidad tenía en realidad de ella.

Dice Marx: "no hay para ellos [los economistas] más que dos tipos de instituciones: las artificiales y las naturales. Las instituciones del feudalismo son instituciones artificiales; las de la burguesía, naturales [...] Henos aquí, entonces, con que hubo historia, pero ahora ya no la hay".⁸ Provisto de la visión histórica de la sociedad, heredada de Hegel, trata de hacer con su crítica lo que los "economistas", aun los "clásicos", no han hecho. Se trata de estudiar las relaciones económicas burguesas con el fin de descubrir si dichas relaciones entran en conflicto con las fuerzas pro-

⁸ El capital, México, Siglo XXI, 1977, 1/1, p. 99, nota 33.

ductivas materiales de la sociedad y ponen en movimiento las tendencias que llevan a un "trastorno material de las condiciones económicas de producción" que pueden establecerse "con la precisión de las ciencias naturales", y en qué forma lo hacen.⁶

Parece ser que Marx deduce su conclusión de que el capitalismo está destinado a perecer a partir de dos temas principales. El primero es el de la acumulación capitalista con sus consecuencias, según Marx, de crisis económicas frecuentes y profundas, centralización de capital, creciente sobrepoblación relativa, etc. La teoría de la tasa de ganancia sirve de base a este análisis sobre la acumulación ya que es necesaria para establecer los modos, la rapidez y las consecuencias del proceso de acumulación que se origina en las ganancias y es estimulada por ellas. La teoría del valor trabajo desempeña, por lo tanto, un papel que si bien es fundamental lo es en la medida en que dicha teoría es necesaria para la determinación de la tasa de ganancia.

Digase lo mismo, con mayor razón, del segundo tema sobre el que Marx basa sus conclusiones relativas al destino del capitalismo: el conflicto que contrapone trabajo asalariado con capital. Las tendencias de la acumulación capitalista agudizan cada vez más el conflicto reforzando relativamente al proletariado hasta el momento en que sea capaz de resolver el contraste entre fuerzas productivas y modo capitalista de producción por medio de la expropiación del capital. Este segundo tema es la misma cosa que la "conexión íntima" de la que hemos hablado anteriormente. Como escribe Marx: "¿Cuál es la ley general que rige el alza y la baja del salario y la ganancia, en sus relaciones mutuas? Se hallan en razón inversa [...] los intereses del trabajo asalariado y los del capital son diametralmente opuestos".⁷ La teoría del valor trabajo juega un papel fundamental también para este segundo tema, y lo juega sólo en la medida en que permite aceptar esa "relación inversa". Ya en 1844 el "joven Marx" identificaba, en este núcleo de la teoría económica científica, el papel de la teoría del valor trabajo. "Y también ha representado un grande [...] progreso por parte de la moderna economía política inglesa el que ésta —que eleva el trabajo a principio único de la economía política— explique [...] con toda claridad la relación inversa que media entre el salario y los intereses del capital y afirme que el capitalista [...] sólo puede seguir ganando con la disminución del salario, y a la inversa."⁸

⁶ Contribución a la crítica de la economía política, Buenos Aires, Ediciones Estudio, 1973, p. 9.

⁷ Trabajo asalariado y capital, cit., pp. 169-170.

⁸ Manuscritos económico-filosóficos de 1844, cit., p. 73.

10. Pero si la determinación de la tasa de ganancia constituye el papel esencial de la ley del valor en la "crítica de la economía política" de Marx, ¿por qué no la introdujo nunca con los argumentos apriori del capítulo 1º de *El capital* y dejó para el tercer libro el estudio de las relaciones reales de intercambio o "precios de producción"?

La respuesta principal a esta pregunta hay que buscarla, según creemos, en una cuestión de contenido —el modo en que Marx determinaba la tasa de ganancia— y en una de método. Pero antes de llegar a la respuesta propiamente dicha es importante señalar algunas deficiencias de perspectiva histórica en las que a menudo se basa esta pregunta.

A veces se argumenta como si Marx hubiera tenido ante sí la posibilidad de determinar la tasa de ganancia con las ecuaciones simultáneas de precio de la *Producción de mercancías* de Sraffa y hubiera preferido en cambio, por razones que deben ser explicadas, la solución de la ecuación [3] basada en el valor trabajo. El hecho, no obstante, es que habrá que esperar hasta 1904-1907 para ver emerger por primera vez con Dmitriev y Bortkiewicz la idea de una determinación de r en base a ecuaciones como las [5]; y aún entonces esto será un adelanto a su época, de manera tal que dicha contribución quedará aislada por varias décadas.

Se comete un error de perspectiva parecido cuando se olvida que en la época en que Marx escribía la teoría del valor trabajo, ésta era, de una u otra forma, la teoría generalmente aceptada. Habrá que esperar hasta el último cuarto del siglo para que la situación cambie radicalmente con la consolidación del planteamiento marginalista. Si se tiene en cuenta esto, resultará menos difícil comprender cómo la preocupación de Marx al exponer dicha teoría no podía consistir tanto en darle una justificación en términos de relaciones efectivas de intercambio (que podía darse por descontada), como en presentarla de tal forma que a diferencia de los "economistas" recalcará el carácter histórico y no "natural" del capitalismo.

11. Podemos pasar ahora a la respuesta propiamente dicha que es posible dar a la pregunta anterior. Ya hemos visto el papel central que juega en Marx la determinación de la tasa de ganancia para el análisis de la acumulación y del conflicto entre trabajo asalariado y capital. Ahora bien, si la tasa de ganancia se determina como pretendía Marx, toda esta parte del análisis sería independiente del hecho de que las mercancías se intercambiaban de acuerdo con el precio de producción o con el trabajo incorporado. Marx

consideraba que podía proceder en un principio como si las mercancías se intercambiaran en proporción al trabajo incorporado, dejando para el Libro III el estudio de los precios de producción. Estos precios sólo podían determinarse después de la tasa de ganancia y su lugar natural estaba, pues, entre los demás problemas relativos a la repartición del plusvalor social (entre ganancias e intereses, entre ganancias y rentas de la tierra, etc.);⁹ con esto llegamos a la cuestión del método. En varios pasajes muy conocidos, Marx señala que al construir una ciencia se pasa de lo concreto a lo abstracto, pero al exponerla se sigue el procedimiento contrario. Así, al construirla, se parte del caos de los precios observados y de los ingresos individuales, para llegar, por abstracción, a las categorías de los salarios, las ganancias, y las rentas y, por consiguiente, a las de sus tasas "naturales" o medias, además de los precios "naturales" que les corresponden, para finalmente buscar la explicación de la tasa de ganancia fuera de la circularidad descrita anteriormente por medio de las mediciones en términos de trabajo incorporado. Aunque al exponer se sigue el procedimiento contrario: se parte de la medición en términos de trabajo para llegar a la tasa de ganancia y a los "precios de producción". Explicar en el capítulo Iº de *El capital* la relación entre trabajo incorporado y precios de producción era para Marx como si un físico al explicar la caída de los cuerpos tuviera que empezar no por la aceleración de la gravedad igual para todos los cuerpos, sino por el hecho de que una pluma cae a tierra más lentamente que una bala de plomo.

En conclusión, cuando se sitúa en su justa perspectiva histórica la problemática del valor trabajo y se tome en cuenta la forma en que Marx determinaba la tasa de ganancia y el método científico normal, el modo en que se introduce la teoría del valor trabajo en el capítulo Iº de *El capital* no dará pie a la búsqueda de significados distintos al de la determinación no circular de la tasa de ganancia descrito anteriormente. Puede quedar planteado el problema fundamental del modo de expresarse y para el cual con-

⁹ Marx acusa a Ricardo de haber supuesto desde el capítulo I de los *Principios de economía política* la tasa general de ganancia cuya existencia "sólo puede demostrarse por medio de una multitud de eslabones intermedios" (*Historia crítica*, cit., vol. I, p. 234): los "eslabones intermedios" a los que se refiere Marx son los de su teoría de los precios de producción, que como ya se señaló en el párrafo 8, le permitieron a Marx hacer un primer estudio general del problema, aunque sea incompleto.

viene no olvidar lo que el mismo Marx dice en el epílogo de la 2ª edición de *El capital*. Cita largamente y con aprobación a un "egregio autor" ruso que, según Marx, "encuentra que mi método de investigación es estrictamente realista, pero el de exposición, por desgracia, dialéctico-alemán"; Marx explica, entonces, cómo, en oposición a los "mediocres epígonos" que en la Alemania de aquellos años habían querido tratar a Hegel como "un perro muerto", él quería profesarse abiertamente discípulo de "aquel gran pensador" y llegaba "incluso a coquetear aquí y allá, en el capítulo acerca de la teoría del valor, con el modo de expresión que le es peculiar".¹⁰

El modo peculiar de expresión que Marx emplea en el capítulo I de *El capital* para introducir la teoría del valor trabajo es, como se ha visto, el de la determinación de la tasa de ganancia. Este modo de expresión es peculiar porque, como se ha visto, es el único que permite introducir la teoría del valor trabajo en el capítulo I de *El capital* sin recurrir a la determinación de la tasa de ganancia. Este modo de expresión es peculiar porque, como se ha visto, es el único que permite introducir la teoría del valor trabajo en el capítulo I de *El capital* sin recurrir a la determinación de la tasa de ganancia.

El modo peculiar de expresión que Marx emplea en el capítulo I de *El capital* para introducir la teoría del valor trabajo es, como se ha visto, el de la determinación de la tasa de ganancia. Este modo de expresión es peculiar porque, como se ha visto, es el único que permite introducir la teoría del valor trabajo en el capítulo I de *El capital* sin recurrir a la determinación de la tasa de ganancia. Este modo de expresión es peculiar porque, como se ha visto, es el único que permite introducir la teoría del valor trabajo en el capítulo I de *El capital* sin recurrir a la determinación de la tasa de ganancia.

¹⁰ *El capital*, cit., I/1, pp. 17-20.

LA REALIDAD DE LA EXPLOTACIÓN. II

12. En el artículo anterior vimos cómo la teoría del valor trabajo le había permitido a Ricardo superar la circularidad en la que corría peligro de caer la determinación de la tasa de ganancia con Smith, y cómo Marx desarrollaba posteriormente la teoría del valor y de las ganancias de Ricardo, tomándola como base para su "crítica de la economía política". Vimos también cómo el aparente apriorismo con que se introduce la teoría del valor en el capítulo I de *El capital* encuentra una explicación natural cuando esta teoría es situada en una perspectiva histórica correcta y cuando se tiene presente el modo en que Marx creía poder determinar la tasa de ganancia.

En el presente artículo vamos a examinar algunos aspectos de la tradición posterior a Marx que también, o sobre todo, ha pretendido atribuirle a su teoría sobre el valor algunos contenidos que no pueden reducirse a la determinación de la tasa de ganancia y de los precios. Así, en las secciones II y III vamos a analizar la crítica que hace Böhm-Bawerk a Marx y la respuesta de Hilferding para sugerir cómo esta tradición posterior se explica debido a las circunstancias en que los teóricos del movimiento obrero tuvieron que responder, en los años que señalaban el cambio de siglo, al ataque contra la teoría de Marx, basado en el sistema marginalista. Esto nos conduce de la mano a analizar en la sección IV el tratamiento dado al "fetichismo de las mercancías" en el primer capítulo de *El capital* y la discusión de una interpretación reciente del mismo. En un artículo posterior, consideraremos algunas interpretaciones de la teoría del valor trabajo que se han ido difundiendo en Italia durante los últimos años dentro de dicha tradición. Sobre todo, sostendremos que, a diferencia de lo que dice Claudio Napoleoni en numerosos escritos, la teoría del valor trabajo no constituye una base necesaria para la proposición de que las ganancias provienen de la explotación del trabajo; consideraremos al mismo tiempo una interpretación de la teoría del

valor trabajo en la que se han apoyado Lippi y otros autores para afirmar que si se abandona esta teoría del valor los aspectos centrales de la teoría de Marx entran en crisis.

13. Como nos recuerda Marx, "en el dominio de la economía política, la investigación científica libre no solamente enfrenta al mismo enemigo que en todos los demás campos" (Karl Marx, *El capital*, I/1, p. 8). En los años siguientes a la muerte de Ricardo (1823), Inglaterra, el centro más influyente de elaboración de la teoría económica, asistió al desarrollo del movimiento "cartista" que parecía poner en peligro las bases del sistema capitalista ya establecido en ese país. Los teóricos del movimiento —llamados "socialistas ricardianos"— utilizaron como arma el brillante análisis realizado por Ricardo sobre las relaciones económicas y, aun antes de Marx, descubrieron las consecuencias del conflicto entre los intereses del trabajo y los del capital.

Esta utilización de la teoría de Ricardo no dejó de provocar reacciones en su contra. Además del pasaje en que H. C. Carey afirma que "el sistema (de) Ricardo es un sistema de discordias", conocido sobre todo por la cita que de él hará Marx (Karl Marx, *Historia crítica*, cit. I, p. 229), vale la pena recordar cómo H. S. Foxwell (al que le debemos el título de "socialistas ricardianos" para estos autores)¹ escribe en 1899, refiriéndose a Ricardo, que es el que "hizo más que cualquier otro autor deliberadamente socialista para minar los cimientos de la sociedad que trataba de explicar" (H. S. Foxwell, Introd. a Menger, *The right to the whole Produce of Labour*, Nueva York, Kelly, 1962, p. XI). Por esto no debe sorprendernos que en este período comience un proceso de relegamiento del planteo teórico de Ricardo al tiempo que se produce un progresivo y lento alejamiento del mismo. Este proceso se dedica durante cincuenta años a la ardua construcción de una alternativa para el sistema clásico: pero en el período inmediatamente posterior a la publicación del libro I de *El capital* (1867) —y a la Comuna de París—, se cristaliza rápidamente en el sistema marginalista que se fue formulando casi simultáneamente en distintos centros, y que pronto se convirtió en el sistema dominante.

¹ Cf. Ginzburg, Introducción a *I socialisti ricardiani*, Milán, Isedi, 1977, p. XI.

14. Este cambio violento y acelerado de la situación teórica puede ayudarnos a comprender cómo muchos de los elementos de la obra de Marx pudieron resultar difícilmente comprensibles a unas cuantas décadas de la publicación del libro I de *El capital*: creo que es importante tener en cuenta esto al valorar la respuesta del marxismo al ataque marginalista. Aquí consideraremos este ataque bajo la forma que asume en la obra de Böhm Bawerk. Parece que la crítica que le hace a Marx es la que ha tenido un influjo mayor, no sólo por el prestigio de su autor y por el carácter más sistemático, sino también porque, escrita en la misma lengua de Marx, recibió una respuesta que estaba destinada a tener un influjo mayor dentro del movimiento obrero, que consideraba muy importante para su orientación teórica su propio componente de lengua alemana.

En la crítica de Böhm Bawerk podemos distinguir dos fases. La primera anterior a la publicación del libro III de *El capital* y por consiguiente anterior a la teoría de los precios de producción contenida en él. La manifestación de esta fase se encuentra en la 1ª edición de *Capital e Interés* (1883) (en inglés, *Capital and interest*, Nueva York, Kelly, 1957) que comprende un análisis de las teorías anteriores sobre el interés. La crítica es muy hábil. En la VI parte de la obra, Böhm Bawerk estudia las teorías de la tasa de interés (identificándola con la tasa de ganancia), que él clasifica como "teorías de la explotación", y que se caracterizan por sostener que existen ganancias del capital porque "los capitalistas ociosos se apropian una parte del valor producido, que otra clase, los trabajadores, produce por sí sola" (*ibid.*, p. 316). Según Böhm Bawerk, la teoría que afirma que "el valor (de todos o por lo menos la mayor parte) de los bienes económicos se mide a través de la cantidad de trabajo incorporado en ellos" (*ibid.*, p. 316) hace que esta proposición resulte "inevitable".

El intento de Böhm Bawerk por aplicar estas tesis a la obra de Marx debe realizarse en una forma doblemente indirecta; ya que, como veremos mejor más adelante (párrafo 23), estas tesis no encuentran, en realidad, cabida en la obra de Marx. En primer lugar, debe identificarse la proposición, mencionada anteriormente, sobre la medición del valor con otra cuyo significado es muy dudoso y que afirma que "todos los bienes son producto del trabajo humano y, además, cuando se consideran desde el punto de vista económico son exclusivamente el producto del trabajo humano" (*ibid.*, p. 315). En segundo lugar, refiriéndose al socialista alemán Rodbertus, debe demostrar que la tesis que se refiere a la explotación depende de la teoría del valor trabajo; Rodbertus es

el verdadero padre de la dudosa proposición que acabamos de citar y que, según parece, le ha servido para llegar a la conclusión de que "de acuerdo con la pura idea de justicia", los trabajadores tienen el derecho "natural y justo" de reclamar todo el producto de su trabajo (*ibid.*, p. 219). Y solamente en el capítulo posterior al que ha dedicado a Rodbertus, Böhm Bawerk pasa a discutir a Marx. Y, ayudándose veladamente de la acusación corriente en su tiempo de que Marx había plagiado a Rodbertus (*ibid.*, pp. 323-324), procede a aplicarle sus conclusiones a Marx. Lo novedoso de Marx con respecto a Rodbertus se limita, según él, básicamente al intento realizado en el capítulo I de *El capital* de "demostrar" —el término es de Böhm Bawerk— la proposición de que todo valor descansa en el trabajo, en lugar de contentarse con "afirmarlo", como lo había hecho Rodbertus (*ibid.*, p. 375).

Esta forma de proceder doblemente indirecta le permite a Böhm Bawerk identificar la obra de Marx con las tesis "utopistas" de Rodbertus y considerar la teoría del valor trabajo como la base sobre la que se levanta o cae toda la obra. No sólo esto, sino que la forma indirecta de proceder le da a Böhm Bawerk una ventaja adicional que le permite desarrollar su crítica principal a la teoría del valor trabajo, por lo que se refiere a Rodbertus, y explotar al mismo tiempo, además del simple hecho, aceptado libremente por Ricardo y Marx, de que las mercancías no se intercambian de acuerdo con el trabajo incorporado, la desafortunada formulación "utopista" dada por Rodbertus. Así, se pudo limitar después, al referirse a Marx, a examinar la supuesta "demostración" del valor trabajo en el capítulo I de *El capital* encontrándola afortunadamente incompleta. No se hace alusión alguna a los peligros de caer en la circularidad que la medición en términos de trabajo le permitió evitar a Ricardo (ver *supra* párrafos 5-6); en el fondo se encuentra ya la determinación marginalista de la distribución entre salarios y ganancias en términos de la escasez relativa de los "factores productivos" capital y trabajo, con una estructura lógica completamente distinta de la utilizada por la teoría del excedente.

15. En el mismo capítulo que dedica a Marx, Böhm Bawerk se refiere a la "promesa", hecha por Marx en el libro I de *El capital*, de estudiar la "contradicción" entre la tasa uniforme de plusvalor implícita en la medición de los valores en términos de trabajo incorporado, por una parte, y la tasa uniforme de ganancia establecida por la competencia, por la otra. Y Böhm Bawerk, escribiendo un año después de la muerte de Marx, comentaba que "nunca había cumplido su promesa y ya no podía hacerlo" (*ibid.*,

p. 360). Esto obligó a Böhm Bawerk, con la aparición diez años después (1894) del Libro III de *El capital*, a tomarse la molestia de discutir la teoría de los precios de producción. De ahí la segunda fase de su crítica, representada por su amplia obra *La conclusión del sistema de Marx* [en *Economía burguesa y economía marxista*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 49, México, Siglo XXI, 1978], en cuyos detalles no es preciso detenerse. Serán suficientes dos observaciones al respecto. La primera consiste en que Böhm Bawerk descompone en un "supuesto" y cuatro "razonamientos" distintos la idea de Marx de que la tasa de ganancia y los precios surgen de una redistribución del plusvalor global: esto la hace prácticamente incomprensible. La segunda observación consiste, en cambio, en que la parte esencial de la argumentación de Böhm Bawerk —contenida en una decena de las 110 páginas del ensayo— parece indicar que el autor se daba cuenta de las dificultades reales con que se había topado Marx al formular la teoría de los precios de producción.²

III

Para los marxistas no cabía duda de que el motivo del ataque de Böhm Bawerk no era únicamente la búsqueda de la verdad. Sin embargo, la respuesta no resultaba fácil. Fuera del movimiento obrero, la economía política se encontraba ya muy alejada de Ricardo. Dentro del movimiento, por otra parte, eran reducidas las posibilidades en el campo de la teoría económica, y la obra de relegamiento del sistema basado en la noción de excedente, que había tenido tiempo de avanzar durante tres cuartos de siglo, dificultaba ver su íntima estructura lógica.

De ninguna manera podía estar en claro, sobre todo, la independencia de aquel sistema respecto de la vulnerable teoría del valor trabajo que había constituido su instrumento básico en las etapas más desarrolladas como eran las de Ricardo y de Marx (párrafo 6, *supra*). Las *Teorías sobre la plusvalía* de Marx hubieran podido aclarar muchas cosas —sobre todo por lo que respecta a la

² Véase en particular la crítica de Böhm Bawerk a la que definió como el "cuarto argumento" de Marx acerca del modo en que los "valores" determinarían en última instancia los precios de producción. En el curso de su crítica Böhm Bawerk señala que la determinación del plusvalor global no puede prescindir del hecho de que los medios de subsistencia "pueden ser vendidos a precios de producción que divergen del tiempo de trabajo necesario".

parte que trata de los fisiócratas, que a pesar de determinar el excedente en términos físicos eran considerados como los fundadores del planteamiento que más adelante harían suyo Smith, Ricardo y Marx. Pero dichas *Teorías* serán publicadas por Kautsky sólo en 1905-1910 y, como se vio más tarde, no era una obra de fácil digestión. Y será solamente en 1951 cuando Sraffa dará su interpretación del *Ensayo sobre las ganancias* de Ricardo, poniendo en claro, indirectamente, el papel de la teoría del valor trabajo en los sucesivos *Principios*.³

Por otra parte, para refutar la identificación del planteamiento teórico de Marx con la teoría del valor trabajo habría sido necesario contar con una solución exacta del problema de la tasa de ganancia y de los precios dentro del planteamiento de las teorías del excedente, y esta solución no existía aún. Tampoco se podía llevar el ataque al campo enemigo en forma eficaz: aún no se había puesto de manifiesto la compleja estructura analítica del sistema marginalista de manera tal que pudiera revelar su íntima debilidad lógica.

Así, cuando apareció la respuesta de Hilferding —destinada a ejercer un influjo considerable en el campo marxista, ya sea en forma directa en el momento de su aparición, o en forma indirecta a través del replanteamiento de Sweezy en años más recientes— no contaba con las características que se hubieran deseado y se concretaba básicamente a una defensa. Aceptaba la idea de Böhm Bawerk de que la obra económica de Marx se sostenía sobre la teoría del valor trabajo o caía con ella, y al no poder o no saber cómo defenderla eficazmente en su terreno real de la determinación de la tasa de ganancia y de los precios de producción, le atribuía otros significados que veremos un poco más adelante. Y como Hilferding consideraba estos significados como característicos de Marx, los utilizaba para debilitar aun más el vínculo que unía a Marx con Ricardo y los economistas clásicos, aceptando así un elemento implícito en la crítica de Böhm Bawerk.

A los ulteriores significados así atribuidos a la teoría del valor de Marx hay que añadir, por otra parte, aquel que, dadas las circunstancias, constituyó el mérito de la respuesta de Hilferding. Al distinguir la economía marxista de la economía académica basada en el marginalismo como "dos concepciones diferentes de toda la vida social, que se excluyen mutuamente", ella sustituyó el conflicto normal de la validez de dos teorías científicas alterna-

³ Piero Sraffa, con la colaboración de Maurice Dobb, *Introducción* al vol. I de Ricardo, *Works*, Cambridge University Press, 1951, pp. xxx-xxxiii. [Hay edic. en español.]

tivas, distinción que de hecho se referiría a dos puntos de vista subjetivos.⁴ Esto permitió prácticamente preservar dentro del movimiento obrero, en una situación temporal de inferioridad teórica subjetiva, el planteamiento propio de Marx y, en cierta medida, la posibilidad de desarrollarlo en el futuro. Sin embargo, este resultado práctico no podía dejar de ser temporal: esterilizando durante largo tiempo la investigación teórica, dejaba el campo abierto a la hegemonía marginalista fuera del movimiento obrero y, a más largo plazo y en forma no siempre evidente, al influjo de esta teoría aun dentro del movimiento mismo.

17. Pero pasemos al examen del texto de Hilferding, *La crítica de Böhm Bawerk a Marx* de 1904 [en *Economía burguesa y economía marxista*, cit.]

En el capítulo II de este ensayo, Hilferding da muestras de querer defender la teoría del valor trabajo de Marx de las críticas de Böhm Bawerk en su propio terreno: la determinación de la tasa de ganancia y de los precios de producción. Pero acepta la fragmentación de la teoría hecha por Böhm Bawerk (véase *supra* párrafo 15), y la respuesta —que en algunos puntos es directamente errónea⁵ y no parece guiarse por una clara comprensión de los problemas que Marx está tratando— hace que la teoría de las ganancias y de los precios resulte más oscura y más débil de lo que aparecía en Marx. Por esto no debe sorprendernos que Hilferding considere que debe encontrar la base de la teoría del valor de Marx en otros argumentos, de los que trata en los capítulos I y II de su ensayo.

18. Hilferding empieza diciendo, en el capítulo I, que el análisis de las mercancías del primer capítulo de *El capital* contiene la

⁴ La distinción entre los dos tipos de teorías en términos de "diferentes concepciones de toda la vida social", antes que en términos de validez objetiva, viene aceptada y nuevamente propuesta de modo reforzado por Paul M. Sweezy, el cual, en su introducción a *Economía burguesa y economía marxista* cit., escribe lo siguiente: "en mi opinión, esta diferencia fundamental entre las dos concepciones existe realmente" (*ibid.*, p. 20).

⁵ Es interesante observar cómo a veces Hilferding, aplicando al pie de la letra algunas indicaciones de Marx, las expone de una forma que, al menos para nosotros, torna más claras las deficiencias de esas indicaciones. Así, el escribe: "Es claro que la mutada repartición no cambia, en efecto, la magnitud de la suma de plusvalor a repartir" (*ibid.*, p. 144). Sin embargo, todo lo que sigue a ese engañoso "está claro" es falso. En el sentido relevante, es decir en relación con el capital social a partir del cual debería ser uniforme repartición, el monto del plusvalor cambia en la efectivización de tal

respuesta a la pregunta de Böhm Bawerk: ¿"con qué derecho pudo Marx afirmar que el trabajo es el único que crea valor"? (*ibid.*, p. 135). En esta forma, Hilferding acepta la tesis de Böhm Bawerk según la cual Marx daba en ese capítulo una "demostración" de la teoría del valor trabajo.⁶ Es más, contradice lo que sostendrá más adelante en el capítulo II de su ensayo, que sólo midiendo el producto social en términos de trabajo incorporado es como se puede determinar la tasa de ganancia y los precios (*ibid.*, pp. 158-159), determinación que de ninguna manera encontramos en el primer capítulo de *El capital*.

La respuesta que en opinión de Hilferding da ese capítulo de Marx a la pregunta de Böhm Bawerk podría resumirse en dos puntos íntimamente ligados entre sí.

El primero consiste en la idea de que sólo tomando el trabajo como unidad de medida del valor puede considerar Marx la mercancía como una "cosa social". Dice que "la determinación contrapuesta de la mercancía como valor de uso y como valor [...] se muestra ahora como un contraste entre la mercancía que se presenta por un lado como objeto *natural* y por otro como objeto *social*" (*ibid.*, p. 136). Y ya que "para la sociedad [...] la mercancía no es otra cosa que un producto del trabajo", para poder referirse a la mercancía como a un "objeto social" no puede haber otro "principio del valor", según Hilferding, que el trabajo en su carácter de trabajo socialmente necesario (*ibid.*, p. 136).

Hilferding, según parece, no trata de justificar estas afirmaciones más bien vagas sobre el valor trabajo con argumentos distintos de los que hemos mencionado brevemente. No se aclara, por ejemplo, en qué sentido exactamente podría una explicación distinta de las relaciones de intercambio —que en resumidas cuentas es de lo que se trata— negar en alguna forma el hecho de que la mercancía sea una "cosa social", cuya producción, circulación y consumo impliquen relaciones entre individuos organizados socialmente.

19. Según parece, Hilferding relaciona estrechamente esta idea con la de que Marx necesitaba la medición del valor en términos

⁶ Esta posición de Hilferding parece aun más sorprendente si se recuerda que, en el momento de la publicación de su ensayo, debería sin duda conocer cómo, en la carta a Kugelmann del 11 de julio de 1868 (que citaremos más ampliamente desde el párrafo 28 en adelante), Marx había afirmado que "a pesar de que en mi libro no existiera ningún capítulo dedicado al valor, el análisis de las condiciones reales que hago ya encierra en sí mismo la prueba y demostración de la relación real del valor". [Cartas a Kugelmann, cit., p. 74.]

de trabajo incorporado para poder encontrar la "ley del movimiento" de la sociedad capitalista. Como dice: "la misión del análisis económico de un orden social es la de descubrir la íntima ley del movimiento de esa sociedad, y si la ley del valor es convocada para cumplir este servicio, el principio del valor sólo puede ser aquel a cuya variación en última instancia se deben referir los cambios de los ordenamientos sociales" (*ibid.*, p. 138), es decir, como afirma Hilferding, el trabajo. Llama mucho la atención que en este pasaje se asocien las leyes del movimiento del sistema capitalista —ya que es el sistema que debe estudiarse y no un "orden social" genérico— con la teoría del valor trabajo tomada, por así decirlo, *a priori*: de una manera que es independiente de su capacidad para permitir o no un análisis coherente de las relaciones entre salarios y ganancias (y un análisis del conflicto entre trabajo y capital), para poner de manifiesto o no determinadas tendencias de la acumulación capitalista. En el siguiente pasaje parece surgir el mismo apriorismo unido a la ambigüedad de los significados:

En tanto Marx parte [...] del trabajo [...] aprehende el factor cuya calidad y cantidad —organización y fuerza productiva— dominan de modo causal la vida social. Por eso, el concepto fundamental de la economía es igual al concepto fundamental de la concepción materialista de la historia (*ibid.*, p. 138).

Todo el análisis económico debería explicar en qué sentido exactamente y en qué forma el trabajo domina "de modo causal" la vida social en un régimen capitalista, aunque no hay forma de saber por qué Hilferding considera que puede explicarlo de otra manera.

IV

20. Aparte de la referencia general al "análisis de la mercancía" vista anteriormente, el ensayo de Hilferding hace escasa referencia a los pasajes de Marx que serían necesarios para puntualizar las bases de esta interpretación del papel de la teoría del valor en Marx. Parece que Hilferding se inspiró sobre todo en la sección del capítulo I dedicada a "el carácter fetichista de la mercancía", al que debemos prestar atención aunque sea brevemente.

* Cf. por ejemplo: "bajo el velo de las categorías económicas existen pues relaciones sociales —relaciones de producción— que están mediadas por los bienes y que se reproducen a través de tal mediación, o bien se transforman

La finalidad de Marx en esta sección es doble. Trata, en primer lugar, de subrayar —desde el principio de *El capital* y a diferencia de los "economistas" (véase, *supra*, parágrafo 9)— el carácter histórico de la mercancía y por ende del capitalismo, señalando que el valor de cambio y el dinero (como los salarios, las ganancias y las rentas) no son más que expresiones de una solución particular del problema general de la división del trabajo y de su coordinación con las necesidades colectivas que una familia patriarcal, una sociedad medieval, y una futura sociedad de individuos iguales, resolvían o podían resolver en formas totalmente distintas.

Con este punto está íntimamente vinculado un segundo punto. A Marx le urge poner de relieve también desde el principio de su obra un hecho que —estando implícito en el intercambio de productos y en relación con el valor de cambio— identifica la forma en que la sociedad mercantil-capitalista resuelve los problemas mencionados y la distingue radicalmente de la forma en que lo hacen otras sociedades reales o hipotéticas. En estas sociedades, la división del trabajo y su adaptación a las necesidades que hay que satisfacer están controladas (en primera instancia)⁸ por actividades conscientes; en cambio, en la sociedad mercantil-capitalista, el hecho de que los objetos de uso sean "*productos de trabajos privados ejercidos independientemente los unos de los otros*" (Karl Marx, *El capital*, I/1, p. 89) hace que esta división y coordinación se realice a través del mercado y a través de fuerzas impersonales semejantes a las naturales. En otras palabras, la "independencia de los trabajos privados" hace que los actores del proceso económico capitalista dejen de controlar el resultado global de sus acciones y éste se presente ante ellos como un hecho objetivo, análogo a los acontecimientos naturales: "Su propio movimiento social posee para ellos la forma de un movimiento de cosas bajo cuyo control se encuentran, en lugar de controlarlas" (*ibid.*, p. 91). Así, por ejemplo, pasando a nuestra época, ninguno deseaba en particular la gran crisis económica de 1929 como tampoco ninguno en particular ha deseado nunca un terremoto o una peste.

Este carácter impersonal y objetivo de los fenómenos económicos dentro del sistema capitalista crea, por un lado, la posibilidad

gradualmente y requieren entonces un tipo distinto de mediación" (Hilferding, *op. cit.*, p. 181).

* Según el materialismo histórico, naturalmente, estas actividades conscientes serán a su vez determinadas en última instancia por factores objetivos (el nivel de las fuerzas productivas y las consiguientes relaciones sociales de producción) de las que la conciencia es solamente una expresión.

y la necesidad de una ciencia como la economía política, una parte importante de cuyo cometido podría describirse como la explicación de los fenómenos impersonales y objetivos en términos de las relaciones personales y sociales subyacentes: un cometido que no parece tener una correspondencia exacta en el estudio de otros modos de producción, en los que los fenómenos económicos asumen una forma directamente personal y social y cuya explicación se confunde en gran medida con la explicación de las actividades voluntarias de las que, en primera instancia, los fenómenos mismos constituyen una expresión. No obstante, este cometido de la economía política implica precisamente que ella pueda permanecer prisionera, sobre todo al principio, de las apariencias falsamente naturales o "fetichistas" asumidas por los fenómenos que debe explicar.

21. Pero, entonces, ¿cómo se justifica la tendencia de Hilferding a poner como fundamento primero de la teoría del valor de Marx la necesidad de disipar aquel "fetichismo"? Poner de manifiesto las características del sistema capitalista al que se refiere Marx con el término "fetichismo" en realidad parece ser lo mismo que explicar de una manera global los fenómenos económicos de dicho sistema, y no constituye un objetivo especial de la teoría del valor considerada en sí misma.

Sobre todo, no sería lícito vincular la capacidad de Marx para disipar los reflejos del "fetichismo" sobre la economía política con el valor trabajo en cuanto tal. Esta capacidad parece más bien referirse a la explicación global de los fenómenos económicos en la que, como hemos visto (parágrafo 6), el valor trabajo ha sido sólo un instrumento necesario en su tiempo. Respecto a los ejemplos de "fetichismo" podrían darse dos casos actuales. O, después de más de un siglo de análisis económico, han perdido la importancia que tenían entonces, o, tal vez, han asumido formas que están íntimamente vinculadas con el sistema marginalista y cuya crítica se confunde totalmente con la crítica de este sistema. Tanto en un caso como en el otro, según parece, la teoría del valor trabajo no tiene que cumplir un papel particular al respecto. Así, la "ilusión fisiocrática de que la renta del suelo surgía de la tierra" (Karl Marx, *El capital*, 1/1, p. 101) y la concepción análoga del capital como "fuente autónoma de valor" (Karl Marx, *Historia crítica*, cit., II, p. 393), no encuentran cabida en la economía política moderna, o la encuentran en formulaciones que son mucho menos primitivas que la que Marx tenía ante sí y que se basan en el sistema teórico marginalista. Hoy día no es fácil encontrar las

ilusiones que hacían que los mercantilistas consideraran el oro y la plata como "objetos naturales adornados de insólitos atributos sociales" (Karl Marx, *El capital*, 1/1, p. 101). Y sería más difícil, en mi opinión, cometer hoy día los errores debidos a no tener en cuenta que "las relaciones entre los productores [...] revisten la forma de una relación social entre los productos del trabajo" [Karl Marx, *El capital*, 1/1 p. 88.]

22. Sería difícil sostener, como lo ha hecho Lucio Colletti siguiendo la senda abierta por Hilferding y recorrida por otros autores, que "(para Marx) el problema esencial —antes que el de los términos del intercambio de las mercancías— ha sido el de explicar por qué motivo el producto del trabajo adopta la forma de mercancía... de donde deriva la importancia decisiva que en él ha adquirido el análisis del 'fetichismo'" (Lucio Colletti, *Ideologia e Società*, Bari, Laterza, 1975, p. 105). El problema de los términos del intercambio, esencial para la determinación de la tasa de ganancia y por tanto para el análisis global del capitalismo, parecería, en efecto, un requisito para el análisis del "fetichismo" del mismo modo que, por ejemplo, la capacidad de la hipótesis heliocéntrica de explicar los fenómenos astronómicos conocidos en la época de Galileo era un requisito para definir como ilusoria la concepción medieval y antigua de la Tierra como centro del universo.

Por otra parte, cuando el análisis del "fetichismo" es visto en los términos que hemos tratado de indicar, nos parece excesiva la preocupación que muestra Colletti en sus últimos escritos acerca de la "cientificidad" del "segundo Marx", el crítico de la economía política. A diferencia del "primer Marx", que se presenta como "el continuador y el coronador de la economía política como ciencia formulada por Smith y Ricardo", este "segundo Marx" habría "entrelazado y subvertido" las argumentaciones de aquellos autores con su "teoría de la alienación" (*Intervista politico-filosofica*, Bari, Laterza, 1975, p. 100); y esta última teoría a su vez, identificada por Colletti con el análisis del fetichismo, "engloba e incluye en sí la teoría misma del valor" (*ibid.*, pp. 109-110), transmitiéndole el propio pecado de no científicidad.

En realidad, este "segundo Marx" no "científico", del que nos habla Colletti, parece ser sobre todo un residuo o, si se quiere, un "fetiche" de ese "primer Colletti", del que hemos antes mencionado sus opiniones acerca de la relación entre fetichismo y términos del intercambio. El "segundo Colletti" podría por tanto liberarse del dominio de aquel "fetiche", reconociendo que el "primer

Marx, continuador y coronador de Smith y Ricardo", es precisamente el "segundo", es decir "el crítico de la economía política". Por otra parte, podría también reconocer que los desarrollos y complementamientos, por él atribuidos correctamente al "primer Marx", jamás habrían podido producirse en ausencia de una teoría de las ganancias, y por lo tanto, en aquella época, en ausencia de la "científica" teoría del valor trabajo de... Ricardo.

LA REALIDAD DE LA EXPLOTACIÓN. III

23. Recientemente se le ha atribuido a la teoría del valor trabajo de Marx, junto con el análisis del "fetichismo", un papel que no puede reducirse a la determinación de la tasa de ganancia y de los precios. Se trata de la idea de que esta teoría constituye la base sobre la que se levanta o cae la noción de que las ganancias tienen su origen en la explotación del trabajo.

A diferencia del papel asignado al "fetichismo", este segundo papel del valor trabajo no parece basarse directamente en la respuesta de Hilferding a Böhm Bawerk; todavía estaban demasiado próximas las explícitas negativas de Marx y Engels al respecto.

Se trata, en última instancia, de la misma aplicación socialista "utópica" de la teoría del valor de Ricardo, a la que se refería Marx en la *Contribución a la crítica de la economía política*, describiéndola en estos términos: "si el valor de cambio de un producto es igual al tiempo de trabajo incorporado en él, el valor de cambio de una jornada de trabajo es igual a su producto". Y continuaba señalando cómo estos socialistas invitaban a la sociedad burguesa a sacar prácticamente esta "supuesta" conclusión del principio teórico. Para aclarar aun más su punto de vista al respecto, añadía: "ya se ha demostrado que cuando Proudhon resucitó esta interpretación utopista de la fórmula de Ricardo en Francia, en Inglaterra ya estaba totalmente olvidada" (Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, cit., p. 53 y nota); obviamente, Marx no tenía la intención de resucitarla en Alemania, ni tampoco en el mundo de 1859 o 1867. En 1844, Engels hace el comentario de que Marx basaba sus reivindicaciones comunistas "en el desmoronamiento inevitable del modo capitalista de producción, desmoronamiento que adquiere cada día a nuestros ojos proporciones más vastas", y no ya en la "interpretación utopista" de la teoría del valor de Ricardo (Karl Marx, *Miseria de la filosofía*, México, Siglo XXI, 1975, Prefacio de Engels, p. 198). En cambio Claudio Napoleoni afirma en muchos de sus es-

critos la existencia de esta vinculación entre el valor trabajo y la explotación. Por ejemplo, en sus *Lecciones sobre el capítulo sexto (inédito) de Marx*, México, Era, 1976, p. 211) escribe que las consecuencias que se deducen del valor trabajo consisten en la proposición de que "la relación capitalista es una relación de explotación". Unas páginas más adelante, encontramos un intento de sostener esta deducción con un argumento que, a primera vista, no es una aplicación utopista de la teoría del valor que Marx y Engels rechazaban. Según Napoleoni, el concepto de trabajo necesario utilizado para definir la relación salarial "implica la tesis de que en el valor de los bienes-salario [...] no esté contenido más que trabajo [...] si hubiera alguna otra cosa [...] si, por ejemplo, en los bienes-salario [...] hubiera 6 horas de trabajo y alguna otra cosa además [...] que de alguna manera fuese relativa a una participación activa del capitalista en el proceso productivo [...] está claro que este razonamiento de Marx ya no sería posible, porque entonces se diría: en realidad el trabajador produce mercancías que no contienen sólo 6 horas de trabajo, sino que contienen también otro X [...] (y) no es cierto que el obrero, en sus primeras 6 horas [...] reconstruye el valor de su propio salario, porque reconstruye solamente una parte de este valor" (*ibid.*, p. 213).

Lo que no queda claro en este pasaje es qué significado tiene decir que en el "valor trabajo de los bienes (está) contenido trabajo y eventualmente alguna otra cosa". Todos estamos familiarizados con la idea de "trabajo contenido en la mercancía", pero no con la idea de un "valor" que "contenga" trabajo y, eventualmente, una X cosa relativa "a la participación, etc." ¿No se referirá Napoleoni simplemente al precio de producción que "contiene" salarios (mas no "trabajo") y que también debe contener necesariamente ganancias, cualquiera que sea el grado de "participación activa" del capitalista en el proceso productivo?

El razonamiento de Napoleoni no nos lleva muy lejos, pero sí nos da pie para pensar que el papel que le atribuye al valor trabajo, en última instancia, se basa sólo en la aplicación utópica del valor que mencionamos anteriormente —y que como vimos (párrafo 14) Böhm Bawerk le había atribuido a Marx para poder construir más fácilmente a su alrededor la propia crítica.

25. Para darnos cuenta de cuál es en nuestra opinión el contenido plenamente real de la explotación capitalista y la independencia que guarda dicho contenido con la teoría del valor trabajo, es útil empezar viendo cuál es el contenido que le atribuimos a la noción de explotación dentro de una sociedad precapitalista. Supongamos

que un siervo de la gleba debe gastar la mitad de su semana de trabajo en el campo de su señor, mientras un segundo siervo debe entregar a su señor la mitad de su producto: ¿podríamos decir que el primero es explotado y el segundo no? Obviamente, el hecho de que en el primer caso la deducción se mida directamente en plustrabajo y en el segundo en plusproducto no constituye ninguna diferencia; tanto más que no hay ninguna dificultad en expresar la primera deducción en términos de plusproducto y la segunda en términos de plustrabajo. Esto pone de relieve que la verdadera razón por la que en general se acepta que el ingreso del señor feudal es resultado de una explotación del trabajo está en que dicho ingreso se basa únicamente en el hecho de que no les está permitido a los siervos de la gleba apropiarse de todo lo que producen.

Si, tomando en cuenta esto, dejamos a un lado la Edad Media y pasamos a nuestra época, podremos darnos cuenta de que el problema de la explotación en un régimen capitalista es un problema más simple pero al mismo tiempo más complicado que el que analiza Napoleoni. Más simple, porque el hecho de que el trabajador no reciba todo el producto no requiere ninguna teoría del valor para ser visualizado (ya sea que se exprese en términos de plustrabajo o se prefiera expresarlo en términos de plusproducto). Sin embargo, el problema es más complicado porque es preciso que la explicación que damos de los fenómenos económicos no ponga de relieve un fundamento distinto de ese plusproducto (o plustrabajo) ni revele, como diría Marx, que la explicación del plusproducto en términos de explotación del trabajo se detiene en algo que un análisis más profundo descubre que es mera "apariencia". Hay fuertes razones para sostener que éste sería el caso si las teorías marginalistas fueran válidas y la tasa de ganancia surgiera en particular como el precio pagado por el uso de un factor productivo escaso.

Si todo esto es cierto, resulta claro que la proposición que se refiere a la existencia de la explotación del trabajo en una sociedad capitalista no depende de ninguna manera de la validez de la teoría del valor trabajo, sino de la validez de toda la proposición teórica fundada en la noción de excedente.

Por otra parte, parece ser que cuando se cumple la condición anterior la idea de que las ganancias se originan en la explotación del trabajo no implica un juicio moral como tampoco lo implica la idea análoga aplicada al señor feudal de nuestro ejemplo. Es un hecho que las ganancias se basan únicamente en que a los trabajadores no se les permite apropiarse de todo el producto —"sea cual fuere el juicio que nos merezcan las máscaras que aquí

se ponen los hombres al desempeñar sus respectivos papeles" (Karl Marx, *El capital*, cit., I/1, pp. 94-95).

II

26. Otro ejemplo del papel que se le atribuye en Marx a la teoría del valor, y que no puede reducirse a la determinación de la distribución y de los precios, nos la ofrece Mario Lippi en un libro reciente (*Marx*, Milán, Isedi, 1976) donde afirma que el abandono de la teoría del valor trabajo implica la renuncia a probar "científicamente" el carácter transitorio del capitalismo. Para ser más claros, empezaremos por esta tesis del libro y pasaremos después a la discusión del contenido que Lippi le atribuye a la teoría del valor en Marx. Algunas características de la tesis de Lippi merecen una extensa cita:

Para Marx, la producción asociada constituye, en general, una distribución del trabajo social total entre los miembros de la sociedad [...]. Y las cosas producidas, en general, no son otra cosa que el trabajo incorporado en los objetos. Esto es lo único que pertenece a la esencia de la vida humana asociada [...]. Para Marx, la sociedad capitalista guarda una doble relación con la esencia de la vida humana asociada. Es al mismo tiempo manifestación y negación. Manifestación, porque detrás de la forma definida históricamente encontramos las leyes de la producción en general. Negación, porque las leyes de la producción social se sostienen dentro de una asocialidad extrema. Ahora bien —todo el problema está aquí— esta discusión se transforma en ciencia para Marx, a través de la demostración del hecho de que las leyes que rigen la producción de las mercancías están subordinadas a las de la producción en general; y todo el peso de la demostración gravita sobre la teoría del valor trabajo (*ibid.*, pp. 150-151).

Una lectura cuidadosa de este pasaje de Lippi y, sobre todo, de su última frase podría indicarnos que el "peso" que gravita sobre la teoría del valor trabajo es muy reducido, o nulo. Si hay leyes que rigen la "producción general", ¿cómo podría no estar subordinada a ellas la producción capitalista, dado que es precisamente producción?

Pero sigamos con la cita tratando de aclarar su contenido:

Si es cierto que los productos no son otra cosa que trabajo [...] cualquiera que sea la forma en que se presente el valor —ya sea como precio de producción, costo de producción o dinero— deberá reducirse a tra-

bajo. Si esto se lleva a feliz término, si el trabajo queda [...] confirmado como esencia de la producción [...] queda legitimada [...] la finalidad del comunismo.

Esto no hace más que aumentar las dudas del lector. En lugar de explicar cómo, según Marx, la teoría del valor trabajo podría "demostrar" lo que aparece como una simple definición, Lippi sigue atribuyéndole a esa demostración el papel de "legitimador" del comunismo —cosa que, atribuida a Marx, puede despertar en el lector cierta zozobra al recordar las tesis que se refieren al conflicto entre trabajo asalariado y capital, el contraste entre el carácter social de las fuerzas productivas y el carácter privado de las relaciones de propiedad, etc. Sin embargo, al lector le quedará la duda de si detrás de la noción de "ciencia" que Lippi le atribuye a Marx no se oculta en realidad un Marx utopista a la Rodbertus, semejante al que utiliza Böhm Bawerk en su crítica (parágrafo 14, *supra*).

27. Pero, para poder seguir adelante, dejemos a un lado los fines que le atribuye Lippi a Marx y la confiabilidad que puedan tener las consecuencias a que, según Lippi, conduce la renuncia a la teoría del valor trabajo. Tratemos de definir el significado que, en la opinión de Lippi, habría tenido la teoría en Marx.¹ El pasaje más relevante a este respecto podría ser el siguiente:

[...] la medición de los productos a través de la cantidad de trabajo necesario para producirlos y de la distribución del trabajo social entre las distintas actividades [...] son características propias de la vida hu-

¹ De las tres referencias presentadas por Lippi (*op. cit.*, p. 6n) sólo una contiene la frase "costo real" (y no "costo social real"). En ese pasaje Marx se refiere a que el "costo real de la mercancía se mide por el gasto de trabajo" y lo contraponen a lo que unas líneas antes había llamado "costo real" de la mercancía para el capitalista, que se mide "por el gasto del capital" y por lo mismo carente de plusvalor, el mismo costo que Marx llama normalmente "precio de costo" (Karl Marx, *El capital*, III/6, p. 31). El uso de la misma expresión "costo real" al referirse a las dos nociones que acabamos de contraponer parece indicar una cierta casualidad en el uso del calificativo "real" en este pasaje. En el segundo de los pasajes citados por Lippi no se encuentra la expresión "costo real" sino más bien una muy distinta de "valor real" que se usa como sinónimo de "valor" en oposición a precio de producción (*ibid.*, p. 221). Finalmente, llama la atención la tercera referencia presentada por Lippi y en la que encontramos la expresión "precio de producción real" (o efectivo) para indicar lo que la expresión quiere decir, o sea precio de producción, que incluye las ganancias calculadas a una tasa uniforme (mas no la renta diferencial de la tierra), cosa muy distinta del "costo real" del que habla Lippi.

mana asociada en general. El trabajo como medida de las dificultades que deben vencerse y como *costo social real* es la "medida inmanente" del producto, independientemente del modo histórico de producción. Marx desarrolla este principio del costo real como *programa* de reconstrucción a partir del trabajo de los fenómenos relacionados con la mercancía y con el valor de cambio. El valor no es más que la *forma* que asume el costo real cuando los objetos son mercancías.

A juzgar por las referencias dadas por Lippi, la expresión "costo social real" no encuentra cabida en los textos de Marx² y —con estas referencias y con lo que dice Lippi en el libro— no sería fácil llegar a una definición de este "costo" que no se limite a ser un simple sinónimo de la expresión "cantidad de trabajo necesario para la producción de la mercancía". Pero —aunque el desarrollo de ese "principio" en el "programa de reconstrucción [...] de los fenómenos relacionados con la mercancía", que según Lippi se encuentra en Marx, requiere algo más—, contentémonos, como lo hace Lippi, con el significado más bien dudoso que Marx aplica, en un pasaje de su obra, a la "cantidad de trabajo [...] cuya absorción relativa por los diferentes productos determina, en cierta medida, el respectivo peso social de éstos" (Karl Marx, *El capital*, III/8, pp. 1118-1119. Subrayado por nosotros). Tratemos, nada más que por condescender con la hipótesis, de encontrar en este y en otros eventuales pasajes del mismo género el "principio del costo social real" que, por alguna razón, Marx considera apriori indispensable y capaz de explicar "los fenómenos relacionados con la mercancía y con el valor de cambio". Esto nos permitirá seguir de cerca a Lippi en su búsqueda de bases textuales, aunque su interés en realidad sobrepasa la tesis particular de Lippi, ya que las referencias (con excepción tal vez del párrafo 29 en adelante) son las mismas que podrían citarse o que se han citado para sostener otros diversos roles del valor trabajo y que no pueden reducirse a la determinación de la distribución y de los precios. Las referencias de Lippi pertenecen, básicamente, a la carta de Marx a Kugelman del 11 de julio de 1868 y a su estudio sobre los "costos puros de la circulación". Tomemos los dos argumentos por orden.

28. Reproducamos la parte más relevante de la carta a Kugelman, distinguiendo tres secciones (A), (B), (C). Refiriéndose a un comentarista de *El capital*, Marx escribe:

² En la misma página citada por Lippi en el pasaje antes mencionado, Marx escribe: "todos estos costos no se efectúan en la producción del valor de uso de las mercancías, sino en la realización de su valor; son costos de circulación puros" (Karl Marx, *El capital*, III/8, p. 371). Lippi cita en cambio en su pasaje

(A) [...] no se da cuenta de que a pesar de que en mi libro no existiera ningún capítulo dedicado al valor, el análisis de las condiciones reales que hago ya encierra en sí mismo la prueba y demostración de la relación real del valor. Sus discursos sobre la necesidad de demostrar el concepto de valor se basan en la ignorancia más completa tanto del tema en cuestión como del método científico. (B) Cualquier niño sabe que una nación que deje de trabajar [...] aunque sólo sean unas semanas, perecerá. Del mismo modo, cualquier niño sabe que las masas de productos correspondientes a las diversas necesidades exigen masas diferentes, y cuantitativamente determinadas, de la totalidad del trabajo social. Es *self evident* que la forma determinada de la producción social no suprime en ningún caso la *necesidad* de la *repartición* del trabajo social en proporciones determinadas; en todo caso, lo que se modifica es su *manera de manifestarse*. Las leyes naturales jamás pueden ser abolidas en general. Lo que sí puede modificarse, en situaciones históricas diferentes, es únicamente la *forma* bajo la cual esas leyes se manifiestan. Y la forma bajo la que esta repartición proporcional del trabajo se manifiesta, en un estado social en el que el conjunto del trabajo social se manifiesta a través del *intercambio privado* de los productos individuales del trabajo, esta forma, digo, es precisamente el valor de cambio de estos productos. (C) La ciencia consiste precisamente en mostrar *cómo* se manifiesta la ley del valor. Si quisiéramos, pues, "explicar" en primer lugar todos los fenómenos que en apariencia contradicen la ley, sería necesario procurarse la ciencia *antes* de la ciencia. Es precisamente el error que comete Ricardo, cuando en su primer capítulo sobre el valor presupone como *dadas* todas las categorías posibles, que primero es necesario explicar para poder después demostrar su adecuación con la ley del valor. (Marx, *Cartas a Kugelman*, Península, 1974, pp. 74-75.)

Para Lippi la referencia principal corresponde a la sección (B). En este trozo pretende encontrar un apoyo para la idea de una teoría del valor trabajo basada en el simple hecho de que las mercancías requieren trabajo para su producción y *no* en las relaciones de intercambio. Al parecer esta interpretación se justifica con el primer, y, tal vez, con el segundo período del fragmento (B). Las conclusiones a las que llega Marx en la parte restante del fragmento (B) constituirían, no obstante, la sorprendente incongruencia de que en una sociedad mercantil la distribución proporcional del trabajo se establece a través del valor de cambio; lo cual es cierto, independientemente de si el trabajo necesario para producir las mercancías rige o no las relaciones de cambio o si constituye o no la base del valor en cualquier otra forma.

Esta incongruencia desaparece si adoptamos una interpretación una frase que se encuentra dos párrafos más adelante y se refiere a la categoría particular de los costos que Marx está considerando en esos párrafos y no al criterio general que utiliza para excluir dichos gastos del valor.

distinta según la cual la vinculación entre la teoría del valor trabajo y las relaciones de intercambio se vuelve esencial. Se trata de recordar que únicamente por el hecho de que el trabajo entra en forma directa o indirecta en todas las mercancías (y por el hecho de que "cualquier nación se derrumbaría" si suspendiera el trabajo) (a) se puede plantear el problema de la igualdad o desigualdad entre las relaciones de intercambio de las mercancías y las cantidades de trabajo incorporadas en ellas (y se puede plantear el problema de la determinación de la tasa de ganancia y de las relaciones de intercambio a través de la redistribución del plusvalor [parág. 7]); y (b) la oscilación de los precios ocasiona, en forma directa o indirecta, una oscilación en los ingresos del trabajo obligando al trabajo a redistribuirse en las proporciones "correspondientes a las distintas necesidades".

Esta segunda interpretación de la carta evita otra incongruencia que entorpece la interpretación de Lippi: la incongruencia entre el fragmento (B) y el fragmento (A). Como lo confirma la referencia a Ricardo en el fragmento (C), en el fragmento (A), Marx señala como base de la teoría del valor la teoría de la distribución y de los precios de producción, y lo hace de un modo muy claro, afirmando que el capítulo sobre el "valor" no sólo no contiene una "demostración" de la teoría del valor cuya existencia se ha sostenido desde Böhm Bawerk y Hilferding en adelante, sino que directamente estaría del todo ausente; el resto del libro "contendría la prueba y la demostración" de la relación real de valor.

Lejos de proporcionar argumentos a los que como Lippi pretenden atribuir a la teoría del valor de Marx un papel que no puede reducirse a la determinación de la distribución y de los precios, esta carta constituye una base válida para sostener la tesis contraria que nosotros defendemos.

29. Podemos pasar ahora a la segunda base textual que utiliza Lippi en su interpretación: el estudio de los "costos puros de la circulación" en Marx. Creo que son suficientes dos observaciones al respecto.

La primera se refiere a la afirmación de Lippi de que la respuesta dada por Marx al problema de cuáles son las actividades laborales que deben considerarse como componentes del valor de las mercancías consistiría "en incluir junto con los métodos de producción disponibles todos los costos que son estrictamente necesarios para la producción y transporte de la mercancía como producto determinado físicamente; y en excluir todos los gastos que provienen de la forma económica del producto como mercan-

cía" (*ibid.*, pp. 16-17). La afirmación contenida en esta parte parece engañosa. El criterio que utiliza Marx para excluir del valor de la mercancía actividades puramente de circulación no es el que le atribuye Lippi y que se refiere a la forma de mercancía del producto; se refiere, más bien, al hecho de que estas actividades no dan origen a una "producción de valor de uso de las mercancías". Marx menciona en diversas partes de su obra el verdadero criterio de distinción: por ejemplo, cuando pasa a distinguir, entre los costos puros de la circulación excluidos del valor, los que se refieren a la "compra y venta", y que "se originan únicamente en la forma social determinada del proceso de producción", de los que se refieren a la contabilidad que lejos de ser exclusiva de la producción de mercancías es "más necesaria en la producción colectiva que en la capitalista" (Karl Marx, *El capital*, II/4, p. 160).

Es un hecho que para convalidar la más general de las tesis de Lippi (parágrafo 26), Marx debería comparar la producción en general con la producción capitalista, tal como sugiere Lippi, y dejar de comparar en el interior de la producción en general las actividades que producen valor de uso con las actividades que no lo producen.

30. La segunda observación se refiere a la afirmación de Lippi de que el análisis de Marx sobre los costos puros de la circulación "se desarrolla en forma independiente, y hasta en contraposición respecto a la formación de los efectivos valores de cambio" (*ibid.*, p. 5; véase también p. 21) revelando así, según cree él, el apriorismo de su noción de valor como "costo social real". Al leer, por ejemplo, las primeras páginas del capítulo 17º del libro III, citado ampliamente por Lippi, encontramos, sin embargo, una extensa argumentación casi al principio de la cual Marx se pregunta: "¿Por qué suponemos que el comerciante sólo puede realizar una ganancia, digamos del 10%, sobre sus mercancías, vendiéndolas en un 10% por encima de sus precios de producción?" Unas páginas más adelante llega a la conclusión de que en realidad el comerciante vende las mercancías a su precio de producción —y no por encima del mismo— porque "las ha comprado a los capitalistas industriales por debajo [...] de su precio de producción" (Karl Marx, *El capital*, III/6, pp. 364-366). No parece que de estos pasajes y de otros que pudieran citarse se desprenda un análisis hecho por Marx "independiente y hasta en contraposición a la formación de los efectivos valores de cambio".

En realidad, con su inclinación a incluir el trabajo empleado

ADQUISICIONES BIBLIOTECAS

ESTADO DE GUATEMALA

EL COMITÉ DE INVESTIGACIONES

en la pura circulación propiamente dicha en el valor de las mercancías, parece que Lippi ignora un hecho muy importante, que Marx por su parte toma muy en cuenta. A diferencia de una utilización adicional de trabajo productivo que, como una tasa igual de salario en términos reales (es decir, en términos de valores de uso) no influiría sobre la tasa de ganancia en una dirección más que en otra, una utilización adicional de trabajo improductivo (ya sea para la contabilidad, para las adquisiciones y para las ventas) hará disminuir necesariamente la tasa general de ganancia. Ahora bien, la inclusión de ese trabajo en el valor de las mercancías enturbiaría este efecto sobre la tasa de ganancia —de la misma manera que la determinación del precio de las mercancías como suma de salarios y ganancias le ocultaba a Smith la dependencia de la tasa de ganancia con respecto a la tasa de salario (párrafo 5, *supra*). En cambio, el efecto sobre la tasa de ganancia aparece con toda claridad cuando el trabajo, en términos del cual medimos el valor de las mercancías, es únicamente aquel que produce valores de uso.

31. No parece, pues, que el estudio de los costos de circulación tenga una posibilidad mayor que la carta de Kugelman para fundamentar la idea de que la teoría del valor tiene en Marx también o en forma especial un papel distinto del que se refiere a la determinación de la ganancia o de los precios. Y mucho menos para fundamentar la idea de "costo social real" que como hemos visto no está plenamente definida (párrafo 27, *supra*).

Ahora podemos juntar esto con lo que dijimos acerca de las nociones de explotación y de fetichismo (sección I de este artículo y sección IV del precedente) y juntarlo sobre todo con lo que hemos sostenido sobre las características de la interpretación de la obra de Marx realizada por Böhm Bawerk en su crítica y a través de las profundas huellas que dichas características dejaron en Hilferding (sección II y III del precedente artículo). Creo que podemos llegar a la confirmación de la tesis que sostuvimos en el primer artículo (párrafos 6 y 7) sobre el papel de la teoría del valor trabajo en Marx, y sobre todo la confirmación de lo que dijimos sobre su relación con la "crítica de la economía política" (párrafo 9) y en relación al significado real de las argumentaciones presentadas por Marx en el primer capítulo de *El capital* (párrafos 10 y 11).

["La realtà dello sfruttamento" fue publicado en los números 9, 11 y 13 de *Rinascita*, en el mes de marzo de 1978.]

FERNANDO VIANELLO

EL ESLABÓN ROTO

Hace cinco años, Andrea Ginzburg y yo escribíamos en las páginas de esta revista:

Una característica peculiar de la crítica de Sraffa al marginalismo consiste en plantear nuevamente, como única visión coherente del proceso económico, la de Ricardo y de Marx, basada en la categoría de "excedente" y en la negación del papel de la demanda y de la oferta. La fusión de los dos aspectos esenciales, de la crítica y del planteamiento teórico, le proporciona al marxismo una ocasión importante de hegemonía cultural ("Il fascino discreto della teoria economica", *Rinascita*, 3 de agosto de 1973).

No puedo, pues, dejar de estar de acuerdo con Pierangelo Garegnani cuando considera algo "paradójico" que "una situación de continuación se convierta en una retirada y en una crisis" ("La realidad de la explotación", *Rinascita*, 3 de marzo de 1978; en el momento que escribo ha salido únicamente la primera parte del artículo).

Para aprovechar la ocasión —y reconocer lo paradójico— hay que señalar de una manera convincente cómo las correcciones que es indispensable hacer no conducen a "hacer una hoguera" con el análisis de Marx (como dice Lucio Colletti, con una expresión pintoresca). Creo que ésta es la idea de Garegnani, que corresponde a la mía. Me preguntaré, sin embargo, hasta qué punto es útil para nuestra causa común la drástica simplificación hecha por Garegnani cuando afirma que "el papel de la teoría del valor trabajo de Marx se reduce únicamente a una determinación no circular de la tasa de ganancia" (subrayado por mí).

Sigo convencido de que en la construcción teórica de Marx, "la determinación del valor a través del tiempo de trabajo es el eslabón que une el análisis de la división del trabajo en la sociedad capitalista —que nos lleva a los conceptos de 'trabajo abstracto' y de 'fetichismo'—, con el análisis de la distribución del ingreso" ("Plusvalore e profitto nell'analisi di Marx", en Silos Labini y otros, *Prezzi relativi e distribuzione del reddito*, Turín, 1973, pp. 114-

115). Si se rompe el eslabón —ya que el valor medido a través del tiempo de trabajo no cumple ningún papel en una teoría correcta de la distribución—, se pierde algo de la concepción original y extraordinariamente compacta de Marx. Esta pérdida está reconocida y delimitada correctamente. Negarla sólo serviría para regalar nuevos argumentos a los que anuncian la crisis del marxismo y a los que espantados por la supuesta crisis siguen buscando un refugio en la ortodoxia.

La teoría del valor trabajo les permite tanto a Marx como a Ricardo considerar como dada de antemano la magnitud que se descompone en salarios, ganancias y rentas. Piero Sraffa contrapone este planteamiento al que podríamos definir como "aditivo" del precio natural, es decir a la determinación del precio a través de la suma de sus partes constitutivas y al que se adhiere sobre todo Smith. Aunque no lo diga explícitamente, Sraffa toma de Marx esta contraposición.

Ricardo —observa Marx— descompone el precio de la mercancía en aquellas partes constitutivas. La magnitud de valor, pues, en el *priori* [lo previo, lo primero]. La suma de las partes constitutivas está presupuesta como magnitud dada; se parte de ella en vez de, a la inversa, determinar *post festum* la magnitud de valor de la mercancía mediante la adición de los componentes, como suele hacerlo Adam Smith en contradicción con su propia intelección más profunda (*El capital*, II/5, p. 676).

Marx fija la oposición entre los dos procedimientos en una imagen muy elocuente:

Si determino por separado la longitud de tres líneas como "partes constitutivas", formo una cuarta recta igual a la suma de sus longitudes, en modo alguno he seguido el mismo procedimiento que si tengo ante mí una recta dada y con el motivo que fuera la divido [...] en tres partes diferentes. En el primer caso, la longitud de la línea varía exactamente con la longitud de los tres segmentos de los cuales es la suma; en el segundo caso, la longitud de los tres segmentos está delimitada de antemano por el hecho de ser partes de una línea cuya longitud está dada (*ibid.*, p. 468).

Hace ya mucho tiempo que se suscitó una polémica sobre el pasaje que acabo de citar entre Umberto Cerroni y yo, porque él le atribuía a Marx la concepción "aditiva" de Smith (puede parecer increíble, pero véase *Teoria della crisi sociale in Marx. Una reinterpretazione*, Bari, 1971, pp. 28 y 45; el eco de esta polémica

se encuentra en mi introducción a los *Principios* de Ricardo, Milán, 1976, núm. 44). En realidad, el punto de vista de Marx no podía ser más claro:

Por ende, si la parte del valor mercantil en que se representa el trabajo nuevo agregado al valor de los medios de producción se descompone en diferentes partes que, en la forma de réditos, asumen figuras autónomas unas frente a otras, no por eso hay que considerar, ni con mucho, que el salario, la ganancia y la renta de la tierra sean los elementos constitutivos de cuya composición o suma surgiría el precio regulador (*natural price, prix nécessaire* [precio natural, precio necesario]) de las mercancías mismas, de manera que, después de la deducción de la parte constante de valor, no sería el valor mercantil la unidad originaria que se descompone en esas tres partes, sino que, a la inversa, el precio de cada una de esas tres porciones se determinaría autónomamente, y sólo con la adición de esas tres magnitudes independientes se formaría el precio de la mercancía. En realidad, el valor de las mercancías es la magnitud previa, la suma del valor global del salario, ganancia y renta, cualquiera que sea la magnitud relativa de los mismos (Marx, *El capital*, III/8, pp. 1094-1095).

La longitud de la "línea" es pues independiente de la longitud de los tres "segmentos" que la componen.

Esto es lo que identifica a Ricardo y a Marx y los distingue de Smith.

Sin embargo, existen diferencias importantes entre la versión ricardiana y la de Marx sobre la teoría del valor trabajo. Una que no pudo pasar inadvertida a Garegnani es la siguiente: Ricardo presenta la teoría del valor trabajo como un "principio" sujeto a "modificaciones". Entiende que al calcular la tasa de ganancia las mercancías reciben un valor de acuerdo con sus precios naturales que a su vez dependen de la tasa de ganancia. Pero no logra construir un esquema teórico capaz de tomar en cuenta esta interdependencia. Y no encuentra otra solución que continuar fundando su propio análisis en aquel mismo principio que considera necesario modificar.

Marx, por el contrario, se muestra convencido de que la tasa de ganancia puede determinarse, para toda la economía, sobre la base de la teoría del valor trabajo, aunque las mercancías no se intercambien en proporción al trabajo incorporado. Garegnani hace notar cortésmente que Marx no conocía a Sraffa, a pesar de que conocía muy bien a Ricardo. Precisamente por esto, es lícito preguntarse por qué Marx considera irrelevante la dificultad con que se topó Ricardo: la dificultad de distinguir los cambios en la

distribución de los cambios en la magnitud de lo que había que distribuir. Aun cuando se reconozca que los precios relativos cambian cuando cambia la distribución del ingreso, Marx se muestra contrariado por la insistencia con que Ricardo vuelve sobre "esta consideración secundaria" (*Historia crítica*, cit., I, p. 251).

Esto bastaría para ponernos en guardia contra lo que Schumpeter definía como una interpretación "demasiado ricardiana" de la teoría del valor de Marx. Garegnani hace notar cómo "si la tasa de ganancia se determina como pretendía Marx", el análisis de la acumulación y del conflicto entre el trabajo asalariado y el capital "no tendría nada que ver con el hecho de que las mercancías se intercambiaran de acuerdo con el precio de producción o con el trabajo incorporado"; y entonces sería lícito "proceder en un principio como si las mercancías se intercambiaran en proporción al trabajo incorporado". La observación aparece totalmente compartible. Lástima que presuponga la determinación de la tasa de ganancia hecha por Marx, y no nos diga nada sobre los motivos que indujeron a Marx a determinar la tasa de ganancia en esa forma particular, saltando a pie juntillas el problema de Ricardo. Esto revela, por lo menos, una actitud distinta con relación a la teoría del valor trabajo.

Para encontrar las raíces de esta actitud distinta hay que partir del "modo en que se introduce la teoría del valor trabajo en el primer capítulo de *El capital*". Modo que, a juicio de Garegnani, "no parece justificar la búsqueda de significados distintos del de la determinación no circular de la tasa de ganancia". Veremos qué tan alejada de la realidad se encuentra una afirmación como ésta.

El análisis de la mercancía, con el que se abre *El capital*, es —en realidad— el análisis de una división del trabajo basada en el intercambio. En esta clase de división del trabajo, los bienes u "objetos para el uso" son "productos de trabajos privados ejercidos independientemente los uno de los otros" (*El capital*, I/1, 89). La distribución del trabajo global de la sociedad entre las diversas actividades productivas no está regulada apriori por medio de alguna especie de acuerdo o cohesión, sino únicamente aposteriori, mediante el intercambio de los productos.

El mecanismo que preside la división social del trabajo —mecanismo impersonal del mercado— opera, por así decirlo, a espaldas de los productores, orientando su trabajo a fines particulares que les son totalmente ajenos. Sólo en esta forma el trabajo humano adquiere un significado desde el punto de vista de su resultado —o sea de las necesidades que satisfacen sus productos— mientras que no tiene ningún significado, desde ese punto de vista, para los

productores. El único significado que se le puede atribuir al trabajo, a los ojos de estos últimos, es el que se deriva de la capacidad que tienen (cuando todo les sale bien) de encontrar un comprador y no de la capacidad que tienen los productos del trabajo para satisfacer las necesidades específicas del hombre. A los productores de mercancías les interesan los productos del trabajo únicamente como "portadores materiales del valor de cambio" (*ibid.*, p. 45) y el trabajo mismo como medio de obtener un poder de compra. Unidos en esta única función, los diversos trabajos resultan idénticos entre sí. Se pierde —en el sentido de que se vuelve indiferente— su característica de "trabajos útiles" creadores de valores de uso específicos. Lo único que queda es un trabajo "igual" (*ibid.*, p. 96) indiferenciado, "trabajo humano en abstracto" (*ibid.*, p. 54). "El carácter específicamente social de los trabajos privados independientes" consiste en la igualdad de todos los trabajos, derivada de su reducción real a trabajo abstracto (*ibid.*, p. 91).

Con las indicaciones interpretativas que da el mismo Marx a propósito de su propio análisis, no cabe duda de que nos encontramos frente a un aspecto central de la problemática económica de Marx. Dice por ejemplo: "he sido el primero en exponer críticamente esa naturaleza bifacética del trabajo contenido en la mercancía [...] este punto es el eje en torno al cual gira la comprensión de la economía política" (*ibid.*, p. 51). Y el descubrimiento de esa naturaleza bifacética del trabajo —la distinción entre trabajo útil y trabajo abstracto— representa, a su juicio, una de las dos contribuciones básicas del primer libro de *El capital*:

Lo mejor que hay en mi libro es: 1. (y sobre todo eso descansa toda la inteligencia de los hechos [facts]) subrayar, desde el primer capítulo, el doble carácter del trabajo, según se exprese en valor de uso o en valor de cambio; 2. el análisis del plusvalor, independientemente de sus formas particulares: beneficio, interés, renta del suelo, etc. (Carta de Marx a Engels del 24 de agosto de 1867, en *Cartas sobre El capital*, Barcelona, ed. Laia, 1974, p. 137.)

Más adelante hablaremos de esta segunda contribución y de sus relaciones con la primera. Volvamos, por ahora, al análisis de la mercancía.

La mercancía es, por un lado, un valor de uso, un objeto con características que lo hacen capaz de satisfacer determinadas necesidades humanas; por el otro, es un objeto dotado de valor, o simplemente "un valor". El valor de uso es, entre las dos cualidades

de la mercancía, la que no se toma en cuenta en el intercambio y que elimina las diferencias entre los productos, en el sentido de que en el intercambio los productos diferentes se equiparan entre sí y se consideran iguales; y se toma en cuenta únicamente su característica de tener valor. "Al equiparar entre sí en el cambio como valores sus productos heterogéneos, [los hombres] equiparan reciprocamente sus diversos trabajos como trabajo humano. No lo saben pero lo hacen (*El capital*, I/1, p. 90). La reducción de la mercancía a su característica de tener valor y la reducción del trabajo a trabajo abstracto son, pues, el resultado de un mismo proceso real.

Nos encontramos en un pasaje delicado de la argumentación de Marx. No sólo la división social del trabajo está mediatizada por el intercambio (de manera que el trabajo individual recibe la unión de la sociedad sólo a través del intercambio de mercancías reduciéndose así a trabajo abstracto). No sólo el intercambio es el único vínculo que existe entre los productores, de manera que "la relación social determinada existente" entre los hombres adopta para ellos "la forma fantasmagórica de una relación entre cosas" (*ibid.*, p. 89). Marx dice algo más. Si los productores equiparan sus trabajos a través del intercambio de mercancías, esto sucede, dice Marx, porque el objeto real del intercambio lo constituyen los trabajos mismos y sus "conjuntos de mercancías" cuentan "como meras envolturas materiales" (*ibid.*, p. 90).

Sólo a través de estas envolturas —es decir, separándose de los hombres y objetivándose en mercancías— los trabajos privados se relacionan entre sí y pasan a formar parte del trabajo social total, de una división social del trabajo.

En su función de intermediarios de la división social del trabajo, las mercancías "tan solo nos hacen presente que en su producción se empleó fuerza humana de trabajo, se acumuló trabajo humano" (*ibid.*, p. 47). El valor, cualidad a través de la cual la mercancía desarrolla esta función, representa, pues, la forma que asume el trabajo ("la forma objetiva del trabajo social gastado en la producción"; *ibid.*, p. 651). O, dicho en otras palabras, el trabajo es la "sustancia de los valores" (*ibid.*, p. 48).

Como valores, las mercancías son "cristalizaciones de esa sustancia social común a ellas" (*ibid.*, p. 47); es decir, "mera gelatina homogénea de trabajo" (*ibid.*, p. 55); es decir, "determinada medida de tiempo de trabajo solidificado" (*ibid.*, p. 49). Esta última expresión subraya la dimensión cuantitativa del trabajo que se convierte en dimensión cuantitativa del valor: "¿Cómo medir, entonces, la magnitud de su valor [de la mercancía]? Por la cantidad de

'sustancia generadora de valor' —por la cantidad de trabajo— contenida en ese valor de uso" (*ibid.*, pp. 47-48).

De lo dicho hasta aquí resulta claro que Marx plantea y resuelve el problema del valor dejando a un lado cualquier consideración sobre las relaciones de intercambio entre las mercancías y las fuerzas que las gobiernan (a las relaciones). El punto de partida de su razonamiento lo constituye la observación —de orden meramente cualitativo y no cuantitativo, podríamos decir con Franz Petry— de que en una sociedad particular los productos del trabajo asumen la forma de mercancías y "el conjunto del trabajo social se manifiesta a través de un intercambio privado de los productos individuales del trabajo" (carta de Marx a Kugelmann del 11 de julio de 1868). Para este razonamiento no interesa en absoluto si los productos se intercambian o no de acuerdo al trabajo incorporado en ellos. El hecho de que no suceda lo anterior deja intacto el papel de las mercancías como intermediarios de la división social del trabajo; y deja intactos, en la concepción de Marx, los conceptos de "sustancia" y "magnitud" del valor.

¿En qué consiste, pues, el error de Marx? En sostener que los conceptos de "sustancia" y "magnitud" del valor —tras los cuales, como acabamos de ver, no hay ninguna teoría de las relaciones de intercambio— constituyen la base adecuada para el análisis de la distribución del ingreso: distribución que depende crucialmente de las relaciones de intercambio, es decir de los precios a los que se compran y se venden las mercancías.

De la concepción del trabajo como sustancia del valor se deriva la del trabajo como sustancia de los ingresos: los ingresos como valores consisten en trabajo incorporado. De ahí las acrobacias, muy bien documentadas por Marco Lippi (Marx, *Il valore come costo sociale reale*, cit.), que Marx debe hacer para que coincida la suma de los ingresos diferentes del salario de los trabajadores productivos con el plusvalor ejecutado globalmente (el plusvalor producido globalmente) en la economía. De ahí, para mencionar sólo los aspectos más conocidos, el paso de los valores a los precios de producción a través de la pura y simple redistribución del plusvalor. Dicha redistribución, nótese bien, no es una consecuencia fortuita de la determinación de la tasa de ganancia como relación entre el plusvalor producido globalmente y el valor del capital empleado globalmente en la economía. Por el contrario, este modo de determinar la tasa de ganancia que obedece a la lógica de la redistribución es el que domina todo el procedimiento.

Cuando Marx se da cuenta del error implícito en dicho procedimiento no se preocupa, según parece, gran cosa. En lugar de

someter nuevamente a discusión la forma de determinar la tasa de ganancia, se contenta con afirmar —yendo más allá— que en un caso o en otro “arroja igual cantidad” (*El capital*, III/6, p. 214). Comparto plenamente la importancia que Lippi le da a esta afirmación en la que, según él, “está contenida la intuición que guía a Marx en su investigación”, es decir la idea de que “la corrección necesaria en los precios de producción no tiene ninguna consecuencia sobre la conservación de las cantidades globales” (Marx, cit., página 91). Pero, ¿por qué arroja “igual” cantidad? Porque el trabajo incorporado que constituye la sustancia de los ingresos debe ir forzosamente a manos de alguien: lo que no va a manos de los trabajadores debe distribuirse en una forma o en otra entre los capitalistas.

Sin embargo, no siempre arroja la misma cantidad. Como el mismo Marx lo entiende, los precios de producción que resultan de la redistribución del plusvalor no sólo no aseguran la uniformidad de la tasa de ganancia, sino, lo que es peor, la tasa de ganancia que se obtiene con ellos no es la que los capitalistas obtienen en realidad dentro de la situación estudiada (definida por los métodos de producción, por el nivel del salario y por la condición de la uniformidad de la tasa de ganancia). La coherencia interna de la teoría sólo se puede alcanzar renunciando a una de las dos contribuciones que, como dice Marx, constituyen “lo mejor” del primer libro de *El capital*: “el estudio del plusvalor independientemente de sus formas particulares”, es decir la concepción del trabajo como sustancia de los ingresos y del plusvalor (plus-trabajo), como un fondo de donde se sacan los ingresos distintos del salario para los trabajadores productivos.

El problema que queda por discutir se refiere al vínculo que une esta contribución con la otra, sobre la que “descansa toda la comprensión de los facts”: el concepto de “trabajo abstracto”. Colletti —al que se debe una importante y original puntualización sobre este concepto, aceptada ampliamente con respecto a lo anterior— ha considerado siempre que el entrelazamiento entre las dos contribuciones no sólo era muy estrecho (lo que tranquilamente le parece indudable a Garegnani), sino también necesario. De tal manera que la quiebra de la teoría del valor trabajo habría precipitado, en un abrazo mortal, toda la construcción teórica de Marx. Ayer, Colletti lanzaba anatemas contra el “revisionismo económico”. Hoy proclama la crisis del marxismo. Pero el error es el mismo. Consiste en creer que lo que Marx ha unido no puede ser separado.

Pero, en definitiva, ¿en qué consiste el trabajo abstracto? Per-

mitaseme recurrir en busca de ayuda a un texto que, aunque es muy conocido, no ha recibido —tal vez por su carácter de divulgación— toda la atención que merece: *Trabajo asalariado y capital* (1849). En él Marx dice que para el trabajador asalariado “el producto de su actividad no es tampoco el fin de esta actividad”. Y explica:

Lo que el obrero produce para sí no es la seda que teje [...] ni el palacio que edifica. Lo que produce para sí mismo es el salario [...] Las doce horas de trabajo no tienen para él sentido alguno en cuanto a tejer, hilar, taladrar, etc., sino solamente como medio para ganar el dinero que le permite sentarse a la mesa o en el banco de la taberna y meterse en la cama (*Trabajo asalariado y capital*, op. cit., pp. 156-157).

Es esta ruptura entre el *producto* del trabajo (valor de uso) y su *finalidad* (el valor de cambio) lo que se presenta en *El capital* como una reducción del trabajo a trabajo abstracto, en el que se elimina el “carácter de utilidad”. Por esto la afirmación de Colletti de que “el trabajo abstracto es el trabajo alienado” es una afirmación justa e ilustrativa (Introducción a E. Bernstein, *I presupposti del socialismo e i compiti della socialdemocrazia*, Bari, 1968, p. LII).

En *Trabajo asalariado y capital* se encuentra también una formulación clara del gran tema del fetichismo que en *El capital* es imposible distinguir del que se refiere al trabajo abstracto (y del que se refiere a la “crítica de la economía política”). El capital, dice el texto, es “una relación social de producción” cuyo presupuesto necesario es “la existencia de una clase que no posee nada más que su capacidad de trabajo”. Lo que aparece como “una suma de productos materiales”, en realidad, es “una suma de mercancías, de valores de cambio, de magnitudes sociales” que se eleva a “fuerza social independiente”. (*Trabajo asalariado y capital*, cit., pp. 163-164.) Nos encontramos ante lo que Marx llamará “cosificación de las relaciones sociales [...] el mundo encantado, invertido y puesto de cabeza en que *Monsieur le Capital* y *Madame la Terre* rondan especialmente como caracteres sociales y, al propio tiempo de manera directa, como meras cosas” (*El capital*, III/8, p. 1056). “Lo que hace aparecer como algo trivial, como algo obvio al hecho de que una relación social de producción adopte la forma de objeto —dirá Marx— es únicamente la inercia de la vida cotidiana” (*Per la critica dell'economia politica*, Roma, 1957, p. 22).

¿Qué interés tiene referirnos a *Trabajo asalariado y capital*? Nos

ayuda a comprender cómo el análisis del trabajo abstracto y del fetichismo no implica forzosamente tener que recurrir a los conceptos de "sustancia" y "magnitud" del valor. En dicha obra el mismo Marx es el que divide lo que presentará unido en *El capital*. La sugerencia procede por lo menos de una buena fuente.

[*"L'anello spezzato"*, en *Rinascita*, núm. 15, 14 de abril de 1978.]

LUCIO COLLETTI

VALOR Y DIALECTICA EN MARX

1. Me parece difícil estar de acuerdo con Garegnani cuando afirma que para Marx el papel del valor trabajo es "simplemente" el de una determinación no circular de la tasa de ganancia y de los precios. Vianello y Lippi han demostrado cómo esta tesis es insostenible. Para reforzar más sus argumentos quisiera añadir algunas consideraciones elementales.

Tomemos el comentario que hace Marx al capítulo vi del libro I de *La riqueza de las naciones* de Smith (véase Karl Marx, *Teorías sobre la plusvalía*, en edic. Grijalbo, vol. I, pp. 65-76). El esquema de su exposición es el siguiente. La masa de valor que el trabajo asalariado añade a las materias primas se divide en dos partes. Una reintegra el valor de la fuerza de trabajo: es el salario. La otra constituye lo que Smith llama ganancia y Marx, plusvalor. Con esta segunda cuota de valor, el empresario capitalista paga el "interés" a quien le anticipó el dinero y la "renta" al propietario de la tierra donde se levanta la empresa. El resto es lo que constituye la "ganancia" propiamente dicha. El esquema es elemental, pero elocuente. Nos presenta (lo que Marx considera como) la anatomía de la sociedad burguesa moderna. Nos explica cuáles son las clases fundamentales de la sociedad, cómo se reproducen y de qué viven. Sólo el trabajo, el trabajo asalariado, es productor de valor. Sin embargo, se le quita y arrebatada una parte: el plusvalor. Del plusvalor se derivan la ganancia, la renta y el interés. He aquí, de un golpe, explicado el mecanismo fundamental de la sociedad. Una clase produce para todos. Los ingresos con que viven las demás clases constituyen "sustracciones" o "deducciones" del valor agregado por el trabajador a la materia prima. En la teoría del valor están presentes la estructura de las clases y la dinámica de la lucha de clase. Están presentes, también, el papel y la función que desempeña, en la exposición de Marx, la clase trabajadora.

Garegnani dice que no se puede eliminar de la obra de Marx la teoría del valor sin que dicha obra salga perjudicada. No logro comprender cómo se puede sostener esta tesis seriamente. Sin el

concepto de valor, no se puede definir en Marx (digo en Marx y no en sí y por sí) ni siquiera los conceptos de "dinero" y de "capital". Mucho menos, los conceptos de "mercado" y de "competencia". (Sin el concepto de valor, no se puede definir, en mi opinión, ni siquiera el concepto de "capital" usado por Ricardo, salvo que se le atribuya el significado de *stock* que tiene en Torrrens.) Garegnani propone dejar a un lado (por decir algo) el primer libro de *El capital* (lo que significa dejar a un lado también los *Grundrisse* y gran parte de las *Teorías sobre la plusvalía*). Creo que existen muchos motivos para hacerlo. Pero resulta demasiado difícil entender cómo puede Garegnani reclamar al mismo tiempo (porque esto es lo que reclama) los títulos (I) y los méritos (I) de la *ortodoxia*, si somete a Marx a esta operación de cirugía radical.

Estoy de acuerdo con una observación, muy sencilla y muy honesta, presentada por Marco Lippi en su artículo: una cosa es la reconstrucción del pensamiento de Marx, es decir establecer qué fue lo que dijo y lo que pensó en realidad, y otra cosa el afán de algunos economistas modernos por actuar "libremente" basándose en su doctrina. Se trata de dos operaciones muy distintas entre sí, que deben diferenciarse cuidadosamente. Yo creo que Garegnani las confunde. Me parece justo, pues, hacer notar, junto con Lippi, que "por lo que respecta a la lectura de Marx que sugiere Garegnani, ésta parece más dominada por el afán de hacer que los marxistas digieran a Sraffa, que por el fin de proporcionar una reconstrucción de la teoría de valor de Marx [...]". Una consecuencia inevitable de esta confusión es una "forma forzada y restrictiva de interpretar a Marx" que caracteriza la actitud de Garegnani.

2. Los tres artículos de Garegnani aparecieron bajo el título de "La realidad de la explotación". En Marx, la teoría de la explotación depende orgánicamente de la teoría del valor. Presupone la división de la jornada de trabajo en dos partes: el tiempo de "trabajo necesario" y el tiempo de "plustrabajo" (véase, Karl Marx, *El capital*, cit., t. I/1, cap. v). Remite al concepto de "plusvalor". Dejar a un lado la teoría del valor y del plusvalor y seguir hablando de "explotación" es, en mi opinión, bastante problemático: a menos que se ofrezca de ella una reconstrucción teórica *ab initio*. Para Marx, la "explotación" no es un "robo" o una "injusticia". Es una operación estructural compleja. Estructural: porque es impersonal e involuntaria. Compleja, porque además de extraer, el capital ayuda a crear, multiplicando la productividad del trabajo que luego será sustraído. (En las *Glosas a Wagner*, Marx

dice: "yo represento al capitalista como un funcionario necesario de la producción capitalista, y muestro ampliamente que él no sólo 'sustraer', o 'roba', sino que arranca la *producción del plusvalor*, es decir que comienza por ayudar a crear lo que ha de sustraer". [Karl Marx, *Glosas marginales al "Tratado de economía política" de Adolph Wagner*, en Maurice Dobb et al, *Estudios sobre el capital*, México, Siglo XXI, 1977.]

Garegnani, al dejar a un lado el valor y el plusvalor, piensa que para hablar de "explotación" son suficientes el concepto de "excedente" de Sraffa y la relación lineal inversa que éste establece entre ganancia y salario. Yo tengo mis dudas. El concepto de "excedente" de Sraffa está calculado en términos físicos. No tiene nada que ver con el concepto de *surplus* como "riqueza abstracta", que menciona Marx. No se trata de un excedente que se realiza en el mercado (véase, sobre este punto, las consideraciones importantísimas de Claudio Napoleoni en "Sulla teoria della produzione come processo circolare", *Giornale degli Economisti*, enero-febrero de 1961). Desde el punto de vista de Marx, un excedente como el de Sraffa sería objeto de las ironías (mucho más hiriente que el comedido *humour* de Garegnani) que Marx reserva para los conceptos pobres en determinaciones histórico-sociales. La división del excedente en ganancias y salarios indica, cuando mucho, una oposición de intereses. De ahí al concepto de "explotación" hay muchos eslabones y muchos conceptos intermedios que Garegnani ha mantenido ocultos hasta ahora.

3. Es un hecho que la teoría del valor trabajo no rige. Garegnani llegó a esta conclusión —de esto doy fe— mucho antes que yo. Yo he sido el último en llegar. Una vez dejada a un lado esta teoría (y reconociendo, por otra parte, cuán profundamente enraizada está en la obra de Marx) surge el problema de ver qué queda en pie del viejo análisis. En principio, me parece muy razonable la actitud de Lippi y Vianello. No se puede hacer una hoguera del análisis de Marx. Seguramente debe haber partes importantes a recuperar. Estoy totalmente de acuerdo con esta hipótesis y con la orientación que se deriva de ella para la investigación. No estoy totalmente de acuerdo, tal vez, con el modo en que se ha concretizado, a veces, esta investigación.

Tomemos el artículo de Vianello. Constituye una exposición óptima del pensamiento de Marx. Vianello no cae en el error cometido por Garegnani de creer que la teoría del valor es para Marx "simplemente" un instrumento para determinar la ganancia y los precios. La relaciona más bien con la división social del trabajo

basada en el intercambio. En ella se encuentra justamente el instrumento analítico que le sirvió a Marx para poner de relieve la anatomía y la organización de la sociedad moderna. La disociación de los productores entre sí —y por consiguiente del productor con respecto a la sociedad— produce a su vez la disociación del trabajo. El trabajo "individual" y el trabajo "social" (los dos aspectos inseparables de todo trabajo personal que se realiza en una sociedad) se separan entre sí. El trabajo útil o concreto se expresa en el valor de uso de la mercancía. El trabajo social debiendo representarse separadamente del primero, toma la forma de "trabajo abstracto", es decir se fija como "valor".

Es obvio que si se estableciera apriori y en forma consciente la distribución del trabajo de la sociedad entre las distintas actividades productivas, el trabajo concreto o individual sería por sí mismo y directamente una parte alícuota del trabajo colectivo. No habría necesidad de dejar a un lado el aspecto individual y concreto al considerar el aspecto social. Los dos coincidirían de hecho y de manera directa. Sin embargo, no sucede lo mismo cuando la distribución social del trabajo no se establece en forma consciente, sino que se realiza sólo a posteriori, a través del mercado. En este caso, la separación de los dos aspectos del trabajo refleja la escisión misma entre el individuo y la sociedad.

Una vez reconstruido correctamente el análisis de Marx, Vianello pasa a identificar el punto crucial. Marx tiene razón en sostener que la división social del trabajo está mediatizada por el intercambio y que éste es el único vínculo de unión entre los productores. Sin embargo, se equivoca —dice Vianello— cuando pretende que el intercambio se lleve a cabo en base al trabajo incorporado. El punto de partida del razonamiento de Marx —agrega— consiste en observar (sólo cualitativamente, mas no cuantitativamente) que, en una sociedad particular, los productos del trabajo asumen la forma de mercancías y que la vinculación del trabajo social cobra importancia como intercambio privado entre productores individuales del trabajo. Sin embargo, "no tiene ninguna importancia para el razonamiento el hecho de que los productos se intercambien en proporción al trabajo incorporado en ellos". En otras palabras, el error de Marx consiste "en sostener que los conceptos de 'sustancia' y 'magnitud' del valor —detrás de los cuales, como hemos dicho anteriormente, no existe ninguna teoría acerca de las relaciones de intercambio (subrayado por mí)— constituyen una base adecuada para el análisis de la distribución del ingreso, distribución que depende fundamentalmente de las relaciones de

intercambio, o sea de los precios a los que se compran y se venden las mercancías".

4. El objetivo de la exposición es claro. Se trata de liberar al Marx "vivo" del Marx "muerto". Ya que la teoría del valor o del intercambio basado en el trabajo incorporado no se sostiene, hay que olvidarse de esta teoría de Marx. Sin embargo, sigue en pie su "crítica de la economía política", es decir la teoría del "trabajo abstracto" en cuanto trabajo "alienado". En una palabra: la "teoría del fetichismo".

Creo que en esto Vianello está equivocado. Pretende distinguir en Marx lo que no puede distinguirse. Quisiera olvidarse de los conceptos de "sustancia" y "magnitud" del valor, para conservar en cambio el "fetichismo", o sea el trabajo abstracto o "alienado" como trabajo que cae bajo el dominio de lo que él mismo ha producido. La operación, a mi modo de ver, es impracticable.

En Marx, el trabajo "abstracto" tiene dos significados idénticos entre sí. Por un lado significa trabajo que se separa del trabajador y que, por lo mismo, se objetiva como "sustancia" de valor de la mercancía ("valor" de "cosas"). Por otro lado, significa un producto que impera sobre el productor, un valor que se anexa al trabajador a sí mismo: inversión fetichista. Las dos operaciones (como se decía hace tiempo) se gestan en un solo parto. Si el trabajo no se convirtiera en "sustancia" objetiva, en "valor" de cosas, no existiría la alienación ni el fetichismo. No existiría, tampoco, la objetivación del trabajo como "valor" si no existiera la alienación. En otras palabras, el hecho de que el trabajo se separe (se abstraiga) del trabajador es al mismo tiempo una alteración de las relaciones que los unen entre sí. Aceptar el trabajo "abstracto" sin el trabajo como "sustancia del valor", aceptar la teoría del fetichismo sin la teoría del intercambio basado en el trabajo incorporado es como aceptar lo cóncavo sin lo convexo.

Vianello se equivoca cuando dice que bajo los conceptos de "sustancia" y "magnitud" del valor no hay ninguna teoría de las relaciones de intercambio. Puesto que el trabajo abstracto, que se convierte en sustancia del valor, es el mismo trabajo "social" que se separa del "trabajo individual o concreto", expresa *ipso facto* la separación de los productores entre sí (= separación entre el productor y la sociedad). El concepto de valor como "sustancia" no puede separarse del fetichismo ni de la alienación. Expresa la objetivación de la "relación social" ante los individuos a los que ella misma relaciona. Expresa la separación entre el individuo y la sociedad. Representa a la sociedad que se cristaliza en una

"cosa". Aunque basta pensar en la teoría del dinero de Marx para comprender cómo esta contraposición fetichista constituye precisamente la definición misma del intercambio.

Concluiré este punto tratando de ser claro a cualquier costo. Vianello tiene razón cuando dice que el intercambio basado en el trabajo incorporado no se sostiene. Se equivoca, en mi opinión, cuando trata de disociar el aspecto *cuantitativo* de la teoría de su aspecto *cualitativo*. El aspecto cualitativo no consiste únicamente en el "fetichismo", sino, como he tratado de señalar, en la objetivación del trabajo como "sustancia" de valor. Si uno se ve obligado a rechazar este último concepto, también el primero se vendrá abajo. Y, por lo demás, ¿de qué serviría el análisis cualitativo sin el cuantitativo? Sería una filosofía sin ciencia. Sería un "punto de vista" sobre la sociedad, incontrolable, incapaz de ser verificado, de reconstruir el mecanismo interno, de explicar el proceso real tal como se realiza, de hecho, a través de intercambio y precios.

5. No existe, pues, una relación "tan estrecha entre la teoría del valor y la teoría de la alienación (o del fetichismo)" como, no obstante, concede Vianello. Constituyen, literalmente, una misma cosa. Esto yo ya lo sabía. Lo que en cambio me costó entender (y no era nada difícil) es que esta teoría al mismo tiempo que es una teoría doble (teoría del "valor" y teoría de la "alienación") es una teoría de la *contradicción dialéctica*.

Hasta un niño se da cuenta de que la alienación es un aspecto del proceso dialéctico. Sin embargo durante muchos años no logré comprenderlo. Enemigo desde siempre de la dialéctica (por la sencilla pero decisiva razón de que con la *dialéctica no se construye una ciencia*) me mantuve apegado durante largo tiempo, con toda tranquilidad, a la teoría de la alienación y del fetichismo. Ahora me resulta clara la explicación de este error. Durante muchos años repetí, mecánicamente, un error cometido por Feuerbach y por el joven Marx. En los escritos comprendidos entre 1839 y 1843, Feuerbach echa por tierra toda la dialéctica de Hegel y sin embargo —piénsese únicamente en la *Esencia del cristianismo*— conserva la teoría de la alienación (religiosa). Dígame lo mismo del primer escrito importante de Marx: la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Marx critica a fondo la dialéctica de Hegel como un "misticismo lógico". De la dialéctica no queda en pie absolutamente nada. Sin embargo, al tratar de la separación moderna entre "sociedad civil" y "sociedad política", entre sociedad y estado, Marx mantiene la teoría de la alienación (política).

Sea como sea, una cosa es cierta. El análisis de la mercancía, al principio de *El capital*, constituye una exposición de la "contradicción dialéctica" (véase el artículo de G. Bedeschi, "Marx, Hegel e la teoria del valore", *Mondoperaio*, abril de 1978). Cuando logré comprender esto, no tuve ninguna dificultad en reconocer que para mí se había abierto la "crisis".

En mi obra *Marxismo y dialéctica* había tratado de demostrar que la mercancía, para Marx, era una contradicción dialéctica. Ahora me basta con referirme al parágrafo 3, "La forma de equivalente", del primer capítulo de *El capital*. Nos encontramos, como todos saben, en el punto neurálgico de la deducción del dinero. La contradicción intrínseca de la mercancía debe exteriorizarse como una contradicción entre la mercancía y el dinero (cuya forma culminante es la contradicción entre capital y trabajo asalariado: D—M). Marx pone de relieve tres características. La primera de ellas consiste en que el "valor de uso se convierte en forma fenoménica de su opuesto, del valor". La segunda, en que el "trabajo concreto se convierte en forma fenoménica de su opuesto, el trabajo humano en abstracto". Finalmente, la tercera, en que el "trabajo privado se convierte en la forma de su opuesto, se convierte en trabajo directamente social". Sin deseo de faltarle al respeto a nadie, diré que, para darle un sentido a estas líneas hay que proceder a su lectura teniendo en una mano el segundo libro de la *Ciencia de la lógica* de Hegel, la llamada "*Lógica de la esencia*".

6. Ahora quisiera decir algo rápidamente sobre Marco Lippi, de su libro y de su informe en el Seminario de Módena. Hace poco, cuando examiné con atención su investigación me pareció muy interesante (anteriormente no me había expresado muy bien de ella). Lippi se ha esforzado por demostrar, entre otras cosas, que en Marx existe una ley del valor como una especie de ley natural de la "producción en general". Por encima de algunas formulaciones que pueden dejarnos dudando, creo que tiene razón. En Marx, existe algo por el estilo. Y me parece que Lippi logró demostrarlo. Por lo demás, yo mismo en una forma no muy clara a partir de una página de los *Grundrisse* hablé de una "ley del tiempo de trabajo" como una ley válida, según Marx, para cualquier sociedad.

Al aclarar este punto tan interesante, Lippi ha dado un paso adelante. Ha comprendido que Marx "considera el modo de producción actual como opuesto a la producción en general". O también, que el "trastrocamiento que para Marx constituye el fetichismo"

chismo, es un trastrocamiento con respecto a una esencia" presu-
puesta (p. 154 de su obra *Marx*, ya citada).

Creo que todo esto encuadra en un marco de ideas que por ahora constituye el centro de mi atención. Considero que en Marx es básica, aun antes que en Tönnies, la oposición entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*. La primera es la sociedad orgánica (la "eticidad natural" de Hegel): unidad inmediata del hombre con el hombre y de los hombres con la naturaleza. La segunda constituye la sociedad dividida, desintegrada en sus elementos, la sociedad del intercambio, del derecho y del estado (el *Aufklärung* de la *Fenomenología*).

Es posible que yo esté haciendo asociaciones libres. Pero el modo en que Lippi define la "ley general" en el segundo párrafo de la página 150 de su libro me parece que permite la vinculación de la "ley" con la idea de la "unidad originaria" del hombre con el hombre y del hombre con la naturaleza que Marx evoca en muchos puntos de su obra. Si así fuera —tomando en cuenta lo que dice Lippi a propósito del modo en que Marx define el fetichismo "en oposición" o como "trastrocamiento" de una presunta "esencia" originaria— nuestras orientaciones se tocan por lo menos en algún punto.

Lo que en resumidas cuentas trato de decir —al hablar de la filosofía de la historia en Marx o de su concepción de la historia como portadora de un Fin— es más o menos esto. Marx supone una "unidad originaria" (hombre-hombre/hombre-naturaleza) que existe antes de la historia y que él no demuestra. Considera a la historia como un progresivo resquebrajamiento de esta unidad. El rompimiento culmina en el capitalismo con la relación entre el capital y el trabajo asalariado. Según él, el capitalismo es el reino de la alienación, porque constituye la separación de lo que estaba —y que deberá volver a estar— unido. Esta división o rompimiento de elementos (originariamente y en principio inseparables) es lo que produce la contradicción, la crisis (véase, "Marxismo e dialéctica", *Intervista*, apéndice, pp. 107 y ss.). No nos queda más que citar el texto.

En los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (*Grundrisse*) 1857-1858, cit., vol. 2, p. 114, Marx dice:

Lo que necesita una explicación [NB] o que constituye el resultado del proceso histórico no es la unidad de los hombres vivos y activos con las condiciones naturales e inorgánicas de su trueque material con la naturaleza y la apropiación por su parte de la naturaleza, sino la división entre estas condiciones inorgánicas de la existencia humana y la misma

existencia activa; una división se introduce totalmente, por primera vez, en la relación entre trabajo asalariado y capital.

Y un poco más adelante (p. 133) Marx añade:

El proceso histórico ha consistido [NB] en la separación de los elementos que hasta ahora estaban unidos y su resultado no ha sido por lo tanto la desaparición de uno de los elementos, sino la relación negativa que ha surgido entre uno y otro —el trabajador libre (potencialmente) por una parte y el capital (potencialmente) por la otra. La separación entre las condiciones objetivas y la parte de las clases que se han convertido en trabajadores libres debe verse igualmente como una independencia de las mismas condiciones.

Puede ser que me equivoque, pero veo en esto la confirmación de lo que dije anteriormente.

7. Advierto ahora que casi no he hablado de Claudio Napoleoni. Esto se explica fácilmente, ya que estoy de acuerdo tanto con su libro sobre el *Valor* como con su artículo de *Rinascita*. De acuerdo totalmente o casi totalmente. De acuerdo en todo, excepto... en filosofía.

[*"Valore e dialettica in Marx"*, en *Rinascita*, núm. 18, 5 de mayo de 1978.]

EL PRINCIPIO DEL VALOR TRABAJO

Los artículos de Napoleoni y de Garegnani constituyen la mejor base para la discusión abierta con el Seminario de Módena. Se trata de dos puntos de vista opuestos. Para Napoleoni la autonomía de la categoría valor en Marx es tal que aun admitiendo que el valor es totalmente incapaz de llegar a la determinación de la tasa de ganancia y de los precios puede y debe seguirse discutiendo a nivel filosófico. En cambio, para Garegnani, el valor trabajo le sirve a Marx únicamente porque le permite determinar la tasa de ganancia y los precios; porque, como ya sabemos, estas magnitudes pueden obtenerse sin pasar por el valor, y podemos olvidarnos de este último sin que se pierda nada. Mi punto de vista se acerca al de Garegnani en lo que respecta a uno de los principales objetivos que, en mi opinión, debe alcanzar esta discusión: demostrar que se puede prescindir del valor trabajo sin que esto implique renunciar a las partes esenciales de la teoría del capitalismo de Marx. Sin embargo, creo que la interpretación en que se basa el razonamiento de Garegnani es tan restrictiva y tiene una base tan débil que constituye la posible causa de una reacción contra el intento de integrar los importantes resultados presentados por Sraffa en *Producción de mercancías por medio de mercancías* con la corriente de pensamiento que tiene como punto de referencia a Marx. La discusión de ambos artículos me obligaría a rebasar todo límite razonable y ya que mi intención es tratar en una próxima publicación algunos temas muy relacionados con los discutidos por Napoleoni, aquí me referiré únicamente al artículo de Garegnani.

1. Creo que es difícil albergar dudas fundadas sobre el hecho de que en Marx el valor trabajo se estudia independientemente de la cuestión de la repartición del producto social entre las diferentes clases. La determinación del valor mediante el tiempo de trabajo no constituye para Marx un expediente para evitar la circularidad en el cálculo de la tasa de ganancia y de los precios; se trata más bien de saber en qué consiste la sustancia de la que el valor está compuesto:

Decir que el tiempo de trabajo o el cuanto de trabajo es la medida de los valores equivale a decir que la medida del trabajo es la medida de los valores. Dos cosas son mensurables con la misma medida sólo si son de naturaleza igual. Los productos sólo pueden ser medidos con la medida del trabajo —el tiempo de trabajo—, porque conforme a su naturaleza son trabajo. Son trabajo objetivado.¹

El problema del valor, de su sustancia, en Marx se refiere, como puede verse, a consideraciones relativas a la producción en general: los productos, como tales, son trabajo. Se trata de consideraciones que lógicamente son anteriores a la cuestión del valor y que determinan el tratamiento del valor hecho por Marx. Citaré, a propósito, un pasaje muy significativo del Libro III de *El capital*:

Aunque la forma del trabajo como trabajo asalariado sea decisiva [...] para el modo específico de la producción misma, el trabajo asalariado no es determinante de valor. En la determinación del valor se trata del tiempo social de trabajo en general, de la cantidad de trabajo que tiene a su disposición la sociedad en general y cuya absorción relativa por los diferentes productos determina, en cierta medida, el respectivo peso social de éstos.²

El valor trabajo es, pues, la categoría de la producción de mercancías en la que se unen las reflexiones de Marx sobre la producción en general y sobre el modo específico en que la producción misma se desarrolla en el capitalismo. La forma de valor del trabajo incorporado en los productos depende de la naturaleza particular del trabajo como trabajo asalariado; pero, por lo que respecta al contenido, la "absorción relativa" del tiempo de trabajo social es la que determina, en general, el "peso social" de cada producto y dicho peso asume la forma de valor dentro de la producción de mercancías. Para Marx lo característico de esta forma consiste en el hecho de que en lugar de atribuir conscientemente el trabajo gastado en producir las mercancías a las mismas como base para organizar la distribución del trabajo social entre las distintas actividades, se presenta a los productores como si fuera una cualidad natural de los productos o precisamente como valor. La simple vinculación de los hombres con sus productos y con sus propios trabajos se pierde y debe ser encontrada nuevamente por la ciencia, que se remonta, a través del análisis, del valor al trabajo como a una fuente escondida.

¹ Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)* 1857-1858, cit., vol 2, p. 121.

² Karl Marx, *El capital*, III/8, p. 1119. [Subrayado por mí.]

2. Basándonos en lo que hemos dicho hasta aquí, podemos afirmar que el valor trabajo está muy lejos de tener, para Marx, como único contenido su función en la determinación de la tasa de ganancia y de los precios. Naturalmente, el valor trabajo cumple también esta función. Aunque el mismo modo en que la cumple y el objetivo que se propone Marx en la determinación de la tasa de ganancia y de los precios refleja la elaboración autónoma del valor a la que nos referimos anteriormente. Se trata de la idea de la redistribución del plusvalor y del hecho de que la "transformación" que ella permite efectuar da la oportunidad de superar la aparente contradicción entre los valores y los "fenómenos efectivos de la producción",³ es decir los precios; aunque éstos no son idénticos a los valores, pueden explicarse como el resultado de la transferencia de partes del plusvalor total de unas mercancías a otras: el valor y el plusvalor totales se conservan.

En el párrafo 10, Garegnani sostiene que no es necesario razonar "como si Marx hubiera tenido ante sí la posibilidad de determinar la tasa de ganancia con las ecuaciones simultáneas de precio de la *Producción de mercancías* de Sraffa, y habría preferido, por razones que habría que explicar, la solución basada en el valor trabajo". Además, según Garegnani, la teoría del valor trabajo era "aceptada generalmente" en la época en que escribía Marx. No es fácil discutir la primera de estas afirmaciones: con ella, Garegnani se refiere a un enemigo imaginario al que le atribuye una posición ridícula. No es fácil, tampoco, discutir la proposición que ambos argumentos parecen sostener: que la solución del problema de la tasa de ganancia a través de la redistribución del plusvalor era la única posible para Marx; por lo menos mientras ésta se apoye en pruebas como la de que fue necesario esperar a Dmitriev y Bortkiewicz para tener las soluciones de... Dmitriev y Bortkiewicz, y de que estas últimas fueron, en un sentido que hay que explicar totalmente, "una anticipación a su época".

En todo caso, por lo que respecta a la solución de Marx, debemos distinguir cuidadosamente dos aspectos de la cuestión. Es obviamente importante encontrar los elementos preexistentes que Marx sometió a su estudio, las características específicas y las limitaciones histórico-culturales de este último. Pero también es importante la descripción exacta de los resultados de ese estudio sobre el papel que le atribuye Marx a la teoría del valor trabajo en la formulación que hace de su teoría global. En cuanto al pri-

³ Karl Marx, *El capital*, III/6, p. 194.

mer aspecto, creo que el hecho de haber pensado que los productos eran, en el fondo, trabajo objetivado y que éste constituía la sustancia del valor, cuando dichos productos eran mercancías, despertó en Marx la idea de conservar esa sustancia en la determinación de la tasa de ganancia y de los precios; no tomó en cuenta para nada la investigación ricardiana sobre una "medida invariable" respecto de la cual no cambian los valores de cambio al variar la distribución del producto social entre salarios y ganancias.⁴

En cuanto a la formulación realizada —este segundo aspecto es mucho más importante cuando se considera la tradición de pensamiento que tuvo su origen en Marx—, no hay duda de que, haciendo a un lado la forma en que llegó a ella, la determinación de la tasa de ganancia a través de la redistribución se presentaba como una confirmación de la validez de la ley del valor trabajo y también como una prueba de la validez de la ley general de la producción en los fenómenos del intercambio. Esto es lo que significa la carta a Kugelman, a la que se refiere Garegnani en el párrafo 28 de su artículo. Las cantidades de trabajo incorporado no son únicamente las magnitudes de las que se desvían los precios (como sucede sobre todo en Ricardo): si fuera así, no tendría sentido hablar de la ley general que se afirma; más bien, a través de la transformación la ley de la naturaleza, es decir, la atribución a los productos de las cantidades de trabajo necesarias para producir "se impone" en los fenómenos "aparentemente opuestos"; no en la igualdad de cada uno de los precios con sus respectivos valores, sino en la igualdad entre el valor y el precio totales, entre el plusvalor y la ganancia totales.

3. Según Garegnani, la tradición marxista encabezada por Hilferding habría convertido al valor trabajo en un problema en sí mismo, sosteniendo equivocadamente que "la teoría del valor trabajo tiene en Marx también, o sobre todo, otros contenidos no reducibles a la determinación de la tasa de ganancia y de los precios" (párrafo 3). En Marx, como hemos visto anteriormente y como veremos también en el párrafo siguiente, el valor trabajo tiene ciertamente contenidos no reducibles a la determinación de la tasa de ganancia y de los precios. La tradición marxista cuenta por

⁴ Sobre este punto véase el artículo de Fernando Vianello "El eslabón roto", *Rinascita*, 14, 1978 [incluido en el presente volumen]. Sobre la idea de la conservación de la sustancia en la transformación de Marx, véase Marco Lippi, *I Valore come costo sociale reale*, Etas Libri, 1976, sobre todo el capítulo III.

consiguiente con un apoyo en Marx.⁵ Sin embargo —y en esto consiste el defecto principal de esa tradición—, la tendencia que prevalece, salvo raras excepciones, ha sido siempre una pesada ortodoxia, la ausencia de intentos por desatar el nudo temático que se forma alrededor del valor trabajo (ésta es probablemente la razón principal por la que soluciones como la de Bortkiewicz, de Dmitriev y del mismo Sraffa, debieron esperar tanto para ser tomadas en cuenta por los marxistas). El hecho de que el valor trabajo no sea reductible sin residuos a su función en la determinación de la tasa de ganancia no quiere decir que dicha función no pueda ser aislada lógicamente y desarrollada con instrumentos de tipo diverso, y que a partir de ellos la teoría de Marx sobre la acumulación no pueda ser reformulada. De la misma manera, para poder hablar de fetichismo no es necesario que las mercancías se intercambien de acuerdo con relaciones que puedan tener una explicación significativa a partir de los valores.

Estas últimas consideraciones implican, sin embargo, un cambio en el punto de vista. No se trata ya de una reconstrucción del pensamiento de Marx, sino de un intento de moverse libremente sobre la base del pensamiento de Marx. Estos dos modos de plantear los problemas del marxismo —se trata en realidad de dos momentos sucesivos— deben conservarse cuidadosamente separados: sólo cuando se logra una claridad perfecta sobre la multiplicidad de los temas que convergen en el valor trabajo puede intentarse separar esos mismos temas y excluir algunos de ellos estando plenamente consciente de las consecuencias que esto implica para el edificio en su conjunto. Creo que esta separación resultará más convincente cuanto menos se esfuerce en negar la presencia de elementos "filosóficos" que condicionan la construcción científica en la teoría del valor trabajo y en general en el pensamiento de Marx.

4. Más adelante volveré sobre estas consideraciones. Con respecto a la lectura de Marx propuesta por Garegnani, parece dominada más por el afán de hacer que los marxistas digieran a Sraffa que por el fin de proporcionar una reconstrucción de la teoría del

⁵ Es muy probable que Hilferding, en su respuesta a Böhm Bawerk, haya tomado como punto de partida también la carta a Kugelmann que citamos más arriba, y que la idea de Hilferding de que Marx "en su principio del valor aprehende el factor cuya cualidad y cantidad... dominan de modo causal la vida social", provenga de la "ley natural" que "imperla" en general y en particular sobre la producción de mercancías (Hilferding, *Economía burguesa y economía marxista*, cit., p. 180).

valor de Marx que sirva como base para desarrollar sus aspectos vitales. En mi opinión, de ahí proviene una forma forzada y restrictiva de interpretar a Marx. Veremos en seguida un ejemplo particularmente significativo.

Garegnani opina en los párrafos 29 y 30 sobre el uso que le doy (en el libro citado en la nota 4) al tratamiento de Marx de los costos puros de circulación. Señala, con toda razón, una imprecisión mía: Marx excluye del valor todos los costos que no están vinculados con la producción del valor de uso, los costos puros de la circulación, y éstos no se reducen a los que surgen exclusivamente de la forma de mercancía del producto. Los costos de contabilidad pueden pertenecer al primer tipo mas no al segundo. Todo esto no toca para nada el meollo de mi argumentación. Para excluir los costos puros de circulación, Marx se basa en consideraciones relativas a la producción en general. Y en dicha exclusión se encuentra implícita una contraposición entre la producción capitalista y la producción en general: en efecto, en la primera se confunden costos que no son necesarios para la producción de los valores de uso y costos puros de circulación, a causa de que en la formación de los precios todos los costos aparecen al mismo nivel; estos últimos costos, según Marx, se mantenían separados de los de producción a principios del capitalismo y en la producción planificada, en la que por otro lado la mayor parte de ellos desaparece.

Lo que me interesa es el hecho de que la definición de valor que proviene de la exclusión de los costos puros de circulación tiene su origen en consideraciones apriori, puesto que son independientes, y hasta opuestos, con respecto al modo en que se forman los precios. Garegnani trata de probar lo contrario y para ello utiliza en el párrafo 30 dos argumentos. Empecemos por el segundo. Sostiene que "a diferencia de la utilización adicional de trabajo productivo, que, con una tasa igual de salario en términos reales [...] no influye sobre la tasa de ganancia en una dirección más que en otra, la utilización adicional de trabajo improductivo (ya sea para la contabilidad, para las adquisiciones y para las ventas) hará disminuir necesariamente la tasa de ganancia". Y añade que la inclusión del trabajo improductivo dentro del valor "enturbiaría dicho efecto sobre la tasa de ganancia"; así, pues, la exclusión realizada por parte de Marx del trabajo improductivo del valor estaría encaminada únicamente al estudio de las variaciones de la tasa de ganancia.

Sería lícito preguntarse por qué razón este argumento no puede utilizarse para justificar la exclusión del valor del trabajo emplea-

do en el transporte de las mercancías, que es incluido en cambio por Marx dentro del valor (ya que lo considera productivo). Procedamos con orden. Ante todo, no está claro qué pretende Garegnani con una "utilización adicional de trabajo improductivo". Si dicha utilización corresponde a un aumento de la masa de mercancías circulantes, éste será imposible si no se utiliza una cantidad adicional de trabajo improductivo (pero esto no tiene nada que ver con la improductividad; no se puede dar una utilización adicional de trabajo para transportar una masa mayor de mercancías sin un empleo adicional de trabajo en las fábricas de las que salen esas mercancías); en ese caso, no vemos por qué deba "disminuir necesariamente la tasa de ganancia". Debemos pensar, entonces, que con una "utilización adicional de trabajo improductivo" Garegnani se refiere a un aumento en los costos de circulación permaneciendo constante la cantidad de mercancías producidas y en circulación. Tratemos de comparar en una forma apropiada este aumento con un aumento en el trabajo empleado productivamente.

Para que las ideas se fijen razonemos con un ejemplo. Supongamos que, sin tener cambios en el salario real por trabajador ni en las cantidades producidas, aumentan las dificultades para transportar los bienes salario y aumentan por consiguiente las cantidades de trabajo que se necesitan para esto. La comparación entre las dos situaciones, antes y después del aumento de las dificultades en el transporte, es totalmente análoga a la comparación entre las dos situaciones antes y después del aumento de los costos puros de circulación; si en el ejemplo que estamos discutiendo las cantidades adicionales de trabajo se utilizaran en "la venta" de los bienes salario en lugar de utilizarlas en el transporte bajo las nuevas condiciones, la variación de la tasa de ganancia sería idéntica. Así, pues, la disminución de la tasa de ganancia debida a un aumento en los costos puros de circulación habría sido "enturbia-da" por el hecho de que Marx los haya incluido en el valor, de la misma manera exactamente que la disminución de la tasa de ganancia debida a un aumento en los costos de transporte se vería "enturbia-da" por el hecho de que Marx las incluyera en el valor.

Me parece que el único modo de explicar la adopción por parte de Marx de dos métodos distintos para el estudio de problemas que no presentan diferencias en cuanto a la variación de la tasa de ganancia consiste en admitir que Marx excluye del valor los costos puros de circulación debido a consideraciones apriori, y que esto influye en el modo totalmente especial en que Marx, siempre

bajo la consideración de los costos, trata el problema de la tasa de ganancia. Por lo demás, esta exclusión es típica de Marx y de su concepción sobre el valor. Ricardo incluye pacíficamente dentro del valor el trabajo realizado por el "vendedor detallista",⁶ sin preocuparse del "enturbiamiento" que con esto se origina.

5. Antes de pasar a la argumentación que acabamos de discutir, Garegnani cita un pasaje del Libro III de *El capital* en que Marx afirma que las ganancias del comerciante provienen del hecho de que adquiere las mercancías por debajo de su precio de producción, con el objeto de demostrar que no existe ningún apriorismo cuando Marx excluye del valor los costos de circulación. Este modo de proceder sólo puede comprenderse si se tiene presente la idea de Marx según la cual el trabajo empleado por los capitalistas comerciales no produce valor ni plusvalor (de otra manera no habría ningún problema con las ganancias comerciales). Como hemos visto, dicha idea proviene de consideraciones apriori.

Pero, aparte de esto, parece que Garegnani considera que el intento de Marx por determinar las ganancias comerciales en base al hecho de excluir del valor los costos puros de circulación es suficiente para poder afirmar que en dicha exclusión no hay ningún elemento apriori. Esta forma de razonar, en la que habría que considerar que los conceptos y definiciones apriori son incompatibles con una actitud científica orientada a la explicación de los fenómenos, aparece en forma implícita en otra crítica que Garegnani me hace, según la cual, si para Marx la "tarea de la ciencia" (de la teoría del valor) consiste, como yo lo digo basándome en la carta a Kugelman, en probar que en el capitalismo "imperla" una ley general de la producción, entonces no se le habría asignado en realidad a la ciencia ningún peso, ya que "¿cómo podría la producción capitalista dejar de estar subordinada (a la producción en general) puesto que ella misma es producción, precisamente?" (parágrafo 26).

Parece que Garegnani no logra comprender la diferencia que existe entre el programa científico subordinado a una hipótesis y una afirmación dogmática privada de posibles desarrollos. Cuando Helmholtz afirma, a mediados del siglo pasado, que "el objetivo de la física está determinado [...] en cuanto que los fenómenos naturales se reducen a fuerzas invariables, de atracción y repulsión, cuya intensidad depende de la distancia [...] La física

⁶ David Ricardo, *Works and Correspondence*, vol. I, ed. Sraffa, p. 25. [Hay edición española, *Principios de economía política y tributación*, México, FCE, 1973.]

teórica debe por lo mismo hacer que sus conceptos concuerden con los postulados relativos a la naturaleza de las fuerzas simples [...] Habrá cumplido perfectamente con su objetivo cuando logre reducir todos los fenómenos a fuerzas simples y demostrar que esta reducción es la única admisible para los fenómenos que hay que explicar";⁷ cuando Helmholtz afirma esto enuncia una hipótesis —que es independiente de los fenómenos que debe explicar y, en este sentido, es apriori— a la que está sometido un programa de reducción simple a lo enunciado por Marx en la carta a Kugelmann y que está implícito en el estudio de los costos puros de la circulación: reducir a trabajo necesario para producir las mercancías todos los fenómenos —aun los que aparentemente son opuestos— que aparecen en la superficie de la producción capitalista. Marx le asigna a la ciencia el peso de la reducción de los fenómenos al principio del valor trabajo, es decir la realización del programa —y la transformación constituye un elemento central de dicha realización—; así como Helmholtz le asigna a la física la tarea de verificar en los fenómenos la hipótesis general contenida en la proposición mencionada. Una hipótesis puede ser abandonada posteriormente si resulta ineficaz; pero mientras se considere válida, determina el "objetivo de la ciencia" y funciona precisamente como apriori con respecto a ésta.

El hecho de que Marx excluya del valor los costos puros de circulación —presencia innegable de un elemento apriorístico en dicha exclusión— junto con estas últimas consideraciones debería llevar a Garegnani a reflexionar más sobre pasajes como los que he citado en el parágrafo 1 del presente artículo (los de *Elementos Fundamentales*... y los del libro III de *El capital*); o sobre la definición apriori del "valor de mercado" como media ponderada de los valores individuales que se encuentra en el capítulo IX del libro III de *El capital*; o sobre la transformación según Marx y sus características. Las consideraciones generales que Garegnani cita de mi libro en el parágrafo 26 de su artículo se basan en la concepción del valor que se deriva de estos pasajes de la obra de Marx. Podría ser interesante una discusión sobre mis consideraciones —y en especial sobre la idea de que en el Marx maduro, principalmente en la teoría del valor trabajo, siguen presentes algunos elementos no superados de su "esencialismo" juvenil—, pero debiera partir de los puntos en que me baso, es decir de la reconstrucción que intento hacer de la teoría del valor de Marx; en

⁷ E. Cassirer, *Storia della filosofia moderna*, IV, Einaudi, 1958, pp. 139-140 [Hay edición en español.]

cuanto a dicha reconstrucción, me parece que las objeciones de Garegnani no tienen ningún peso.

6. Concluyendo, creo que gran parte del trabajo de análisis de la teoría de Marx sobre el valor y los precios debe consistir en una traducción preliminar "en prosa", o sea un esclarecimiento de la maraña de temas que mencioné anteriormente, y también en la exclusión de aquellos costados del pensamiento de Marx que se revelan como privados de desarrollos posibles. Pienso que para esto es necesario poner de relieve, y no ocultarlos, los elementos apriori que se entrecruzan en la teoría de Marx, como en cualquier otra teoría, con la explicación positiva de los fenómenos. Entre estos elementos, la idea del trabajo incorporado como costo real de los productos ocupa un lugar central. Esta idea se halla presente en la identificación de trabajo con "precio real" que se encuentra al principio del capítulo V de *La riqueza de las naciones* y que Ricardo reproduce en el capítulo I de sus *Principios*. La adhesión de Ricardo a esta idea, dentro de su independencia respecto al problema de la tasa de ganancia y del intercambio, puede reconocerse en este pasaje de una de sus cartas: "No digo [...] que el valor consumido en la producción de una mercancía sea una medida de su valor de cambio, sino de su valor positivo [...] Usted dice que si no hubiera intercambio de mercancías éstas no tendrían valor, y yo respondo que estoy de acuerdo siempre y cuando por valor se entienda valor de cambio, pero si me obligan a emplear un mes de trabajo para hacerme un traje y sólo una semana para hacerme un sombrero, aunque no intercambie ninguno de ellos, el traje tendrá cuatro veces el valor del sombrero."⁸ Sraffa, en su "Introducción" a los *Principios*, pasa por alto este aspecto y pone todo el énfasis en la función que cumple el valor trabajo en la determinación de la tasa de ganancia. Con esto "libera" al pensamiento de Ricardo de un elemento que, aunque se haga presente, es totalmente secundario dentro del conjunto de su obra. La interpretación que hace Garegnani de Marx no constituye sino una repetición de lo que Sraffa dice de Ricardo, con la diferencia de que en el caso de Marx la cantidad de material "embarazoso" es de tal magnitud que hace vano e ilusorio todo esfuerzo de remoción. Y no me parece que para reducir su importancia sea muy útil la aceptación por parte de Marx de "haber coqueteado en diversas partes del capítulo sobre la teoría del valor con el modo de expresarse" de Hegel.

⁸ David Ricardo, *Works and Correspondence*, vol. IX, ed. Sraffa, pp. 1-2. [Hay edición en español.]

Quisiera insistir, para evitar malas interpretaciones, en el hecho de que mi desacuerdo con Garegnani se limita al problema de la reconstrucción de la teoría del valor de Marx. El objetivo de mi libro consiste en tratar de demostrar "que las proposiciones centrales de *El capital* conservan su sentido aun cuando se prescinda de su formulación en términos de valor trabajo, ya que su validez no depende de la validez de la teoría del valor trabajo" (p. 12). Además, no me parece haber usado nunca el término "crisis" al hablar de las dificultades que presentan algunos aspectos de la teoría de Marx; en cuanto a una opinión en contrario, aun cuando no se base en mis afirmaciones, véase el parágrafo 12 del artículo de Garegnani.

[*"El principio del valore-lavoro", en Rinascita, núm. 17, 28 de abril de 1978.*]

ELMAR ALTVATER

JURGEN HOFFMANN

WILLI SEMMLER

EL VALOR DE MARX

1. Desde sus orígenes, la teoría de Marx sobre el valor ha sido objeto de violentas impugnaciones. Valdría la pena analizar, en una forma menos esporádica de lo que se ha hecho en el pasado, la valencia política de las controversias que han surgido cíclicamente entre marxistas y economistas burgueses, entre científicos de orientación filosófica y sostenedores del análisis meramente cuantitativo, así como entre las distintas corrientes en que se ha ido diversificando el mismo marxismo. La interpretación neorricardiana de la teoría de Marx sobre el valor, expuesta originalmente por Piero Sraffa y replanteada últimamente por Pierangelo Garegnani en *Rinascita*, se presta muy bien para un análisis de esta naturaleza. La interpretación neorricardiana reducida esquemáticamente a lo que, en nuestra opinión, constituye el meollo político, permite romper el vínculo producción-distribución y considerar el proceso de crecimiento del sistema capitalista como si estuviera determinado por el desarrollo del salario o por el desarrollo de la ganancia, considerados como si los ligara una relación de antagonismo recíproco.

"El salario es político", parece decir la tesis que como un hilo rojo recorre gran parte del debate político-económico de los últimos años, desde la hipótesis obrerista (ya pasada de moda) del ataque obrero a la ganancia, pasando por la reducción de la crisis del capitalismo inglés a la "profit squeeze" de Glyn y Sutcliffe, hasta llegar a las discusiones más recientes en torno al costo del trabajo y a sus causas, que culminan con la controversia entre Napoleoni y Spaventa en el diario *La Repubblica* y con las polémicas suscitadas por las tesis de Modigliani.

El artículo de Garegnani, mencionado anteriormente, tiene el mérito de haber hecho una lúcida demostración de la importancia que la discusión neorricardiana reviste para la crítica eficaz del marginalismo predominante. Aunque la contribución de Garegnani da la impresión de que la crítica de Sraffa representa una liquidación definitiva de la economía política de Marx y de sus

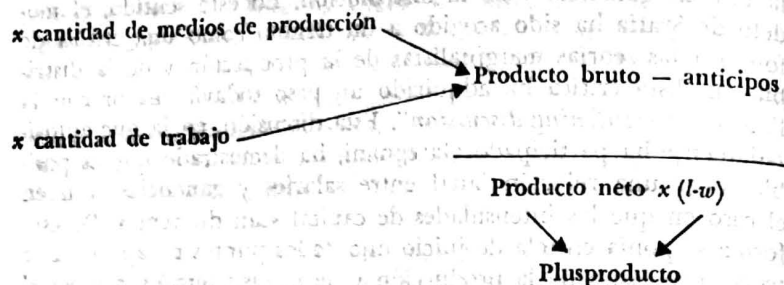
sucesores. Por eso, Ricardo vuelve a constituir, a través de las puntualizaciones metodológicas de Sraffa, el punto de partida de una nueva economía política. La obra de Sraffa, *Producción de mercancías por medio de mercancías*, representa precisamente un reto a la economía política marxista y obliga al pensamiento económico inspirado en Marx a emprender una puntualización metodológica de sus fundamentos...

2. En su crítica a la teoría neoclásica, Sraffa ha desarrollado una teoría del *surplus* social, que a primera vista es muy semejante a la de Marx. A diferencia de la teoría neoclásica predominante de la producción y de la distribución que —partiendo de la teoría de los factores de producción— trabaja con las funciones de producción, de productividad marginal decreciente y con el principio de sustitución, Sraffa desarrolla la teoría referente a un proceso de reproducción multisectorial, en la que las mercancías aparecen como *inputs* y *outputs*. Este proceso de reproducción de mercancías al que se le atribuyen relaciones fijas de input-output produce un *surplus* social —que Sraffa llama producto neto—, cuya distribución entre salarios y ganancias está determinada en forma *exógena*. Dada una participación de los salarios en el producto neto, determinada de manera exógena, por ejemplo, en virtud del poder de contratación de los sindicatos (o bien, dado el salario real), o dada, por el contrario, la tasa de ganancia, se tendrán, en este sistema, simultáneamente tanto los precios relativos como los valores de cambio de las mercancías. En un proceso de reproducción equilibrada, los valores de cambio de las mercancías, los precios de producción, quedan así determinados por las relaciones de distribución y por los coeficientes técnicos (coeficientes de input-output). Este sistema de precios de producción requiere, sin embargo, un *parámetro invariable de valor*, ya que no sólo los valores de cambio de las mercancías, sino también la mercancía elegida previamente como parámetro, dependen de la distribución del producto neto. Con la determinación exógena de la distribución del producto neto y de los correspondientes valores de cambio de las mercancías, el modelo de Sraffa se libra aparentemente del círculo vicioso en que había caído la teoría neoclásica del capital, según la cual —como lo ha puesto de manifiesto la crítica de la escuela de Cambridge—, para calcular el producto marginal del capital (tasa de interés) será necesaria, por otro lado, la medición de un *stock* de capital homogéneo que, no obstante, presupone, a su vez, el cálculo previo de la tasa de interés. El valor del capital no se puede determinar, pues, independientemente de

la tasa de ganancia y de la distribución. En este sentido, el modelo de Sraffa ha sido acogido a un tiempo como una crítica de fondo a las teorías marginalistas de la producción y de la distribución. Esta crítica ha adquirido un peso todavía mayor con la llamada "*reswitching-discussion*". Esta discusión, en la que autorizadamente ha participado Garegnani, ha demostrado que es posible tener una relación igual entre salarios y ganancias, aun en el caso en que las intensidades de capital sean diferentes. De esta forma se ponía en tela de juicio uno de los puntos de apoyo de la teoría neoclásica de la producción y de la distribución, a saber el vínculo unívoco entre la relación de los precios de los factores (relación salarios-ganancias), la intensidad del capital subordinada unívocamente a la relación entre los precios de los factores y la tasa de crecimiento del output.

El mismo Sraffa presentaba ya una teoría de la producción y distribución del *surplus* (producto neto), como alternativa a la neoclásica dominante y, al mismo tiempo, una "teoría del valor" —como alternativa a la de Marx— que no necesitaba el *trabajo abstracto* como *sustancia de valor*, sino únicamente unidades físicas (por ejemplo, los coeficientes de input-output) y una *determinada* distribución del producto neto. En el sistema de Sraffa, los valores de cambio, es decir los precios de producción, pueden obtenerse sin necesidad de recurrir al trabajo abstracto. En esto consiste precisamente la "liquidación" de la teoría de Marx sobre el valor, como trata de demostrarlo el reciente libro de Steedman, *Marx after Sraffa* (Londres, 1977). La renuncia a la doctrina del valor no obsta para que en el sistema de Sraffa encuentren cabida —como corolarios de la teoría de las unidades físicas y del salario real dado, o de la participación dada de los salarios— otras teorías de Marx, como las teorías de la explotación, de las tasas de ganancia y de los precios de producción. Tanto más que partiendo del sistema estándar desarrollado por Sraffa, se puede demostrar que los salarios y las ganancias guardan entre sí una relación inversamente proporcional, por lo que también la tasa de explotación y la tasa de interés resultan unidas por una relación directamente antagónica.

3. El mérito de Sraffa consiste ante todo en haber desarrollado una teoría de la producción y distribución del producto neto que se presenta como alternativa a la teoría neoclásica. El modelo de Sraffa se basa en una teoría de la reproducción que puede expresarse simbólicamente con la siguiente fórmula:



Esta fórmula nos dice que los procesos de producción productivos producen, mediante la utilización de medios de producción y de fuerza de trabajo, un producto neto cuya distribución entre salarios y ganancias está determinada *ex post* por las relaciones de fuerza sociales. La ganancia aparece aquí, en primer lugar, como una magnitud residual, si se supone dada la participación de los salarios (w).

La relación antagónica entre capital y trabajo asalariado es arrancada de la esfera de la distribución del producto neto y se expresa directamente (en el sistema estándar) a través de la relación inversamente proporcional entre salarios y tasa de ganancia. Estas son en síntesis las características del sistema de Sraffa, que, junto con la importancia que tienen para la crítica de la teoría marginalista, son consideradas por la escuela de Cambridge como momentos constitutivos de una nueva corriente de pensamiento económico.

Los supuestos en los que se basa el sistema de Sraffa son: la adopción de coeficientes técnicos fijos y de una reproducción equilibrada. Esto no sólo conduce a la eliminación de los problemas vinculados con la determinación del valor a través del *trabajo socialmente necesario* (ley del valor), sino también a la eliminación de cualquier análisis de la acumulación y del cambio de los coeficientes a través del tiempo. Sin embargo, nos parece decisiva la crítica no tanto de estos supuestos, sino de la *forma* adoptada por el proceso de reproducción capitalista en la teoría de la reproducción de Sraffa y de la escuela de Cambridge (examinada con todo detalle por Willi Semmler en su obra *Zur Theorie der Reproduktion und Akkumulation*, Berlín Occidental, 1977). Esta teoría no parte de la forma históricamente determinada de la reproducción (la reproducción del capital) y de la forma de plusvalor del surplus, sino de relaciones técnicas, metahistóricas. En el tratamiento de la producción y reproducción de las mercancías, las relaciones sociales, determinadas históricamente, juegan un papel

que queda totalmente dislocado en la esfera de la distribución. En este mismo sentido se orienta la crítica que Rowthorn hace a Sraffa y a los sraffianos al escribir que:

[...] al igual que los neoclásicos, estos teóricos consideran la producción como un proceso metasocial, o natural [...] Según ellos, el capital constituye [...] una relación social únicamente en lo que respecta a la apropiación del producto o, como dicen ellos, a la "distribución del ingreso". Para ellos, todas las relaciones sociales están centradas en el proceso de circulación. El hecho de que el capital organice y decida la producción de mercancías y la producción de plusvalor no tiene para ellos ninguna importancia (Rowthorn, "Marxism and the Capital", *Cse-Bulletin*, 1972).

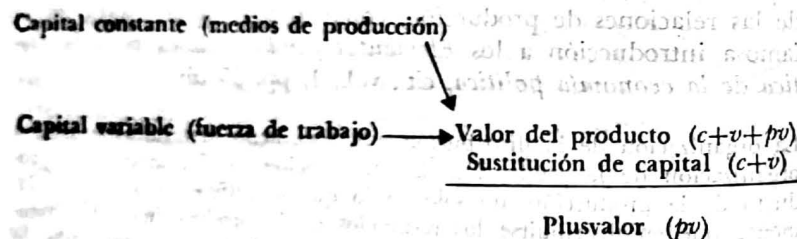
La insuficiencia del sistema de Sraffa radica, por tanto, en la separación entre producción y distribución del producto neto. En esta forma se le asigna a la producción capitalista un objetivo completamente ajeno a su naturaleza: la producción de un producto neto para el consumo que *ex post* aparece como distribuible entre las diversas clases sociales. Es cierto que en la producción capitalista las relaciones de distribución son únicamente el reverso de las relaciones de producción, como lo hace notar Marx en la famosa introducción a los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, cit., vol., 1, pp. 15-16:

La organización de la distribución está totalmente determinada por la organización de la producción. La distribución es ella misma un producto de la producción, no sólo en lo que se refiere al objeto —solamente pueden distribuirse los resultados de la producción—, sino también en lo que se refiere a la forma, ya que el modo determinado de participación en la producción determina las formas particulares de la distribución [...]

Las relaciones de producción, es decir las formas y los límites dentro de los cuales los agentes de la producción participan en el producto neto, son, por lo tanto, sustancialmente idénticos a las funciones y a las formas en que los agentes participan en la producción. La misma *forma de la producción*, como le objeta Rowthorn a Sraffa, está ya determinada por una relación social —la relación de capital—, que decide el *modo de producir* el surplus. Desde el momento en que no considera al salario como parte del capital que se reproduce (en cuanto capital variable), Sraffa deja de considerar también —o los considera como constantes— los métodos de *producción del surplus* (los métodos de producción del plusvalor absoluto y relativo).

Aunque el motivo más profundo de la insuficiencia de este sistema de reproducción consiste en que Sraffa considera únicamente la reproducción de mercancías y no describe cómo se mediatiza el proceso de reproducción dentro del capitalismo a través de la reproducción del capital, que determina por una parte la forma y los métodos de producción del plusvalor y por otra la forma y los métodos de la circulación y distribución de las mercancías. A nivel de la estructura formal, este error se manifiesta en el hecho de que Sraffa extrapola del sistema de reproducción el fondo de subsistencia de los obreros asalariados, cuya sustitución y renovación están incluidos en la reproducción del capital, definiéndolos como un *producto no-básico*. Sin embargo, en la producción capitalista la reproducción social no sólo comprende tanto la reproducción de los medios de producción y de subsistencia como capital además de la reproducción de las relaciones sociales, sino que también tiene en sí misma otro objetivo: la producción de un plusvalor y un plusproducto.

De acuerdo con su objetivo, la estructura de la producción se puede representar simbólicamente en esta forma:



La producción no tiene como objetivo la producción de un producto neto o de un plusproducto social, sino la producción del plusvalor. La diferencia entre estos dos modos distintos de abordar el problema de la producción y distribución capitalistas consiste sobre todo en que para los neoricardianos el problema principal radica en la distribución, mientras que en Marx se analizan las condiciones de producción del plusvalor (Karl Marx, *El capital*, t. I), antes de discutir las formas y las cantidades de su distribución (Karl Marx, *op. cit.*, t. III). A diferencia de lo que sucede en la obra de Sraffa, en Marx, la sustitución y la conservación del capital anticipado ($c+v$) aparecen como un producto secundario del proceso de reproducción.

En el proceso de reproducción, los trabajadores asalariados producen por sí mismos el fondo de capital que sirve para pagar los

salarios. Si se parte de la reproducción del capital, el fondo de subsistencia de los asalariados —como lo ha demostrado también Medio ("Profits and Surplus-Value", en Hunt-Schwartz, *A Critique of economic Theory*, 1972) [hay edic. en esp.]—, adquiere una importancia central en la medida en que precisamente la desvalorización del fondo de subsistencia ejerce un influjo decisivo en la magnitud del plusvalor producido (plusvalor y plusproducto) y en la tasa de ganancia. El desarrollo de la productividad del trabajo puede reducir el valor del fondo de subsistencia de los asalariados y acrecentar, por este medio, la tasa de explotación (producción de plusvalor relativo). Debe considerarse, pues, el fondo de subsistencia de los asalariados, al igual que los medios de producción, como un *producto básico*. Al considerar, en cambio, el fondo de subsistencia como un *producto no-básico*, Sraffa pierde la capacidad de rastrear el influjo del cambio en la productividad del trabajo (y de los otros medios de producción de plusvalor) sobre la "distribución del producto neto". Del mismo modo, Sraffa se ve obligado a prescindir del influjo que la productividad del trabajo ejerce sobre las variaciones del valor y de los precios de producción de las mercancías, porque su teoría se basa en un sistema de precios de producción y el efecto de la productividad del trabajo sólo se puede apreciar a través del cambio en los coeficientes técnicos de un sistema de equilibrio. Nos encontramos aquí con lo que también otros críticos consideran como la principal laguna de su "teoría del valor": Sraffa llega a la homogeneidad de las mercancías y a un parámetro invariante de valor únicamente a través de la construcción de relaciones físicas iguales de input output, que no presuponen la *sustancia del valor* (cantidad de trabajo socialmente necesario) ni el concepto de trabajo abstracto valorizador. De acuerdo con esta teoría, las proporciones de valor de cambio son suficientes para determinar el precio de producción y la tasa de ganancia, y no se necesitan para nada las cantidades de trabajo como *sustancia del valor* de las mercancías y de la ganancia.

La crítica lanzada por Sraffa a la teoría del valor de Marx es retomada y profundizada en el citado libro de Steedman. En él se desarrolla la concepción de que la teoría del valor no sólo es superflua para los fines que se propone la demostración de los axiomas esenciales de la teoría de Marx, sino que conduciría directamente, al tener en cuenta el capital fijo y la doble producción dentro del sistema de reproducción, a aparatosas incongruencias (aparición de ganancias positivas ante la existencia de valores y plusvalores negativos). Sin embargo, son suficientemente claros los

errores en que incurre el propio lazo que une la teoría económica con la teoría de la sociedad.

Ya en el análisis de la mercancía y del parámetro invariante de valor (la mercancía-dinero) Sraffa abandona el análisis de la forma, que constituye la contribución específica de Marx con relación a Ricardo. En la teoría de Marx, los valores de cambio y el dinero sólo son formas distintas del valor, que se basa en el trabajo abstracto como sustancia de valor. Desde el momento en que en una sociedad productora de mercancías el valor deja de ser directamente social, el valor de las mercancías no puede reflejarse de una manera directamente sensible, por lo que el valor de cada una de las mercancías debe expresarse a través de los valores de uso de otras mercancías. El equivalente universal se convierte, en el intercambio, en la mercancía-dinero, de modo que desaparece el "valor trabajo" como erogación mensurable de tiempo de trabajo humano y deja de constituir una característica que determina los valores de cambio, cediéndole a una cosa —por ejemplo, al oro como mercancía dinero— la tarea de representar el valor. Marx analiza otras transformaciones cualitativas dentro de la esfera de la transformación del dinero en capital y del trabajo en trabajo asalariado. En la subsumción formal y real del trabajo al capital, se mistifica hasta la propia relación de explotación: el trabajador recibe aparentemente la justa retribución de cada hora de trabajo, y la ganancia aparece como nacida del capital. La gran contribución de Marx consiste precisamente en no haberse limitado a oponerle a esta apariencia subvertida de la sociedad burguesa la teoría de la explotación y en haber reducido la necesidad de esta mistificación y de las correspondientes formas de falsa conciencia a la forma en que se realiza la explotación dentro de las relaciones capitalistas de producción. El valor no puede aparecer como tal y debe transformarse en precios, mientras que el plusvalor debe necesariamente transformarse en ganancia. Éste es el meollo principal del problema de la transformación. Es cierto que hasta ahora no se ha encontrado una solución clara y lineal del problema cuantitativo de la transformación de los valores en precios de producción; pero esto no es un motivo suficiente para rechazar en bloque como superflua la teoría del valor, ya que sólo en base a la teoría del valor es como se puede cumplir el objetivo principal (tal como lo veía Marx) de la crítica de la economía política: deducir de la forma del modo de producción dominante la misma apariencia apologetica y las distintas formas de conciencia.

Resumiendo, se puede decir pues que el problema principal de Marx no consiste tanto en la teoría de la explotación, como en la

cuestión del modo invertido en que se le presenta la explotación a la conciencia normal. De la misma forma en que también la cuestión de la forma, o modo de explotación, ocupa un lugar central, tanto por lo que respecta a los distintos modos de producción como al ámbito mismo del proceso capitalista. La cuestión decisiva de la forma de producción del plusvalor relativo, basada en el aumento de la productividad del trabajo, nos pone en contacto con la capacidad que tiene la relación salario-ganancia de recibir el influjo no sólo de la distribución, sino de las mismas condiciones de producción y de explotación.

5. La teoría neorricardiana reduce, pues, la complejidad del análisis de producción y distribución, de magnitud del valor, de sustancia de valor y de forma de valor, y del vínculo que une las formas de producción con las formas de conciencia. Por un lado, presenta, en nuestra opinión, algunas limitaciones analíticas de fondo, mientras que por otro lado abre también nuevos caminos para el análisis de la relación entre las clases y el análisis de la magnitud de los salarios y ganancias. Para una serie de exponentes de la escuela de Cambridge, esta teoría representa el punto de partida de una nueva economía política enfocada a los procesos históricos y sobre todo a la relación de fuerzas entre el capital y el trabajo, gracias a su teoría contractual y "política" del salario. Dobb escribe a este respecto:

La introducción de la contratación colectiva dentro del marco de la teoría constituye por sí misma un elemento de "impureza": el precio de la fuerza de trabajo puede dejar de corresponder a su valor y elevarse a expensas de la tasa de plusvalor. Desde el punto de vista teórico, se debería postular, entonces, una cierta magnitud de plusvalor incluida en el salario como resultado del equilibrio existente entre las fuerzas sociales [...] (véase Hunt-Schwartz, *cit.*)

También Nuti subraya este punto en su interpretación del modelo de Sraffa, cuando escribe: "La relación entre la tasa de salario real y la tasa de ganancia descubierta por Sraffa [...] confirma el conflicto entre capitalistas y trabajadores en lo que se refiere al problema de la distribución del ingreso y da cabida al concepto de lucha de clase en la determinación de las participaciones relativas" (véase Hunt-Schwartz, *cit.*). Otros autores de la escuela de Cambridge consideran el análisis sraffiano del producto neto y de su distribución determinada exógenamente por el poder contractual de los sindicatos como el punto de partida de una nueva economía "política" (Cf. Bhaduri, Harcourt, Nell).

Esta relación directamente inversa entre salario, tasa de explotación y tasa de ganancia no puede introducirse en el sistema de los precios de producción de Marx. En el sistema del valor de Marx, una vez determinada la composición orgánica, la tasa de ganancia es una función lineal de la tasa de plusvalor, aun cuando entre las dos magnitudes no exista una relación lineal dentro del sistema de los precios de producción. Cuando cambian los salarios, cambian también en el sistema de los precios de producción, tanto la tasa de explotación (medida en precios de producción) cuanto la composición orgánica del capital debido al cambio de los precios relativos. Para la teoría marxista, esto constituye un problema sobre el cual ha puesto el acento con razón la crítica neorricardiana. Por otra parte, no es menos criticable la solución propuesta por el sistema de Sraffa. La expresión que, a partir de Sraffa, los neorricardianos de la escuela de Cambridge eligieron para la tasa de explotación —como parte del producto neto— ya había sido criticada por Marx al referirse al sistema económico de Ricardo, porque en dicho sistema se separa la explotación de la esfera de la distribución del producto neto, desaparece el papel que juega la fuerza de trabajo (capital variable) y se prescinde completamente de la forma capitalista de la producción y de los métodos específicos de la producción de plusvalor.

La ventaja de darle una identidad política a la relación distributiva de salarios y ganancias se paga muy cara, ya que la magnitud de salario no sólo recibe el influjo de la distribución y del poder político adquirido en la esfera de la distribución, sino que también es una resultante de las condiciones de producción. La forma capitalista de la producción decide también el marco de la distribución, obligándola a obedecer a las exigencias de la acumulación. La importancia directa que todo esto tiene para el problema de la hegemonía debiera resultar evidente: el conflicto entre capital y trabajo no se desarrolla única o prevalentemente en la esfera distributiva o en el terreno político, sino que afecta las mismas condiciones de producción. Esta vinculación sólo se puede analizar teóricamente, sin embargo, cuando la distribución de ganancias y salarios y la explotación capitalista de los trabajadores no se "distribuyen" en campos teóricos diversos (teoría de la explotación, teoría de la distribución), sino que se reproducen en el mismo contexto de acuerdo con su vinculación interna, tal como había empezado a hacerlo Marx con su teoría del valor.

[“Il valore di Marx”, en *Rinascita*, núm. 21, 26 de marzo de 1978.]

FRANCO CASSANO

LA CRÍTICA, LA ALIENACIÓN Y EL GOBIERNO DE LOS PRODUCTORES

1. Creo oportuno empezar con una afirmación discutible de Lucio Colletti (desarrollada por Giovanni Bedeschi en un artículo de la revista *Mondoperaio*), según la cual “esta teoría una y doble (del valor y de la alienación a la vez) es al mismo tiempo una teoría de la contradicción dialéctica”. La afirmación de que la temática de la alienación y del fetichismo es de ascendencia hegeliana es difícil de refutar. En cambio, de ninguna manera se puede estar de acuerdo con la opinión de que la contradicción en Marx se deriva del fetichismo (la teoría de la contradicción y la teoría del fetichismo son una misma cosa), o sea de la oposición entre la esencia humana genérica y la *Trennung*, característica de la sociedad capitalista. Claro está que si se reduce la contradicción que existe en Marx a esta figura, es completamente lógico concluir que “las categorías filosóficas de Marx se derivan más bien de Hegel, teórico por excelencia de la contradicción” (Bedeschi, *op. cit.*, p. 57). ¡Parece estar leyendo el último capítulo de la *Lógica* de Della Volpe, que por alguna razón no se escribió, en el que después de Platón y Hegel, Marx pasa a formar parte del ámbito del misticismo lógico! El planteamiento oculto de toda la obra de Marx se reduce, de hecho, a una imagen clásica del idealismo de una totalidad original que se destruye para después volver a crearse: “Yo considero —afirma Colletti— que en Marx es fundamental, aun antes que en Tönnies, la oposición entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*. La primera es la sociedad orgánica (la “eticidad” natural de Hegel): unidad inmediata del hombre con el hombre y de los hombres con la naturaleza. La segunda es la sociedad dividida, descompuesta en sus elementos, la sociedad del intercambio, del derecho y del estado (el *Aufklärung* de la *Fenomenología*).”

No existe mucha diferencia entre esta interpretación de Marx y la de Popper que ve en Marx la constante prevaricación del profeta en favor del científico, al enemigo de la “sociedad abierta” y a un teórico del totalitarismo moderno. Una vez reducida la contradicción a esta antinomia entre la condición esencial del

hombre (que hace que los medios de producción sean los instrumentos para su recambio orgánico con la naturaleza) y su condición histórica dentro de la *Gesellschaft* capitalista (en la que los mismos medios de producción son un instrumento de la valorización del fetiche capitalista), toda la obra científica de Marx es sometida a un juicio sin fundamento porque se basa en el intento de demostrar que los aspectos del capitalismo que están simplemente en contraste con la presunta *Gemeinschaft* orgánica y desalienada constituyen contradicciones internas, científicamente observables, del capitalismo.

Habría que decir que sólo forzando drásticamente el sentido de la letra de Marx y olvidando gran parte de sus afirmaciones es como se puede llegar a creer que el concepto de contradicción coincide con el que nos presenta Colletti. En realidad, cuando Marx habla en su obra madura de contradicciones del capitalismo se refiere no ya a la contradicción entre la esencia genérica del hombre y el segmento de la historia del mundo que se conoce con el nombre de capitalismo, sino a la contradicción entre dos elementos del modo capitalista de producción, es decir entre dos formas, la forma social del proceso productivo y la forma privada de la apropiación. Ahí es donde nace la contradicción básica del capitalismo, en el hecho de que este último se ve obligado a convocar todas las fuerzas productivas sociales del trabajo, y al mismo tiempo lo logra o puede lograrlo sólo dentro de los límites en que estas fuerzas son medios para la acumulación privada del capital.

No sin razón le aplica al capitalismo y no al trabajador la metáfora de las "fuerzas convocadas y sometidas a control" que hace que la situación de las relaciones modernas de producción se parezcan a la del aprendiz de brujo. También nosotros, con Colletti, creemos que la definición de la contradicción como un contraste entre la esencia metahistórica del hombre total y la separación capitalista está totalmente equivocada.

De este modo se le abre un gran camino a la glorificación de la subjetividad, pura y revolucionaria por definición, como una manifestación del hombre esencial. En esta forma, se sustituye el profundo espíritu de la crítica de Marx con una crítica romántica del capitalismo que puede encontrar mucha resonancia ahí donde todavía están muy difundidas las tradiciones culturales y las condiciones sociales de las que se puede disponer con mayor facilidad para la "recesión" de las formas de anticapitalismo de este tipo. Existe, además, el peligro de hacer una crítica de la sociedad capitalista muy esquemática y extremadamente condescendiente, en el transcurso del proceso de transformación de una

sociedad tan complicada, con sugerencias de una simplificación de esta complejidad por la vía *administrativa*, con la tentación de reorganizar todo lo que no tiene cabida en el contexto, a través de la falsa salida del terror. Así, es lícita y obligatoria cualquier desconfianza de la oleografía de una sociedad orgánica y pacificada.

Una vez vistos estos peligros, hay que añadir inmediatamente que no se puede perder de vista la noción de contradicción que utiliza Marx muy a menudo, sobre todo en su obra madura, y que no se refiere a una inversión respecto a una condición "esencial" del hombre, sino a los procesos específicos fomentados por el hecho de que un modo de producción basado en la *apropiación* privada de la riqueza constituye, como medio para dicha apropiación, un proceso productivo de carácter social, que, en otras palabras, se basa en la apropiación de las fuerzas sociales productivas del trabajo; el capital, para valorizarse, debe constituir "una fuerza productiva que debe ser en sí y por sí *fuerza de masa*." Aunque esta *fuerza de masa* tiende a revertir su propia característica de ser social en contra suya y a reivindicar su propia autonomía. En otras palabras, el capitalismo sirve de base para la posibilidad del autogobierno de los productores y desarrolla el proletariado, "aunque el proletariado no sólo se multiplica con el desarrollo de la industria, sino que se aglomera en masas cada vez más grandes, crece su fuerza y se da cuenta cada vez más de esta fuerza". De ahí la contradicción básica.

Cuando Marx observa que "la producción es únicamente producción para el capital y los medios de producción *no son más que* medios para una continua expansión del proceso vital en favor de la *sociedad* de los productores", no se refiere de ningún modo al contraste entre una situación histórica en la que la producción es un fin en sí mismo, es una *producción por la producción*, y la esencia general del hombre o del proceso laboral en el que la producción sólo es un medio. El trastrocamiento del capitalismo y la misma posibilidad de imaginarse la reapropiación de los medios de producción por parte de los productores es sólo una consecuencia del hecho histórico de que, en la sociedad capitalista, "el medio —el desarrollo incondicionado de las fuerzas sociales productivas— entra constantemente en conflicto con el fin restringido, es decir con la valorización del capital existente".

Se le puede objetar a Marx el haber tenido un concepto demasiado unilateral de este proceso y el haber cedido tal vez a una concepción simplificada de su dinámica, descrita como incontenible, como basada en una homogeneización hacia abajo de las condiciones de trabajo y de la vida de la clase trabajadora. Está fuera

de toda discusión el hecho de que la impaciencia revolucionaria frena la capacidad de previsión de Marx, puesto que en el *Manifiesto* escribe:

Los intereses y las condiciones de existencia de los proletarios se igualan cada vez más a medida que la máquina va borrando las diferencias en el trabajo y reduce el salario, casi en todas partes, a un nivel igualmente bajo. [K. Marx, F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, Obras Escogidas, cit., t. p. 118.]

Sabemos muy bien que no se trata del único caso. También es cierto que, en *El capital*, cuando se encuentra ante el formidable laboratorio analítico constituido por la fábrica manchesteriana, Marx no deja de percibir todas las consecuencias del hecho de que esa forma social de la producción capitalista, de la cual surge también el antagonismo, no surge fuera del capitalismo sino dentro del mismo, y que dicha producción capitalista no ha nacido para producir la revolución sino simplemente para producir plusvalor. Esta forma social, lejos de carecer de determinaciones sociales capitalistas y lejos de producir una igualdad inmediata en las condiciones de trabajo, se basa en la "división de los obreros en peones, en vigilantes del trabajo, en simples soldados de la industria y en suboficiales de la industria". La característica social del proceso productivo que entra en conflicto con el fin concreto de la valorización del capital existente no es ni la característica social de un proceso productivo social en general, ni la imagen indemne del uso al que se lo destina, sino la misma "caricatura capitalista de la regulación social del proceso laboral" mencionado por Marx cuando analiza la división del trabajo dentro de la fábrica.

De estas observaciones resulta que la contradicción no tiene ni puede tener un comportamiento unilateral que conduzca a una simple polarización de los productores y de los expropiadores. La misma metáfora de las relaciones de producción que se convierten en "cadenas" puede dar origen a equívocos por el hecho de sugerir la idea de un vínculo externo (aunque sólo sea jurídico) con un cuerpo social homogéneo que al crecer deberá romper dichas cadenas. El proceso, en cambio, es *espurio*, porque las relaciones capitalistas de producción no se encuentran sólo frente (en una forma simplemente jurídica) la forma social de producción sino también detrás y dentro de ella. El surgimiento de la contradicción sólo a duras penas logra superar una etapa sindical o económico-corporativa, en la que la conciencia obrera constituye todavía un reflejo de la segmentación de la fuerza de trabajo calcada

en las necesidades de la acumulación del capital y de la "división de los obreros", la cual tenderá a manifestarse más como crisis que como transformación y superación *in actu* del modo de producción capitalista.

Esta relación conflictiva entre la forma social del proceso productivo y las relaciones de producción, es decir el hecho de no encontrarse únicamente frente a, es, por lo demás, un elemento que Marx recalca frecuentemente. Véase por ejemplo el análisis que nos presenta en el libro III de *El capital* (aunque no sólo ahí) sobre el trabajo de dirección y de vigilancia. Marx hace ver el peligro de que todas las determinaciones de dicho trabajo puedan presentarse como neutrales o como un conjunto de tareas indispensables en cualquier proceso social productivo. Y en ese momento descompone la figura y trata de distinguir sus aspectos antagónicos derivados del hecho de que el proceso productivo está basado en la extorsión del plustrabajo del obrero, de los aspectos que se derivan de la circunstancia de que toda forma de producción colectiva implica la necesidad de una coordinación entre los productores, es decir entre las proporciones de los distintos trabajos. Y ¿qué otra cosa es este esfuerzo minucioso de Marx si no un intento de reconocer las relaciones de producción aun detrás y dentro de la forma social del proceso productivo y no sólo frente a ella, destruyendo la aparente neutralidad y conformando una imagen fácilmente reconocible? ¿No se encuentra tal vez en la raíz de este esfuerzo la convicción del carácter *espurio* de la dinámica espontánea de la contradicción y el proyecto de sentar las bases de una forma de conciencia adecuada a la superación teórico-práctica de dicho carácter?

Resulta entonces fácil de comprender el juego complicado que algunos pares de categorías, tales como los de *valor de uso-valor de cambio*, *proceso de trabajo-proceso de valorización*, juegan en el conjunto de la investigación de Marx. ¿Que no es lo mismo que establecer la contradicción entre una esencia originaria del hombre y la laceración capitalista! Estas contradicciones en realidad sólo pueden comprenderse si se parte del proyecto político científico de construir la dimensión categorial indispensable para la construcción concreta de un modo de producción basado en el autogobierno de los productores, es decir si se interviene conscientemente en favor del desarrollo de dicha contradicción entre la forma social del proceso productivo y la forma privada de la apropiación. Estas categorías, por lo tanto, le dan a las fuerzas sociales productivas la capacidad de percibir toda la diferencia que existe entre el surgimiento de la contradicción como crisis o

cómo *desintegración* de los elementos del sistema y la construcción de una forma social distinta de producción basada en el autogobierno integral de los productores. No es casual el hecho de que sólo a partir de ellas sea posible identificar el carácter *caricaturesco* de la división capitalista del trabajo y por tanto todos los peligros que implica una aceptación todavía corporativa de la autonomía de los productores o de una autonomía sólo aparente en cuanto que está calcada todavía en la organización del trabajo y del saber necesario para la valorización del capital.

Se trata, por lo tanto, de categorías fundantes de formas de trabajo y de saber adecuadas para *radicalizar* la contradicción, que son indispensables para su desarrollo y que la *refuerzan* combatiendo sus formas de *latencia* de categorías fundantes de la organización política autónoma de los productores.

Ciertamente Marx tenía una visión más lineal de la dinámica de la contradicción que lo llevaba a acortar los tiempos intermedios entre la entrada al capitalismo y la salida fuera de él. Obviamente, no sabía que las clases dominantes, al jugar precisamente en los límites inherentes a la dinámica espontánea de la contradicción, sabían, debido a las múltiples previsiones sobre la etapa final, organizar su *latencia*, tanto a través de saltos hacia adelante en la organización del dominio, como a través de las formas de colaboración con el movimiento obrero (orientadas a destruir su autonomía teórica indispensable para el reforzamiento de la contradicción), como también a través del desarrollo cada vez más sólido de las políticas estatales (orientadas al control de la composición de clases de la sociedad). Se puede aceptar que en el menosprecio de la capacidad de resistencia también ha jugado un papel importante la aparición de una noción de contradicción definida como contraste entre la esencia humana y la separación capitalista. Lo que no se puede aceptar es que se tire al niño junto con el agua sucia sencillamente porque no se logra distinguir el uno de la otra o porque se los considera inseparables.

2. Si hemos insistido tanto en la función que desempeñan determinadas categorías en la obra de Marx y hemos insistido en la necesidad de descubrir en ella la relación estrechísima que existe entre la ciencia y el finalismo, entre la reconstrucción de las características de la contradicción fundamental y la del trabajo y del saber necesarios para la exaltación del antagonismo y para la construcción de una nueva forma social de producción, ha sido porque consideramos que en lo que respecta a la teoría del valor-trabajo hay que hacer un razonamiento parecido.

Desde hace tiempo, la crítica ha señalado algunas dificultades inherentes al intento de Marx por realizar una transformación de los valores en precios de producción. No creo que puedan refutarse estas observaciones. En este aspecto, la solución de Marx no funciona porque no logra sustraerse a un círculo vicioso entre valores y precios. Aunque hasta ahora toda la discusión ha girado en torno al presupuesto común de que esta deficiencia afecta la teoría del valor trabajo. Sólo se divide en torno a los efectos, entre los que sostienen que la teoría es una piedra angular (cuya caída hace que se derrumbe toda la construcción) y los que tratan de limitar los daños y discuten qué tan grande es la parte de la construcción que quedará en pie.

Ninguno, en cambio, se ha preguntado si la solución no funciona debido tal vez a que el mismo Marx, al tratar de resolver matemáticamente el problema, ha intentado doblegar la teoría del valor trabajo a un objetivo y a una función distintos de los que debía cumplir en el conjunto de su trabajo.

Trataremos de explicarnos, partiendo de otro problema con el que se encuentra uno cuando estudia la teoría del valor trabajo. Esta última, en efecto, le imputa el valor al trabajo, pero no a cualquier trabajo. Existen en realidad muchísimos tipos de trabajo que, según el mismo Marx, no crean valor (el de las funciones estatales, el de los asalariados del comercio, etc.). Así, pues, el valor no corresponde a cualquier cantidad de trabajo sino únicamente a la que se consume en un trabajo que produce valor. Si Marx no analiza explícitamente este problema es únicamente porque cuando presenta la ecuación valor trabajo se mantiene aún en el plano de la *circulación simple*, es decir de la circulación de mercancías que supuestamente han sido producidas todas por pequeños artesanos. No considera pues el trabajo consumido en la venta y en la adquisición de mercancías, porque le parece irrelevante ya que no se ha independizado todavía en una función separada o en una rama de la división del trabajo, y ya que esta función es desarrollada por el mismo productor se adhiere a este último como la piel a la carne.

Pero el problema sigue en pie. ¿Cuál es pues el trabajo que produce valor? Como bien sabemos, Marx aborda este problema con mayor claridad, aunque no directamente, cuando define cuál es el trabajo que produce plusvalor. Sabemos que el trabajo productivo (que produce plusvalor) no coincide con un tipo de trabajo concreto ya que "el valor de uso de la mercancía en que se incorpora el trabajo de un trabajador productivo puede ser de la especie más insignificante"; la diferencia entre trabajo productivo

y trabajo improductivo no puede encontrarse en "las características materiales del trabajo (ni en la naturaleza de su producto, ni en la determinación del trabajo como trabajo en concreto), sino en la forma social determinada y en las relaciones sociales de producción en que se realiza".

Marx insiste una y otra vez en este punto, pero queda la impresión de que esta indeterminación del trabajo concreto tiene un límite y excluye por ejemplo al asalariado del comercio que, a pesar de todo, como el mismo Marx lo reconoce en el libro II de *El capital*, puede ser "explotado" por el capitalista comercial. Pero entonces la idea que se puede sacar, con una probable justeza, del análisis de esta diferencia es que Marx excluye en primer lugar del grupo de los trabajadores productivos a todos aquellos trabajadores que producen valores de uso "formales", es decir, los trabajos que producen la reproducción de la forma capitalista de producción. No es casual que Marx deduzca el carácter improductivo del trabajo de los asalariados en el comercio del hecho de que están empleados en "funciones correspondientes al mero cambio de forma del valor, que se derivan, por tanto, de la forma social determinada del proceso de producción". Entre las filas de los trabajadores improductivos se pueden enumerar primeramente los que cumplen funciones indispensables sólo en el modo de producción capitalista. En segundo lugar, Marx se refiere al trabajo de contabilidad, también improductivo; aunque la contabilidad en cuanto "control y síntesis ideal del proceso se hace más necesaria en la medida en que el proceso se desarrolla a escala social y pierde el carácter puramente individual; así, pues, es más necesaria en la producción capitalista que en la producción atomizada de la empresa artesanal y campesina, más necesaria en la producción colectiva que en la capitalista". Se trata pues de un trabajo improductivo, pero necesario.

Marx coloca en el último peldaño a los "peones", a "los trabajadores que tienen la tarea de vigilar a los obreros", al ingeniero que "se encuentra a su vez en una relación distinta y trabaja esencialmente sólo con la cabeza". Todos ellos son en cambio trabajadores productivos. No es que Marx pase por alto el hecho de que "el elemento característico del modo de producción capitalista" consiste en "separar los distintos trabajos tanto intelectuales como manuales —es decir, los trabajos en los cuales prevalece un aspecto u otro— y repartirlos entre diversas personas". Pero aun que esto sea cierto, "no obstante, no impide al producto material ser el producto común de estas personas". Se trata de trabajadores productivos, pero Marx no pierde de vista su diferencia con res-

pecto a los obreros directamente comprometidos en la producción.

El trabajo que produce valor es, pues, el que está directamente comprometido en la producción de la mercancía o colabora en cierta forma en su producción, es decir el trabajo que permite el acrecentamiento de la riqueza material. Se presenta pues aquí la atribución directa de la cualidad de trabajo productor de valor a este tipo de trabajo. La teoría del valor trabajo es, entonces, aquella teoría que le atribuye a ese tipo de trabajo el estatuto de medir el valor. Éste es el punto crucial. Esta teoría, por tanto, mucho más que ser un instrumento para medir los precios, confirma el lugar central que ocupa el obrero, y es la teoría que permite ver cómo la clase que produce la riqueza material sostiene con su trabajo a toda la sociedad, y es despojada completamente de toda posibilidad de comando sobre el escenario de la producción y de la reproducción, gran parte de la cual desempeña la función exclusiva de reproducir todo el sistema y por tanto, también, subordinar y explotar al obrero.

La teoría del valor trabajo (así como las categorías de valor de uso, de valor de cambio y de proceso de trabajo y proceso de valorización) nace también del compromiso de concebir con rigor, con el mayor rigor posible, el autogobierno de los productores; el contenido antifetichista que caracteriza a esta teoría no es el resultado de la comparación entre la producción capitalista y las leyes de la producción en general (Lippi) o con el edén de una *Gemeinschaft* originaria (Colletti-Bedeschi), sino que consiste en haber sido concebida en función de la construcción coherente y radical de una producción colectiva gobernada en forma consciente. En esto consiste el meollo de la crítica del fetichismo capitalista: desde el punto de vista del autogobierno integral de los productores se puede ver perfectamente toda la estructura fetichista de la sociedad capitalista y el hecho de que en ella se conviertan en entes funciones que sólo son necesarias en el modo de producción capitalista, mas no en el gobierno de los productores sobre su propio recambio orgánico colectivo con la naturaleza. Y no sólo esto. La teoría del valor trabajo, por aquel monto de sectarismo obrero que la caracteriza, nos permite percibir también cómo aquellos trabajos que son necesarios, aun cuando no sean productivos o lo sean pero no en una forma definida por una relación directa con la producción material, deben sufrir una reestructuración profunda. En otras palabras, esta teoría nos indica cómo la expansión del intelecto en general está profundamente separada de la producción directa, y cómo la hipótesis de un autogobierno de los productores debe constituir un proceso muy vasto, cui-

EL PROBLEMA DEL VALOR TRABAJO

El libro de Marco Lippi, *Marx, il valore come costo sociale reale* es un libro importante destinado a influir profundamente en la discusión marxista. Trataré de explicar y apoyar la afirmación deliberadamente comprometedora de la que he partido; éste será el único objetivo que me propongo. Una afirmación que se justifica por tres motivos. El primero se refiere a la novedad de la tesis, por lo menos entre los investigadores que se sitúan dentro de la tradición y de la perspectiva política del movimiento obrero. El segundo se refiere a la riqueza de las observaciones interpretativas que logran darles un sentido y un énfasis a pasajes a menudo oscuros y poco consultados de la obra de la madurez de Marx. El tercero se refiere a algo que no sabría definir más que como "pesadez" o "peligrosidad" de la tesis y que tiene que ver con mi incapacidad de descubrir plenamente sus consecuencias. Lo que quiero decir es que, una vez leída la última página del libro, a uno le queda una impresión profunda de desacralización y de ruptura; y que mientras nos habíamos acostumbrado —con razón— a rechazar como superficiales, extraños y poco útiles los intentos de desacralización que la figura de Marx sigue provocando, aquí la impresión no puede ser desechada fácilmente y se experimenta cierta aprehensión por los posibles desarrollos de la empresa. Voy a desarrollar únicamente el primero de los tres motivos señalados.

La tesis es muy sencilla. Sabemos que en varios pasajes de la obra de la madurez de Marx (a la que nos limitamos por razones de conveniencia únicamente y no porque creamos que pueden separarse del resto por medio de rupturas o cisuras de corte predominantemente epistemológico), aparece el concepto de "producción en general" refiriéndose a una actividad práctica del hombre que trasciende los distintos modos históricos de producción en los que adopta distintas "formas". Pero es tal el énfasis que pone Marx en la especificidad histórica de estas formas (y sobre todo en las "formas" del modo de producción considerado en concreto) que los que han estudiado la teoría del valor han dejado habitualmente a un lado el vínculo que une la producción capitalista

con la producción en general, en medio de un conjunto de referencias que no tienen una importancia directa para la comprensión de las opciones analíticas a través de las cuales se ha construido la teoría. En otras palabras: la teoría del valor se construyó, según esto, con pleno conocimiento de que se trataba de una teoría acerca de un modo de producción históricamente específico y que por lo mismo se refería implícitamente a otros modos de organizar la producción y el intercambio (y a las características fundamentales de la "producción en general"). Todo esto estaría no obstante antes de las opciones analíticas básicas, más aun, éstas estarían "orientadas", "iluminadas"; aunque como referencia exclusiva cuentan con un solo modo histórico de dividir socialmente el trabajo: producir, repartir, intercambiar los valores de uso.

Lippi sostiene que la cosa no es así y que la referencia a la producción en general juega un papel esencial en la construcción de la estructura analítica de la teoría del valor de Marx y del valor dentro del modo de producción capitalista. Un papel tan esencial que hace que todo el programa científico que rige esta teoría pueda considerarse como una remisión de las formas en que se manifiesta la división social del trabajo en el capitalismo (ante todo la forma de mercancía, luego los precios de mercado, los precios de producción...), a la sencilla aunque fundamental ley que regula la división del trabajo dentro de la actividad humana de la producción en general.

La medición de los productos por medio de las cantidades de trabajo necesarias para su producción y la distribución del trabajo social entre las distintas actividades de acuerdo con sus requerimientos [...] son características propias de la vida humana asociada en general. El trabajo como unidad de medida de las dificultades que deben superarse, como costo social real, es la "medida inmanente" del producto, independientemente del modo histórico de producción [...]. El valor no es más que la forma que asume el costo real cuando los objetos son mercancías o productos destinados al intercambio (Marco Lippi, *op. cit.*, pp. 6-7).

La forma en que Lippi defiende su tesis consiste en un examen meticuloso de los pasajes, conocidos o no, en que la construcción de Marx que partiendo de los valores llega a los fenómenos del intercambio y de la competencia capitalistas afronta las dificultades o presenta "cosas extrañas" a los ojos de un lector que sepa algo de economía, a un lector que, para poner un ejemplo más concreto, le exige a la teoría de los precios que sea también una buena... teoría de los precios y una explicación coherente y no ideológica de las relaciones de intercambio entre las mercancías,

dadas ciertas condiciones hipotéticas (normalmente, condiciones sobre la tasa de ganancia uniforme). Como veremos más adelante, cuando se acepta la hipótesis de Lippi sobre el programa teórico de Marx se logra comprender precisamente estas dificultades y estas "cosas extrañas". Se logra comprender, por ejemplo, por qué en la transformación de los valores en precios de producción Marx procuraba con tanto empeño "conservar" el valor total y la masa de plusvalor. Y se comprende también por qué razón Marx excluía del cálculo de los valores los costos puros de circulación.

Lo que Lippi dice en la introducción cuando ataca algunos escritos importantes y meritorios sobre la teoría de Marx, más que una premisa, es una *conclusión*. Reconociendo el mérito que ha tenido Colletti al poner de manifiesto en forma definitiva "las características histórico-específicas del trabajo abstracto", añade:

[...] según parece, se ha evitado estudiar el problema central. Otra cosa que hay que preguntarse es ¿en qué consiste realmente el trabajo que Marx define como valor [...] una cosa completamente distinta y preliminar [...] es preguntarse *por qué razón* Marx identifica el valor con el trabajo incorporado y si esta identificación puede mantener un sentido que vaya más allá de una mera definición a la luz de los resultados derivados de la teoría de los precios [...] (Marco Lippi, *op. cit.*, p. 12).

Hacerse esta "pregunta" no constituye, sin embargo, algo inmediato o preliminar, como lo ha demostrado ampliamente el hecho de que dentro del contexto y para los fines que se proponía Lippi al hacerse la misma pregunta nunca se la ha planteado la tradición teórica del marxismo. Y no se la ha planteado nunca en forma explícita porque supuso siempre que la respuesta correspondiente era evidente: sus discursos sobre la necesidad de demostrar el concepto de valor se basan en la ignorancia más completa tanto del tema en cuestión como del método científico. Cualquier niño sabe que una nación que deje de trabajar, no digo por un año, aunque sólo sea unas semanas, perecerá. Del mismo modo, cualquier niño sabe que las masas de productos correspondientes a las diversas necesidades exigen masas diferentes, y cuantitativamente determinadas, de la totalidad del trabajo social (Marx en *Cartas a Kugelman*, cit., p. 74).

Al suscribir y hacer suyo este juicio de evidencia, de *self evidence* formulado por Marx, a nadie se le había ocurrido relacionar lo que anteriormente llamamos dificultades y "cosas extrañas" con esta postulación apriorística de lo que es el valor. La misma carta a Kugelman sigue explicando con gran claridad la manera en que

Marx estructuró su propio programa científico y en términos generales el objetivo de la ciencia.

Es *self evident* que la forma determinada de la producción social no suprime en ningún caso la necesidad de la repartición del trabajo social en proporciones determinadas; en todo caso, lo que se modifica es su manera de manifestarse. Las leyes naturales jamás pueden ser abolidas en general. Lo que sí puede modificarse, en situaciones históricamente diferentes, es únicamente la forma bajo la cual esas leyes se manifiestan. Y la forma bajo la que esta repartición proporcional del trabajo se manifiesta, en un estado social en el que el conjunto del trabajo social se manifiesta a través del intercambio privado de los productos individuales del trabajo, esta forma, digo, es precisamente el valor de cambio de estos productos. [K. Marx, "Carta a Kugelman del 11 de julio de 1868", en *Cartas a Kugelman*, cit., p. 74.]

Las afirmaciones de este pasaje se tomaban al pie de la letra: Marx se apegaba escrupulosamente a su programa de investigación. Un modo histórico de producción sólo puede influir sobre las formas a través de las cuales se manifiesta la realidad subyacente de las leyes de la producción en general. El único modo de explicar y comprender el programa científico no puede consistir más que en la remisión de estas formas a lo que subyace y está oculto a los ojos del sentido común. Por remisión —en esto consiste la esencia de la lectura de Lippi— se entiende una operación muy comprometida: todos los principales fenómenos de intercambio de mercancías y sobre todo la tasa general de la ganancia deben reconstruirse a partir del trabajo incorporado. La metamorfosis de los valores provocada por las leyes propias del modo de producción individual (la transformación de los valores de uso en mercancías, la igualación de las tasas de ganancia debida a la competencia de los capitales) no puede alterar las relaciones y magnitudes que emanan de las características fundamentales de la producción en general, ni tampoco la magnitud total del valor ni la magnitud total del plusvalor. Estas últimas dominan y explican las magnitudes expresadas en términos de precios.

El proceso de remisión puede ser tan largo como lo es en el capitalismo en el que todo aparece subvertido, desde los precios de mercado hasta los precios de producción y los valores. Y no podemos detenernos a mitad de camino. Un sistema coherente de precios de producción (a la Sraffa) no es suficiente, aunque sea suficiente para señalar (por ejemplo) que la ganancia no se origina, en ninguna acepción significativa del término, a partir del capital. Hay que llegar al trabajo y a su distribución entre sec-

tores, a lo que "hasta un niño sabe". Por consiguiente, el objetivo de la ciencia quedará terminado cuando se logre "enunciar las leyes relativas a un modo histórico de producción a partir de lo que todos los modos de producción tienen en común" (Marco Lippi, *op. cit.*, p. 51).

La aversión a leer en una forma tediosamente literal la carta a Kugelman y el no hacerse —o considerar trivial— la pregunta que Lippi considera preliminar, importante y de ningún modo evidente (¿por qué el valor consiste en el trabajo incorporado?) posiblemente tenga dos razones explicativas principales dentro de la tradición marxista (fuera de ella y a partir de Böhm-Bawerk se ha planteado a menudo la "pregunta de Lippi" con el resultado invariable de encontrar que en Marx sigue existiendo un residuo metafísico o un elemento inaceptable de arbitrariedad).

La primera razón probablemente despierta una amplia reacción de rechazo (espero que sólo sea temporal) a las tesis de Lippi, sobre todo de parte de los que no siendo economistas se dedican al estudio de Marx. Si se consideran los comentarios globales de *El capital* que dominan en la actualidad, la afirmación de que gran parte de la construcción de la teoría de Marx se apoya en una columna tambaleante como es la producción en general no puede dejar de despertar sorpresas: el interés de Marx por la diversidad histórica está estrechamente ligado a la convicción de una *invariabilidad fundamental*, que caracteriza a todas las formas de vida humana en sociedad.

El estatuto teórico epistemológico del concepto de producción en general está muy lejos de ser claro. Lippi habla de un "naturalismo" implícito en la teoría de Marx sobre el valor. Es preciso entendernos; se trata ciertamente de algo de lo que no se puede dar ningún ejemplo histórico, porque todos los modos históricos son diferentes, por definición, de este sustrato. No se trata por otra parte de un mero auxilio lógico-clasificadorio, o de un tipo ideal, ya que se discute de una cosa tan enraizada en la realidad de la vida asociada que condiciona —en una manera muy técnica y precisa— cada una de las manifestaciones históricas. ¿De qué se trata, entonces? Les cedo con todo gusto el problema a otros que son más capaces que yo en esta materia. Quisiera señalar únicamente que, cualesquiera que puedan ser los antecedentes dentro del sistema global del pensamiento de Marx, científicamente hablando el concepto de producción en general juega el papel de una abstracción que podría o no resultar útil para el fin cognoscitivo propuesto. Una abstracción puede tener los orígenes ideológicos más diversos y soportar las más variadas tensiones políticas

y sin embargo cumplir igualmente su papel de criterio de organización del conocimiento. En este caso, no lo cumple: el programa científico de la remisión de la producción capitalista a la producción en general encuentra obstáculos que sólo pueden resolverse con remedios y con "ad hoc keries" inaceptables y con ejercicios de "remisión" *ex post* que desfiguran el sentido profundo con el que Marx ha intentado la remisión.

La segunda razón por la que nunca se ha considerado seriamente la "pregunta de Lippi" dentro de la tradición se debe a que sólo recientemente se logró explicar en forma definitiva la imposibilidad de darle a la "transformación" de los valores en precios el significado "fuerte" que le daba Marx. A decir verdad, aún después de los trabajos de Sraffa y Garegnani y aun entre los que técnicamente estaban en la posibilidad de entenderlos no han dejado de presentarse resistencias a este tipo de conclusiones, resistencias que han dado origen a distintos, aunque poco útiles, intentos de reducir "formalmente" los precios a los valores; hoy el problema ya no tiene por qué dar signos de vida, puesto que Lippi ha dado una contribución conclusiva a este respecto en la segunda parte de su libro.

El intento obstinado e inamovible de Marx por encontrar en el sistema de precios magnitudes y valores que provengan del sistema de valores debía por sí solo poner sobre aviso al intérprete de la complejidad y de la ambición del proyecto de Marx. Todo el proyecto sólo podía ponerse de manifiesto a través de una lectura de conjunto de la estructura teórica de *El capital* y de una recolección de indicios, que condujeran de manera unívoca a la interpretación sugerida que hemos mencionado anteriormente. Esto es lo que ha hecho Lippi logrando encontrar en los pasajes más difíciles y oscuros de la teoría del valor de Marx indicios difícilmente refutables para apoyar la tesis del "costo social real". Personalmente considero que la tesis ha adquirido consistencia con el estudio de la teoría de los costos puros de circulación. La decisión obstinada de Marx, expresada en los pasajes que tratan de la transformación, por encontrar en el sistema de los valores las relaciones que deben cumplirse también en el sistema de los precios ha despertado "suspensa" sobre el alcance real del proyecto de Marx. Al reencontrar luego en el análisis de los costos puros de circulación la exclusión de estas actividades de aquellas que producen valor sobre la base de consideraciones que se refieren exclusivamente a la producción en general, y luego la exclusión de los costos por ellas sostenidos de aquéllos, que influyen sobre la determinación de la tasa de ganancia con un procedimiento análogo

en esencia al adoptado para la "transformación", ha elevado probablemente la sospecha al rango de hipótesis sólida que ha estimulado la investigación a buscar otros indicios.

Anteriormente habíamos hablado de las "dificultades y cosas extrañas" que encuentra, en la teoría de Marx sobre el valor, un observador que "sepa algo de economía" o que tiene los conocimientos suficientes y el espíritu científico que se necesita para darse cuenta de que las dificultades y las cosas realmente extrañas que existen en la teoría de Marx no pueden mantenerse en silencio. Una tesis como la de Lippi surge cuando se es consciente de que la "transformación" no funciona ni puede funcionar en la forma en que la plantea Marx, de que la exclusión de los costos puros de circulación es una "cosa extraña", innecesaria y embarazosa cuando el único objetivo es construir una teoría de los precios que sea coherente y no ideológica, y de que las observaciones de Marx sobre la renta del suelo están integradas por indicaciones que difícilmente pueden unificarse y que no pueden comprenderse sobre la única base de la exigencia de explicar el origen de la renta en el capitalismo. En síntesis, si uno está dentro del procedimiento científico y participa en él, se comprenden las interrogantes que se plantea Lippi, se comprenden y se desea comprender, también hoy, las fuerzas que determinan los precios, la renta y las otras variables económicas, se conocen las respuestas históricas que la tradición científica ha dado a estos problemas. Si uno no es economista y no domina la historia de las doctrinas económicas, difícilmente se logran descubrir las "dificultades y cosas extrañas correctas" y se dirige la atención a otras cosas, cosas relevantes y dignas de tomarse en cuenta, aunque preliminares o secundarias con respecto a los procedimientos seguidos por el Marx científico. Es muy difícil identificar y relacionar entre sí las "dificultades y cosas extrañas correctas", comprender cuál es el programa de investigación que pudo haberlas provocado. Lo difícil naturalmente está al principio.

No quisiera que se entendiera mal la insistencia en una guía de lectura "de orientación económica". Bajo ella no se esconde ningún "imperialismo disciplinario", ni ninguna satisfacción por el estado de la profesión. Lo único que se pretende es confirmar un principio que aunque trivial rara vez se toma en cuenta, y señalar que la discusión sobre los procedimientos científicos se facilita mucho al que tiene también la capacidad para realizar la discusión dentro del procedimiento mismo. La insistencia sobre esta nimiedad se debe a la convicción de que entre las numerosas personas que estudian el marxismo en nuestro país hay pocos que tienen la

posibilidad de captar las "dificultades y cosas extrañas correctas", investigadores que se sorprenden por el hecho de que Marx excluya los costos puros de circulación de la magnitud del valor y pretenda al mismo tiempo deducir de los valores la tasa de ganancia que se establece en la producción capitalista de mercancías, como se sorprendería un físico cuando un ilustre colega suyo afirmara algo que va contra las más elementales reglas del juego de su disciplina. Si no surge esta "sorpresa" no será fácil tomar en serio las últimas conclusiones de Lippi, sobre todo si éstas chocan con una interpretación global consolidada. Naturalmente, uno puede no estar de acuerdo con estas conclusiones, y hay algunos economistas marxistas que no lo están. Sin embargo, estoy convencido de que no les será fácil oponerse y que tomarán muy en serio los argumentos en que se basan, reconociéndoles por lo menos el mérito de haber señalado y profundizado algunas dificultades reales de la teoría del valor de Marx.

[*"La questione del valore-lavoro"*, en *Rinascita*, núm. 7, 18 de febrero de 1977.]

SALVATORE VEGA

ALGO MÁS SOBRE CIENCIA Y FILOSOFÍA EN MARX

Estoy plenamente de acuerdo con la afirmación de Michele Salvati sobre la importancia del reciente libro de Marco Lippi: *Marx, Il valore come costo sociale reale*. La interpretación de la teoría de Marx sobre el valor propuesta por Lippi no es un trabajo realizado sobre los detalles o al margen, sino orientado directamente al núcleo central del programa científico de Marx. En una fase como ésta —de crisis y de transformación—, creo que es particularmente útil cualquier contribución que nos obligue a probar los instrumentos cognoscitivos de que disponemos y a realizar la verificación de la capacidad de las teorías con las que interpretamos o tratamos de interpretar la realidad. Tanto más si, como en el caso del trabajo de Lippi, se ponen sobre el tapete de la discusión problemas teóricos de importancia estratégica.

Como no soy economista, trataré de identificar una serie de puntos problemáticos en un plano más bien filosófico o metodológico, que la interpretación de Lippi nos obliga a examinar o, en cierta forma, a discutir. Para muchos de estos puntos, no cuento con una hipótesis suficientemente clara; pero creo que esto no impide de ninguna manera plantearse los problemas.

La argumentación central de Lippi consiste en distinguir, dentro de la teoría de Marx sobre el valor, dos conceptos diferentes de valor. El primero se identifica con el "costo social real" de los productos; el segundo coincide con el "valor normal de cambio" de los productos cuando éstos son mercancías. La combinación de los dos conceptos da origen a un conjunto de problemas que el programa de investigación de Marx aborda con su teoría sobre el valor trabajo. Estos dos conceptos pertenecen, en cierto sentido, a dos campos conceptuales diferentes que en la estrategia cognoscitiva de Marx se subordinan el uno al otro. El costo social real de un producto es un concepto que forma parte del área de permanencia y de invariabilidad constituida por las "leyes naturales" de la producción entendidas como normas de un proceso de interacción entre los hombres y la naturaleza. El valor de cambio de una mercancía pertenece, por el contrario, al área de varia-

ción de los modos o de las formas en que se realiza el proceso. La idea clave que organiza el núcleo del programa de investigación de Marx, es decir su crítica de la economía política, consiste en que el segundo concepto está subordinado al primero, depende de él y debe poder reducirse a él.

Este supuesto es profundo y caracteriza en forma inequívoca el conjunto de estrategias con las que se construye el proyecto analítico de Marx; es anterior a la formulación de los problemas y de las interrogantes a las que debe responder la teoría; determina al mismo tiempo el carácter de las respuestas.

Como es sabido, la teoría del valor trabajo constituye para Marx el instrumento cognoscitivo básico para la descripción e interpretación del capitalismo y para la identificación de sus leyes de movimiento. Se trata, como es sabido también, de un conjunto de proposiciones que giran en torno a un modo de producción determinado y a los mecanismos específicos de un modo específico social de organizar la producción. Esta construcción analítica incorpora una serie de supuestos relativos a un campo que por definición está inmune de la especificidad o de la determinación histórica, un campo individual únicamente gracias a la propiedad básica de su invariabilidad. En el campo de la permanencia (de la "producción en general"), indiferente a las variaciones de las reglas del juego institucionales de los modos de producción, es donde se sitúa el concepto de trabajo como costo social real de los productos.

La referencia a la célebre carta a Kugelman es imprescindible, y Lippi pone justamente el énfasis en la importancia decisiva de la afirmación de que Marx se mueve en torno a la invariabilidad de las "leyes naturales" de la producción. Se esboza en estos términos una connotación estratégica del núcleo del programa de investigación de Marx: es evidente de por sí que toda sociedad humana dispone de un conjunto dado de energía laboral social y que, para obtener productos aptos para satisfacer las necesidades, no hace otra cosa que distribuir esa masa de trabajo social entre los diversos sectores. Se puede ver fácilmente (Marx habla específicamente de una evidencia) que el conjunto de los productos es, por así decirlo, el resultado de un cambio en el estado de la energía laboral social disponible. Esta metáfora física, creo yo, en cierto modo impera profundamente sobre los supuestos de Marx relativos a las "leyes naturales" de la producción. Los productos (únicos bienes que interesan y son aceptados como tales en el análisis de Marx que, como el de los clásicos, está profundamente arraigado en la perspectiva de la productibilidad) son trabajo, en sentido

literal, ya que no son otra cosa que partes de la energía laboral social transformada. No es el caso de abordar aquí el problema del origen de este supuesto profundo acerca de la identificación del trabajo como "sustancia" y de su magnitud como "magnitud" de los productos; basta señalar que, probablemente, en ellos existe una vinculación muy sólida de continuidad entre los grandes modelos económico-políticos clásicos y el programa de Marx. Me interesa más bien señalar que todo lo que se refiere a la idea de los productos como partes de trabajo social global, como costos sociales reales, no tiene —desde un punto de vista lógico— ninguna relación con la otra idea central de la teoría del valor que se refiere al valor de cambio de los productos que son mercancías. En otras palabras, una cosa es decir que los productos son cantidades de trabajo y otra muy distinta decir que los productos mercancía se intercambian de acuerdo con las cantidades de trabajo incorporado. Aunque en este punto es precisamente donde entra en juego un aspecto central de la construcción teórica de Marx.

Es obvio que cuando introducimos el concepto de mercancías, desplazamos el discurso del área de la invariabilidad a la de la variación. Pasamos del examen de las formas bajo las que se cumple el proceso de producción, a los modos diferentes en que diferentes modos de organizar socialmente la producción realizan la distribución del trabajo social que constituye precisamente la producción. Por tanto, lo que varía es el modo en que se distribuye el trabajo social. Esta variación depende de las reglas del juego institucionales, en términos de distribución del poder, del control y de las decisiones entre las clases sociales sobre la repartición del trabajo global.

En la forma capitalista, que es precisamente una forma —entre las reales y las potenciales— de producción, el control y las decisiones relativas a la repartición del trabajo social tienen un carácter obviamente indirecto y mediato, ilustrado por Marx en el célebre apartado sobre el fetichismo de las mercancías. Una vez establecidas las reglas del juego capitalistas, el control y las decisiones acerca de la distribución del trabajo social dejan de ser directas y pasan a través de mecanismos indirectos en los que aparece finalmente la forma de valor de las mercancías con una función central de regulación del proceso de producción. El valor de las mercancías se convierte de esta manera en el indicador de los mecanismos de control indirecto del proceso social de producción.

De ahí el recorrido característico del análisis de Marx: la reducción de los valores de cambio (deformaciones debidas al contexto de las reglas del juego capitalistas) a costos sociales reales (enti-

dades que en cierto sentido son inalterables) que deben regir sus correspondientes transformaciones. Creo yo que Lippi demuestra de un modo muy convincente cómo en realidad a esta estrategia orientada a la reducción (y destinada al fracaso a nivel analítico) es a la que debemos el planteamiento del conocido problema de la transformación (que de otra manera resulta difícil de explicar o explicable únicamente fuera del programa propiamente dicho de Marx) y los "curiosos" análisis de los costos de circulación y de los valores del producto agrícola de las tierras marginales.

Creo que estas pocas observaciones sobre la interacción del costo social y del valor de cambio dentro de la teoría de Marx son suficientes para señalar algunos problemas metodológicos, aunque sea en una forma muy conflictiva. Un enfoque de esta índole que, como señala Salvati, se lleva a cabo dentro del procedimiento con que se organiza una teoría científica, tiene el gran mérito de obligarnos a reflexionar sobre su complejidad específica. Creo que está fuera de discusión la necesidad de concebir el cuerpo teórico de Marx en términos de una tarea científica. A este respecto no existen objeciones por parte de los mejores filósofos marxistas. Lo que debemos hacer ahora, si somos coherentes, es abordar la tarea científica de Marx conscientes de que tiene el mismo carácter que cualquier otra teoría científica con un grado muy alto de complejidad. La interpretación propuesta sobre la teoría del valor revela inmediatamente la estratificación y articulación de la teoría de Marx, la diversidad de sus niveles, la interacción de sus supuestos "metafísicos" y de sus construcciones analíticas y el conjunto de sus estrategias cognoscitivas. Aparece una imagen distinta de las que implícita o explícitamente dominan por lo general los escritos que se refieren particularmente al estatuto epistemológico de la "ciencia" de *El capital*.

Volvamos a leer la crítica de la economía política en términos de un programa científico cambiando provisionalmente en una forma no totalmente rigurosa un concepto de la metodología de Lakatos. Identifiquemos el núcleo metafísico de dicho programa al que se subordina la serie de teorías que lo constituyen. Este núcleo coincide con una serie de supuestos preanalíticos relativos a la continuidad de la reproducción material y económica de las formaciones sociales y a la discontinuidad de los modos de producción. La oposición entre las leyes generales del *continuum* y las leyes especiales de los distintos modos de producción se debe a un tema profundamente dinámico en que encontramos los estudios de una grandiosa teoría sobre el desarrollo y sobre la expansión (el punto de vista de los clásicos se conjuga aquí con la

expansión en espiral hegeliana). El papel central dentro del área del *continuum* le corresponde al trabajo entendido como energía laboral social; en el área del *discontinuum*, de lo discreto histórico, resultan decisivas las reglas de juego institucionales y las relaciones entre las clases relativas al control y al poder, a las decisiones sobre el proceso de producción y en definitiva sobre las condiciones de desarrollo. Es conveniente señalar entre otras cosas que el concepto estratégico de contradicción sólo es comprensible si la distribución del poder y de las decisiones entre las clases se proyecta sobre el escenario del desarrollo y que la necesidad de superación y de extinción del capitalismo está condicionada por la hipótesis central de la racionalidad de la expansión. El conjunto de problemas en que se concentran las estrategias cognoscitivas de Marx queda definido en cierto sentido por la tensión entre lo continuo y lo discontinuo que podemos encontrar, por ejemplo, en la tensión constante que ocurre en el corazón mismo de la teoría del valor entre el costo real y el costo "capitalista" de los productos. Por otra parte, esta tensión revela al mismo tiempo la característica específica de la tarea científica de Marx como una crítica de la economía política: en el sentido en que la percepción del *continuum* material atravesado por las formas discontinuas de los modos de producción excluye por principio la posibilidad (en parte característica de los clásicos y de su teoría sobre el valor) de identificar los datos observables de la visión teórica con toda el área de su variabilidad. El capitalismo, en esencia, está dispuesto como una gama de modos de producción reales y posibles, de los que un caso particular constituye una variante determinada. El razonamiento hipotético de Marx señala, en algunos pasajes y en algunos niveles del análisis, una estructura antirreal propiamente dicha, vinculada con la idea profunda de mundos posibles o, en términos más familiares, de modos de producción posibles que no son capitalistas.

La misma identificación del objeto del análisis implica, pues, un proyecto. Objeto y proyecto, interés cognoscitivo e interés político, se mantienen unidos en la construcción del núcleo del programa de investigación. El capitalismo puede describirse e interpretarse si se considera en relación con los modos de producción que le dan origen y con los modos de producción a los que tiende. El concepto de transición es crucial y corresponde, por así decirlo, al orden de las condiciones de posibilidad del espacio analítico de Marx. Como señala a menudo Lippi, es difícil comprender la naturaleza de las construcciones teóricas de Marx sin tomar en cuenta que, por ejemplo, el modo indirecto de la distribución del

trabajo social dentro del capitalismo se conoce y se identifica como tal en relación al modo directo de una "asociación de hombres libres" que dicha distribución realiza *ex ante* de acuerdo con un plan. En cierto sentido se haya implícita, dentro del análisis real, la dimensión modal de lo posible: que se anida propiamente en la estructura final de las hipótesis con cuya urdimbre se realiza el programa de Marx.

Supongamos que esta constelación de supuestos, descrita en forma tan somera, constituye el núcleo de la crítica de la economía política. Puede suceder que el modo en que he presentado el razonamiento dé lugar a múltiples incertidumbres, puesto que he recurrido a términos por lo general ajenos a la tradición marxista. Pero creo, por el contrario, que en esta dirección se pueden interpretar más o menos algunos de los éxitos más grandes de la investigación de los teóricos marxistas. Si consideramos, por ejemplo, las observaciones importantes proporcionadas por Luporini en su *Dialectica e materialismo* acerca del materialismo histórico como "dimensión teórica que hace posible la crítica de la economía política" y sobre la estructura del modelo de *El capital*, o la individualización realizada por Badaloni en *Per il comunismo*, del problema central del proyecto de Marx en términos de la relación entre lo invariante y lo discreto histórico.

Si en esto consiste el núcleo del programa de investigación de Marx, es ahí donde debemos buscar si queremos identificar las estrategias cognoscitivas que dan cuerpo a sus construcciones teóricas. Debemos dirigirnos al Marx "filósofo" para comprender al Marx "científico", como dicen algunas expresiones que confirman una dicotomía sobre la que han llamado la atención últimamente, aunque en forma distinta, Colletti y Napoleoni. No estoy de acuerdo, a este propósito, con la opinión de De Giovanni expuesta en su último libro: no creo que sea una concesión tan desconcertante la de reconocer que estas dos dimensiones se encuentran juntas en la obra global de la crítica de la economía política. La interacción de un núcleo de supuestos profundos y las categorías, las construcciones analíticas de una teoría, son cosas normales en cualquier obra científica, y no veo por qué, como marxistas, debemos obligarnos a conceder un trato especial al caso de Marx. Más bien, la imagen de una teoría que no participa de esta tensión entre los distintos niveles es fruto de un revisionismo falaz. No hay que tener miedo de la "metafísica" o de usar términos menos desagradables de la "concepción preanalítica": el problema radica más bien en que hay metafísicas buenas y malas. Y esto, creo yo (y es evidente) depende de los resultados. Quiero decir que no existe

ninguna teoría que no incorpore —en alguna forma— un esquema profundo de representaciones de la realidad (piénsese, por ejemplo, en las observaciones muy sugestivas referentes al concepto crucial de ideología del último trabajo de Dobb). A donde debemos regresar es a los grandes marcos conceptuales, a las concepciones, si queremos abrir una encuesta o poner en práctica un programa científico. En el sentido de que hay unas concepciones que dan origen a programas capaces de ser desarrollados y otras que, por el contrario, y por distintas razones, producen programas degenerativos.

En base a su "concepción" Marx organiza su teoría del valor trabajo. Las interrogantes estratégicas acerca de las normas que rigen la formación o la transformación del capitalismo y las respuestas que en términos de la teoría del valor trabajo se han formulado se basan obviamente en las ideas clave que producen la estructuración del núcleo de supuestos. Explotación, forma del progreso técnico, acumulación, ciclo y crisis se convierten en lugares teóricos, definidos en base a una estrategia cognoscitiva orientada a proyectar la dinámica de los modos de producción sobre el escenario del *continuum* de la reproducción material y de la apropiación de la naturaleza. Todas las respuestas, evidentemente, se formulan nuevamente dentro del mismo campo conceptual. Lippi demuestra (a los economistas les corresponde obviamente la discusión por vía "interna") las inconsistencias de algunos éxitos analíticos importantes. Como resultado tenemos una situación, esta vez sí, desconcertante: podemos parafrasear una brillante expresión de un lógico contemporáneo, diciendo que las respuestas de Marx en términos de valor trabajo a las interrogantes identificadas como estratégicas, gracias a la concepción preanalítica, son falsas aunque ingeniosas.

Creo que se puede sostener que los errores de Marx dependen de la falacia de una concreción mal hecha. Marx sostiene que hay que encontrar, en las cosas, propiedades que pertenecen sólo a algunas categorías y a los conceptos ordenadores y seleccionadores, como diría Giulio Preti, con los que se construye la urdimbre de hipótesis y el programa científico que debe dar cuenta de las cosas. No me queda más que considerar qué tanto depende esta concepción "sustancialista" del estado del arte, de los conocimientos epistemológicos, etc., y del horizonte histórico-cultural en que Marx elaboró su grandioso proyecto.

Lo que me parece importante, aunque está rodeado de grandísimos problemas, es señalar la necesidad de un desplazamiento del énfasis de una concepción "sustancialista" a una "funcional".

¿No es tal vez oportuno reflexionar, sin prejuicios, sobre la gran lección weberiana acerca del método y tomar nota de su valiosa observación sobre la función de los modelos (los "tipos ideales" según su terminología) como marcos conceptuales que no constituyen hipótesis sino "indican la dirección que ha de seguir la elaboración de hipótesis"?

Para nosotros, en la actualidad, el programa de Marx descende al plano de los problemas formulados y de las interrogantes logradas gracias a esta "concepción" y a las estrategias. Insistir en la defensa cerrando el círculo proyectivo alrededor de las respuestas falaces me parece tan inútil e improductivo como emprender la alternativa opuesta que consiste en tirar al niño con el agua sucia y en renunciar a la "concepción" para ceder el lugar a una trituración y a una desagregación analíticas despreocupadamente empiristas únicamente porque se considera que los presupuestos están implícitos. Me parece que es más provechoso un método propiamente racional que, incorporando en su dimensión hipotética y funcional la "concepción" de Marx, proceda en cierto sentido a través de aproximaciones sucesivas a la investigación mucho más compleja del plano de problemas e interrogantes que Marx ha definido y asignado al desarrollo de su programa de investigación.

[*"Ancora su scienza e filosofia in Marx"*, en *Rinascita*, núm. 11, 18 de marzo de 1977.]

CLAUDIO NAPOLEONI

EL MARX INÚTIL DE LIPPI

La tesis que Marco Lippi propone en su libro *Marx, il valore come costo sociale reale* puede resumirse en los siguientes puntos: 1] en Marx hay un concepto de "producción en general" distinto del de "producción determinada históricamente" que, contra lo que se supone ordinariamente, juega un papel determinante en la teoría del valor; 2] este papel se manifiesta en lo que expresa la relación valor trabajo cuando la mercancía tiene o puede tener un costo dentro de una sociedad "natural" regida por la "producción en general"; en este sentido, el valor es la "medida de las dificultades" que surgen en la producción, independientemente de la forma histórica en que se realiza; 3] Marx cree que este valor natural tiene una manera de manifestarse dentro de la producción capitalista en la que la relación real de intercambio de mercancías, o precio de producción, constituye la forma transformada del valor trabajo; pero Marx se equivoca al sostener esto (como lo demuestra la historia del problema de la "transformación"), porque "el influjo de la producción considerada en sí misma sobre la producción capitalista se detiene mucho antes de lo que pensaba Marx".

Para demostrar esta tesis, Lippi recurre a varios pasajes de la obra de Marx; aunque los puntos principales son tres: la conocida carta a Kugelman del 11 de julio de 1868; el pasaje de los *Grundrisse* que trata sobre el concepto que Smith tiene del trabajo como sacrificio, y los capítulos de los libros II y III de *El capital* en los que se discuten los costos de circulación. La argumentación de la carta a Kugelman, utilizada específicamente por Lippi, sostiene que el valor de cambio es la forma en que se establece la distribución proporcional del trabajo entre los productos en aquella sociedad en particular en la que la vinculación del trabajo social se presenta como intercambio privado de los productos individuales; se trata de la forma determinada históricamente en que se establece una circunstancia (la "distribución del trabajo en porciones definidas") que se refiere precisamente a la "producción en general" como manifestación de que las "leyes naturales no

pueden nunca ser anuladas". Del texto de los *Grundrisse* sobre Smith, Lippi subraya el hecho de que ahí se distingue el trabajo útil, como creador de valor de uso, del trabajo en general, como unidad de medida de los productos, basándose para ello en la "producción en general" y no específicamente en la producción capitalista. El hecho de que los "costos puros de circulación" sean excluidos por Marx de la formación del valor, hasta el punto de que Marx no considere al trabajo correspondiente como trabajo productivo, es considerado por Lippi como una confirmación de su tesis relativa a la naturaleza del valor en Marx, en cuanto que lo que se excluye de la formación del valor es precisamente un fenómeno que se presenta específicamente en la producción capitalista y que no se encuentra en la "producción en general".

Sería interesante saber dónde se encuentran los antecedentes de la interpretación de Lippi, que en mi opinión resulta menos novedosa de lo que les parece a otros comentaristas; tal vez se halle en algunas interpretaciones católicas de Marx o también en la idea de Croce de que el valor para Marx era un término de "comparación" para referirse a una "sociedad económica en cuanto sociedad de trabajadores". Pero no es mi intención adentrarme en esta búsqueda.

La primera sospecha sobre la posibilidad de aceptar la tesis de Lippi como una manifestación adecuada del pensamiento de Marx tiene su origen en la consideración de que si el valor pudiera reducirse realmente a una categoría de la "producción en general" habría que concluir que el juicio expresado por Lippi y mencionado anteriormente de que "el influjo de la producción considerada en sí misma sobre la producción capitalista se detiene mucho antes de lo que pensaba Marx" peca de excesiva prudencia, ya que en realidad, como el mismo Lippi lo reconoce finalmente, no existe ese influjo y habría que buscar una teoría del capitalismo en la que el valor trabajo no tuviera ningún derecho de ciudadanía. La eliminación del concepto de valor trabajo en el análisis del capitalismo puede representar una conclusión que es apoyada por diversos argumentos convincentes; aunque difícilmente podría aceptarse el hecho de atribuir a Marx un concepto de valor que tan fácilmente pueda llevar a esta conclusión. En realidad, creo que la tesis de Lippi se apoya en la abolición de un punto de vista tan relevante del pensamiento de Marx acerca del valor que se reduce a una interpretación gravemente parcial y unilateral.

Creo que el punto de partida para poner de relieve esta parcialidad y unilateralidad debe estar constituido por un examen minucioso de lo que Marx entendía por "trabajo" cuando reducía

el valor a trabajo. Se trata, como el mismo Lippi advierte, del trabajo "abstracto". Si el valor es, pues, una categoría de la "producción en general", es preciso que el trabajo abstracto sea por sí mismo una categoría de la "producción en general". Siendo totalmente coherente consigo mismo, Lippi lo considera así (*op. cit.*, pp. 44-46). Después de haber aceptado la afirmación de Colletti en el sentido de que el trabajo abstracto no constituye una generalización mental sino una abstracción real, considera, como una expresión del "carácter genérico del ente natural hombre, su capacidad de actuar de acuerdo con la ley natural", para poder relacionar dicha abstracción real con la "producción en general". Me parece que al hacer esto, Lippi confunde lo genérico con la alienación de lo genérico, cosa que no es lo mismo que lo genérico del hombre natural en cuanto posibilidad infinita de una determinación cualquiera, ni tampoco es lo mismo que la reducción de lo genérico a una separación entre todas las determinaciones y la abstracción de las mismas. Si se refiere a la primera situación, la abstracción no es una abstracción real sino sólo una generalización mental. Si uno quiere que el valor se refiera al trabajo realmente abstracto, a lo que se refiere es a la generalidad alienada y no a la generalidad natural. Y puesto que tal alienación ocurre sólo en la producción mercantil, y requiere como condición propia la reducción a mercancía de trabajo, el trabajo al que se está refiriendo en la relación valor-trabajo es el trabajo asalariado y no el trabajo "natural".

No quisiera hacer más pesada esta nota utilizando más citas. Me limitaré a mencionar, entre otros muchos textos, dos que me parecen muy significativos a este respecto. El primero pertenece a los *Grundrisse* [Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, cit. t. I, p. 235] donde se relaciona directamente el carácter abstracto del trabajo con el carácter genérico de la producción capitalista y del capital mismo. El segundo pertenece a las *Teorías sobre la plusvalía* (en *Historia crítica*, cit., II, p. 177) en las que se define el trabajo "general en abstracto" como el modo en que el trabajo privado de los individuos aislados, como son los cambistas de la sociedad mercantil, se convierte en social.

Basándonos en esto para interpretar la teoría de Marx sobre el valor nos veríamos inclinados a considerar la idea del trabajo como medida de los productos en la producción en general, que aunque está presente en los textos mencionados por Lippi, no aparece tanto como indicación de una relación cuantitativa, o sea entre cantidades (valor) del producto y cantidades de trabajo, sino más

bien como la simple indicación de una relación (trivial) de derivación: de la actividad en ejecución a la actividad objetivada. O también se podría referir esta idea a la fase histórica de la que habla Marx en el libro III de *El capital* [Karl Marx, *El capital*, III/8, p. 1044] y que considera la realización del control social de la producción, pero que sin embargo pertenece todavía al "reino de la necesidad" y que por consiguiente está más allá del "reino de la libertad" que "se encuentra por su misma naturaleza más allá de la esfera de la producción material propiamente dicha" y en la que tenemos que imaginarnos que la importancia de la relación entre el trabajo y el producto tiende a desvanecerse para dar paso a una relevancia creciente de la relación entre el trabajo y el hombre mismo. También podría utilizarse el pasaje sobre Smith citado por Lippi para comparar este tipo de lectura.

Si Lippi me objetase que en esta forma se ejerce cierta violencia sobre el conjunto de textos citados por él, en realidad yo no tendría valor para echarle toda la culpa. El hecho es que en Marx existe indiscutiblemente el elemento que Lippi llama "naturalista" y existe en oposición a las aspiraciones más profundas de su pensamiento. Un pasaje de la *Contribución a la crítica de la economía política* [edic. en esp. cit., p. 19] manifiesta, en mi opinión, esta contradicción de una manera particularmente evidente. Primeramente dice del trabajo al que no se reduce el valor que: "El trabajo, medido a través del tiempo, no aparece como trabajo de individuos diferentes, sino los diferentes individuos que trabajan aparecen como simples instrumentos del trabajo." De donde resulta claro que si no se quiere reducir este juicio a una simple metáfora, el trabajo en el que los individuos desaparecen como individuos, a través de una inversión por la cual el trabajo mismo se convierte en sujeto y los sujetos únicamente en sus atributos o predicados, es el trabajo enajenado de la sociedad mercantil capitalista, es decir un trabajo determinado socialmente. Pero inmediatamente después añade:

La abstracción del trabajo humano en general existe dentro del trabajo medio que cualquier individuo medio puede realizar en una determinada sociedad y constituye un determinado gasto productivo de músculos, nervios, cerebro, etc., humanos, constituye el trabajo simple al que puede ser adiestrado todo individuo medio y que este último debe realizar en una forma o en otra.

El "trabajo simple", se explica en una nota, es precisamente el *unskilled labour* de los economistas ingleses, es decir una determi-

nación técnica y no social. También el primer capítulo del libro I de *El capital* está impregnado de esta doble determinación del trabajo humano en general.

Esta contradicción plantea ciertamente un problema y me atrevería a lanzar la hipótesis de que se trata del principal problema interpretativo de la teoría de Marx sobre el valor. Creo yo que al que procura poner de manifiesto los aspectos "naturalistas" de la teoría de Marx sobre el valor le corresponde explicar la relación que guardan estos aspectos con la dimensión principal y fundamental de dicha teoría que afirma que el trabajo determina el valor del producto en cuanto que *no* es un trabajo natural. Digo "principal y fundamental" en dos sentidos: en primer lugar, porque esta dimensión constituye el rasgo específico de la teoría de Marx, lo que la distingue de la teoría de la economía política y convierte a Marx en un crítico de la economía política y no en un simple continuador. En segundo lugar, porque si la teoría del valor se deja en el limbo de la "producción en general", es decir si se vuelve totalmente inocua, el conocimiento del modo capitalista de producción vuelve a transformarse en el dominio fragmentado de varias "disciplinas" separadas entre sí (economía, sociología, psicología...) que ninguna "relación interdisciplinaria" volverá a unir. Me parece que lo importante está en que el Marx que resulta de la interpretación a la Lippi es un Marx inútil. El modo verdaderamente patético en que Lippi trata de reconquistar, al final de su discurso, el "fetichismo de las mercancías" es un testimonio de esto. Para lograr esta recuperación, Lippi se ve obligado a afirmar, cosa increíble pero inevitable dentro de su discurso, que Marx elabora la teoría del valor trabajo basándose en razones que son "totalmente independientes del problema del fetichismo" (Marco Lippi, *op. cit.*, p. 148), es decir debe negar la evidencia de que a pesar de todas las recaídas en el "naturalismo" el valor trabajo y el fetichismo en lugar de estar separados son una misma cosa. Después de que al haber perdido el carácter "ontológico" del fetichismo no puede recuperarlo más que como "comportamiento de los productores de mercancías", como una ilusión a la que están sujetos estos productores, sin poder saber de dónde proviene esta ilusión.

Una última cuestión que aunque particular es interesante tomar en cuenta porque Lippi le da mucha importancia es la de los costos puros de circulación. Es una cuestión que para Lippi constituye la confirmación, en cierto modo definitiva, de su tesis, porque los costos de circulación son costos propiamente dichos para el capital y sin embargo Marx los excluye del cálculo del valor, lo

que confirma que el valor no tiene nada que ver con el capitalismo. Pero el punto de vista de Marx a este respecto puede interpretarse de una manera más sencilla: los costos puros de circulación se refieren a una actividad que no da lugar a la producción de valor sino únicamente a la transferencia del valor de la forma de mercancía a la forma de dinero. Esto explica también (como lo ha explicado, en mi opinión, en forma exhaustiva Rubin) cómo Marx pudo considerar improductivo el trabajo que se pagaba con estos costos.

En conclusión, la medida de la insuficiencia de la interpretación de Lippi se encuentra en la conclusión misma a la que, en rigor, llega: "No existe ninguna ley natural y eterna que se manifieste en el modo de producción capitalista" (Marco Lippi, *op. cit.*, p. 144). Esta afirmación (que le da el sentido justo a lo que anteriormente yo había llamado excesiva prudencia de la otra afirmación de que el influjo de la naturaleza sobre el capitalismo se detenía mucho antes de lo que el ingenuo Marx pensaba) obliga a Lippi a decir que en esta forma "la historicidad de la producción capitalista adquiere una importancia mayor" (Marco Lippi, *op. cit.*, p. 148). ¡Santa ingenuidad! Si lo real se divide en naturaleza e historia, no hay nada que pueda tener vida histórica si no guarda alguna relación con la naturaleza.

Naturalmente, Lippi tiene razón en un aspecto: si el valor trabajo es una categoría de la producción capitalista, las dificultades analíticas se vuelven tal vez insuperables. Es cierto, pero es infinitamente preferible situarse ante tales dificultades que engañarse exorcizándolas; es preferible tratar de comprender cómo es que se presentan en el análisis más brillante de que se dispone hasta ahora sobre la realidad capitalista, en lugar de producirse en la extinción de esa luz. Obviamente es comprensible que los economistas disfruten con la lectura de este honesto libro que elimina el más grande problema que han encontrado a lo largo de la historia del pensamiento económico. Aunque no resulta tan claro por qué tenga que disfrutar también algún filósofo.

["El Marx inútil de Lippi", en *Rinascita*, núm. 13, 1 de abril de 1977.]

MASSIMO CACCIARI

SI SE QUITA LA CIENCIA Y SE AGREGA LA UTOPIA

Nos sorprende la "ingenuidad epistemológica" con que muchos autores interesados en la "autocrítica de la economía" abordan el problema de las diferencias fundamentales entre el "estatuto" de las ciencias naturales y el de la *Economics*. Decir que es imposible realizar comparaciones analógicas entre las propiedades específicas de las relaciones económicas y físicas, por más importancia histórica que tengan —ya que la analogía física y *Economics* es característica del sistema neoclásico (en sentido literal)— impide pasar de inmediato a los problemas específicos sobre la exactitud, relevancia y practicidad de la economía. No obstante, el artículo de Michele Salvati, al comentar el libro de Lippi sobre Marx, indica cómo no se ha superado aún esta problemática. Dicho artículo termina con una apología absolutamente acrítica sobre el "procedimiento" y sobre la "tradición" científicos de la economía (¿cuál?), y se invita al lector en forma explícita a "jugar" con sus reglas para comprender las tesis de Lippi. La primera regla buena de un científico (de "un ilustre y reconocido físico" en forma particular) consiste en explicar el estatuto y los límites del aspecto científico de su discurso y los instrumentos para verificarlo. ¿Sería demasiado preguntarle a Salvati a qué "reglas del juego" se refiere? ¿O trata únicamente de afirmar que para hablar de Marx es preciso haberlo leído?

Wittgenstein quería que se hablase de las matemáticas "en lenguaje burgués". Creo que también es lícito abordar "en lenguaje burgués" las tesis de Lippi. Parten (como lo señala la nota de Salvati) de un supuesto no muy innovador que digamos, que consiste en poder desarrollar una discusión sobre el Marx científico, y sobre los procedimientos que utiliza Marx como científico de la economía. No hay duda de que éste era exactamente el modo en que los neoclásicos abordaban también (cuando lo hacían) el estudio de Marx. Este enfoque puede discutirse desde dos puntos de vista: el primero, de orden general, se refiere a las cuestiones señaladas al principio (¿cuál es la "tradición" que se establece para la economía y que sirve de base para definir la invariabilidad de

las valoraciones acerca de los "postulados elementales" de la doctrina?); el segundo, de orden específico, se refiere al uso del término "crítica" en Marx. ¿Este último es sinónimo de verificación científica de lo insostenible que resultan los postulados básicos de la economía política? Es obvio que exista este aspecto; se trata de ver si agota todo el alcance del término. En mi opinión, el objeto auténtico de la "crítica" de Marx consiste en poner de manifiesto las funciones políticas determinadas históricamente que "se representan" en el modelo físico-natural de la ciencia económica. La comprensión universal de dicho modelo es, pues, apriori imposible desde el punto de vista de Marx. Por su propia naturaleza está "subdeterminado" respecto a la existencia de variables "independientes", que no se basan en parámetros constantes —podríamos decir, con respecto a la "autonomía" del conflicto político. "Crítica" de la economía política significa una imposibilidad de la economía como ciencia según el modelo físico clásico. Queda completamente abierto el problema de la cientificidad específica de dicha "crítica". Volveremos sobre este aspecto decisivo; pero esto no debe hacernos olvidar que el problema de Marx no puede reducirse de ninguna manera a un problema de "coherencia interna" dentro de la historia de la doctrina.

La parte analítica central del libro de Lippi consiste en la crítica de la teoría del valor como trabajo incorporado, a la luz de la teoría de los precios de producción. Hasta aquí no hay nada sorprendente, a pesar de la invitación a la "sorpresa" de Salvati. Precisamente a partir de la "descripción" del "fenómeno" de los precios, toda la tradición de la *Economics* considera superflua casi toda la teoría del valor. El uso y la aplicación de la "crítica" de Sraffa no cambia este punto de vista sino que le da un fundamento más sólido: no sólo es superflua ("anti-económica") cualquier teoría general del valor, sino que el volver a defenderla conduce a resultados erróneos. Lippi analiza estas conclusiones principales en relación al problema de la transformación (caballo de batalla desde siempre de los "economistas" críticos de Marx). ¿Cuál es, entonces, la diferencia entre Lippi y el economista que desde hace un siglo "cierra *El capital* en la primera sección porque la teoría de Marx sobre el valor no logra explicar los precios"? (Tronti): la interpretación de las razones básicas que llevaron a Marx a identificar el valor con el trabajo incorporado, razones todas ellas que pueden referirse al fundamento "naturalista" de la teoría de Marx, o a la base "natural" del valor que desempeña un papel causal en la determinación de las relaciones de intercambio (pp. 47-49). El "programa científico" de Marx parte, según él, de un concepto

de trabajo como costo social real, independiente del modo histórico de producción, a partir del cual cualquier fenómeno ligado a la producción y al intercambio de mercancías debe ponerse de relieve (pp. 6-7). En síntesis, "la necesidad de manifestarse que tiene una 'ley natural' dentro de la producción de mercancías" (*ibid.*, p. 145) es la causa básica de las aporías irresolubles del esquema de Marx para la determinación de los precios de producción.

Pero una cosa es decir que la teoría del valor trabajo no permite de ningún modo medir los precios de producción y que pretender defenderla a toda costa constituye un lastre de ortodoxia, y otra cosa *toto coelo* diversa [completamente distinta] decir que el punto de vista que adopta Marx en su crítica de la economía política y en su análisis sobre el movimiento del capital se circunscribe irremediamente a un apriori metafísico. En mi opinión, Marx trata de resolver un problema completamente opuesto al de cómo una "ley natural y eterna" se manifiesta en el modo de producción capitalista. Completamente distinto es el problema de si en Marx existen o no "equivocos" que puedan interpretarse en este sentido: yo creo que sí existen, pero que es muy complicado encontrar sus causas.

En Marx, el trabajo se relaciona con el valor no por su aspecto "natural" sino por su aspecto abstracto, y como algo contrapuesto al capital. Esta contraposición provoca la ruptura inmediata de la acepción indiferenciada del término "trabajo" mismo, y de su "universalidad genérica". La diferencia entre fuerza de trabajo y trabajo se contrapone al capital. Ésta es la diferencia que asume el capital. El trabajo se valoriza debido a este doble carácter que tiene. Ningún trabajo tal como se presenta por sí mismo, en su existencia inmediata, es productivo, dice Marx en los *Grundrisse*: Lo único productivo es el trabajo que, en su aspecto abstracto y como fuerza de trabajo y trabajo, es asumido y gobernado por el capital de acuerdo con formas históricamente concretas de sumisión. En la relación capitalista de producción no existe ninguna referencia posible al "trabajo natural" —a no ser la obvia y totalmente acientífica (la ciencia del "camarero de Hegel") de que el trabajo constituye la base de cualquier producción. Es tan peculiar de Marx este planteamiento que en los *Grundrisse* llega no sólo a desarrollar la teoría "originaria" del valor en un análisis sobre el fenómeno de la "crisis", como una característica del modo de producción capitalista (la crisis en Marx no constituye simplemente un comportamiento cíclico de la economía sino una alteración formal continua de dicho modo de producción: creo

Algo más sobre el "naturalismo". Se trata de un término comprometedor, que hay que tomar en serio. Para Lippi, el "naturalismo" de Marx consiste en considerar al trabajo como esencia de la producción y verificar que "todo lo demás esté constituido únicamente por formas en las que se manifiesta el valor y por ende el trabajo" (pero las formas son transformaciones, de la misma manera exactamente que el discurso sobre el valor es un análisis del proceso de valorización: en esto consiste el programa —aun cuando parezca imposible mantenerse dentro de él cuando se trata de dar una explicación unitaria de sus elementos y de sus aspectos de acuerdo con un método reductivo físico-clásico—). Aunque esta definición está muy lejos de comprender el significado de "naturalismo". "Naturalista" no es el que simplemente "regresa" al fundamento unitario, natural y necesario de las diversas formas de producción (reduciendo el significado radical de la crisis a un mero episodio, a una coyuntura impotente), sino el que dándole a la contradicción un carácter aparente trata de reintegrar la naturaleza. El "naturalismo" tiene un profundo contenido normativo: eliminar la contradicción que ha negado lo natural (negado "dialécticamente", sin poder anularlo). La "naturaleza" del naturalismo no se encuentra tanto en el origen, sino en el fin del proceso práctico-teórico. Se trata de una concepción "reformista" en el sentido etimológico de la palabra. ¿Es Marx el padre de esta concepción? Solamente en el caso de responder afirmativamente a esta pregunta puede considerarse a Marx como "naturalista".

La crítica de Lippi a Marx conduce indiscutiblemente a una conclusión en este sentido. Aunque con una curiosa tergiversación. Después de haber criticado el "naturalismo" de Marx a nivel económico (con el fundamento que ya he señalado) inconscientemente rescata el fundamento de cualquier punto de vista "naturalista" dentro de la "civilización capitalista": la idea de la producción de mercancías como "el extremo opuesto de la vida en sociedad: una fragmentación [...]" (ibid., p. 152), la idea de que "la vida humana en sociedad no es en esencia una atomización de las decisiones individuales carentes de coordinación" o del "capitalismo como el extremo opuesto de la producción social". Así, pues, para Marx el capitalismo es una inversión de la esencia de la vida humana en sociedad y hay que re-formar esta esencia. Esta idea que constituye la esencia del naturalismo puede, según Lippi, demostrarse totalmente (mérito suyo ya que no hay ciencia que pueda demostrar que es necesaria). Por enésima vez, la operación técnico-científica realizada con Marx nos entrega finalmente a un Marx ético-utópico. Poco importa que la conclusión no tenga co-

herencia analítica —ya que tiene un significado histórico preciso. Este naturalismo que consiste en la idea del capitalismo como una anarquía en esencia y en la idea del Fin como *restauratio* ética sigue amenazando de cerca al movimiento obrero. Si no existe un Marx "científico" sería bueno que los científicos se contentaran con este Marx utópico y ricardiano de segunda importancia. De "esencias sociales", "vidas humanas" y "atomismos" están empedrados los cementerios del movimiento obrero.

["Si se toglie la scienza e si aggiunge l'utopia", en *Rinascita*, núm. 13, 1 de abril de 1977.]

Según Napoleoni, mi tesis interpretativa es la siguiente: para Marx, el valor es una categoría de la producción en general. Creo que cualquiera que haya leído mi libro o por lo menos su introducción (véase, por ejemplo, *op. cit.*, p. 11) se habrá dado cuenta de que yo no he dicho nunca tal tontería. Después de haberme atribuido esta tesis, Napoleoni acepta —aunque con cierta inseguridad— que si se toman en cuenta los textos de Marx a los que me he referido, mi interpretación (atención, no la mía, sino la que él me atribuye) es correcta. Primero me hace decir que el valor para Marx es una categoría de la producción en general, y luego sostiene que esta tesis está sólidamente basada en algunos pasajes de la obra de Marx. Trataré ante todo de explicar esta situación.

En los textos que sirvieron de base para mi interpretación (las páginas de los *Grundrisse* dedicadas al concepto de Smith sobre el trabajo como sacrificio, la carta a Kugelmann del 11 de julio de 1868, la *Crítica del programa de Gotha*, las páginas del libro I de *El capital* que se refieren al fetichismo y al análisis de los costos puros de circulación) se encuentra una categoría de la producción en general: la medición de los productos en términos de trabajo, a la que me propongo darle el nombre de "costo social real". En cuanto al valor, Marx ha sido siempre muy cuidadoso, tanto en los textos que he utilizado como en otras partes, al definirlo como la forma que asume la medición de los productos en términos de trabajo cuando son mercancías. A la distinción entre la medición en términos de trabajo y el valor le corresponde otra entre la "ley natural" o "necesidad de la distribución del trabajo social en proporciones definidas" y la forma en que se manifiesta esta ley del valor en la producción de mercancías, es decir la ley del valor. Esta distinción sirve de base a la doble actitud de reconocimiento y crítica que adopta Marx para con los más importantes representantes de la economía política clásica, que, según él, tienen el mérito de haber descubierto la ley general que se manifiesta como ley del valor en la producción de mercancías; aunque nunca se preguntaron cuál era el tratamiento que había que darle al valor

cundo los productos se medían en términos de trabajo (véase, sobre todo, el pasaje sobre la economía política con que terminan las páginas del primer libro de *El capital* dedicadas al fetichismo [Karl Marx, *El capital*, I/1, pp. 102-103]). Marx describe este tratamiento peculiar comparándolo, en *El capital*, con otros modos de producción diferentes del capitalismo, algunos reales, otros imaginarios. Las mismas magnitudes —cantidades de trabajo incorporado— rigen la vida de "Robinson en su isla", la actividad colectiva de una "asociación de hombres libres que trabajen con medios de producción colectivos" y la producción de mercancías (*ibid.*, pp. 93-97). La diferencia radica en el modo en que se establecen estas magnitudes: en los primeros dos casos, como una valoración social consciente destinada a planificar la producción; en el capitalismo como resultado de un proceso que se desarrolla a espaldas de los productores, de manera tal que dichas magnitudes "ponen la impronta de mercancías a los productos del trabajo" (*ibid.*, p. 92). Para concluir este punto diremos que, en Marx, el valor no constituye nunca una categoría de la producción en general; es más bien el modo en que una categoría de la producción en general se establece dentro de la producción de mercancías.

Forzando lo que Marx afirma en los textos y que yo he citado más arriba, Napoleoni llega fácilmente a la segunda etapa de su argumentación. Si en estos pasajes Marx sostuviera que el valor es una categoría de la producción en general, entonces si ellos estarían en abierta contradicción con el Marx crítico de la economía política y quedarían totalmente desacreditados de esta confrontación (el "Marx inútil") tanto como bases de una interpretación global del pensamiento de Marx como por su contenido objetivo. Ciertamente no existe una contradicción como la que pretende encontrar Napoleoni entre el Marx crítico de la economía política y un Marx totalmente comprometido en ella como "simple continuador". La debilidad fundamental del pensamiento de Marx consiste en otra cosa. Si bien el valor no es nunca una categoría de la producción en general, no obstante, es siempre nada más que la forma que asume una categoría de la producción en general dentro de la producción de mercancías (por esta razón, resulta imposible llegar en forma significativa a las relaciones reales del intercambio entre mercancías, si se parte del valor).

Esta es la tesis que he tratado de demostrar en mi libro, partiendo de su explícita formulación en la carta a Kugelmann y señalando cómo se desarrolla en la teoría de los precios de producción y cómo las consideraciones relativas a la producción en general influyen profundamente en todos los aspectos particulares de la

determinación de la magnitud del valor. Desde este punto de vista no tiene por qué llamarnos la atención que siempre que Marx habla del valor como forma y como magnitud encontramos caracterizaciones específicas de orden histórico relativas a la forma que asume el trabajo cuando es valor, y al mismo tiempo determinaciones "técnicas", como diría Napoleoni, de la cantidad que constituye la magnitud del valor. Dejando a un lado su afán de presentar dos aspectos del pensamiento de Marx que se oponen entre sí, la idea de Napoleoni, en mi opinión, consiste en esto: si Marx hubiera desarrollado en profundidad el aspecto de su pensamiento que considera que la producción de mercancías no es producción natural, habría descubierto que en la determinación de la magnitud del valor deben intervenir consideraciones específicas de orden histórico, y no se hubiera referido, como dice el ejemplo que pone Napoleoni de la *Contribución a la crítica de la economía política* (que, sea como sea, no contiene ninguna contradicción sobre el significado riguroso del término) al *unskilled labour* de los economistas clásicos como a una unidad con la que hay que medir los trabajos de complejidad diversa. En otras palabras, si no he entendido mal la objeción que hace a propósito del *unskilled labour*, Napoleoni quisiera que la magnitud del valor —puesto que se trata de una magnitud en el pasaje citado— se determinara siempre como una cantidad de trabajo, aunque en una forma distinta de la forma en que la determinan Marx y los economistas clásicos. Entre paréntesis, hace años que tratamos de saber cómo, por lo menos en lo que se refiere a su artículo aparecido en *Rinascita* el 2 de noviembre de 1973, en el que, al hablar del mismo problema, anunció una "investigación sobre lo que Marx entendía por trabajo socialmente necesario como medida del valor de una mercancía". Pero, ¿para qué embarcarse en una empresa tan desesperada? ¿No sería mejor tratar de comprender las dificultades que no provienen de una determinación equivocada, por su carácter "técnico" y no "social", de la magnitud del valor incorporado, sino de la aceptación del trabajo incorporado como magnitud del valor? El naturalismo de Marx consiste en esto y no en lo que piensa Napoleoni (dándome la razón por añadidura); no consiste en presentar el valor como una categoría de la producción en general (cosa que nunca sucede), sino en haber reducido la crítica de la economía política al análisis de la forma de valor, aceptando (y en muchos aspectos reforzando) las bases (naturalistas) en que se apoyaba la identificación del trabajo con la magnitud de valor en la economía política clásica.

Napoleoni dice que mi tesis no es nueva y busca su origen en

Croce y en pensadores católicos. Por lo que respecta a la interpretación de la teoría de Marx sobre el valor que está allí implícita, aunque no sea por lo que respecta a las consecuencias que hay que sacar de dicha interpretación, quisiera referirme a un pasaje del ensayo de Lucio Colletti titulado *Bernstein y el marxismo de la segunda internacional*:

Hablamos aquí de la diferencia profunda que existe entre Marx y sus intérpretes marxistas (más o menos conscientemente) ricardianos, que —al no haber comprendido la unidad orgánica de la teoría del valor y la teoría del fetichismo— se ven obligados también a confundir dos cosas que son muy distintas entre sí: por una parte la necesidad que tiene una sociedad de tomar en cuenta el tiempo de trabajo que implica uno de los distintos empleos, al dividir y distribuir entre esos empleos el conjunto de las propias fuerzas de trabajo; y, por otra, el modo específico en que esta ley opera en el capitalismo, en el que al no existir una división consciente y planificada del trabajo social, el tiempo de trabajo que requieren las diferentes actividades productivas se presenta como una cualidad intrínseca de los productos mismos, es decir como valor de cosas. Este intercambio entre la ley del tiempo de trabajo (de la que no puede prescindir ninguna sociedad) y su realización fetichista en el mundo del capital y de las mercancías [...] (véase *Ideología e società*, Bari, 1972, pp. 122-3; algunos subrayados son míos).

Creo que difícilmente se podría expresar con una eficacia mayor la idea que Marx tiene sobre una ley general que Colletti llama "ley del tiempo de trabajo", y sobre su realización dentro de la producción de mercancías; dando al mismo tiempo la máxima relevancia a la distinción que existe entre lo que es específico de la producción de mercancías y lo que se refiere a la producción en general. Aunque Colletti consideraba, y ésta es la impresión que queda al leer su ensayo, que ésta era una buena base para una teoría que pretende llegar a explicar el sistema de las relaciones reales de intercambio. Pero, precisamente la actitud claramente antinaturalista expresada en el ensayo de Colletti (el marcado énfasis que se pone en la diferencia que existe entre la ley del valor trabajo y la "ley del tiempo de trabajo" y la vigorosa polémica contra la tendencia a identificarlas) nos lleva a dudar seriamente de que el aspecto, por así decirlo, cuantitativo de la ley que rige el intercambio de las mercancías pueda deducirse en forma significativa de una "ley del tiempo de trabajo" que opera eternamente. Insisto en decir "en formas significativas" para aclarar mi desacuerdo con quien sostiene que las diversas determinaciones de los precios a partir de las cantidades de trabajo representan soluciones del problema de la transformación propuesto por Marx.

Una vez rechazados los múltiples ajustes propuestos, como es preciso hacerlo cuando se llega a comprender el aspecto naturalista de la ley del valor trabajo, la investigación que hay que hacer consiste en el análisis de las funciones que desempeña la teoría del valor en *El capital* y en toda la obra de Marx para saber cuáles de esas funciones pueden desarrollarse eficazmente con los distintos instrumentos del valor trabajo. En mi libro he tratado de dar algunos ejemplos en este sentido: sobre todo, la teoría completa de Marx sobre la acumulación contenida en los tres libros de *El capital* no depende, en su validez o debilidad, de la validez o debilidad de la teoría del valor trabajo; he tratado de demostrar también cómo el fetichismo del que habla Marx en el primer libro de *El capital* es una idea que no está ligada indisolublemente con la teoría del valor trabajo. Volveré, aunque sea brevemente, sobre este tema porque considero que Napoleoni no está totalmente convencido de esto. Ante todo Napoleoni considera "increíble" mi afirmación de que la base cuantitativa de la teoría del valor trabajo contenida en Marx proviene de motivaciones "totalmente independientes del tema del fetichismo". Creo que es obvio que si la ley del valor trabajo es una "realización fetichista" de la "ley del tiempo de trabajo" esta última precede lógicamente y ontológicamente de la primera y por lo tanto es independiente de ella. En síntesis, la teoría del fetichismo se levanta sobre la ley general de la producción y constituye un elemento (hasta esencial) de la teoría del valor trabajo. Además, la consideración de las relaciones de intercambio entre las mercancías como si se tratara de propiedades naturales y no sociales de las mismas es "fetichista". Tal comportamiento de los productores de mercancías proviene de la aplicación de esas magnitudes a las mercancías a través de un proceso en el que participan, pero que en su conjunto está fuera de su conocimiento porque sucede a sus espaldas. No creo que haya ninguna diferencia, por lo que respecta al hecho de considerar las propiedades sociales como si fueran naturales, entre que esas magnitudes (base "ontológica" del fetichismo) sean cantidades de trabajo incorporado o no. Si, finalmente, dichas magnitudes no pueden deducirse de una "ley natural" sino que son referibles solamente al capitalismo, y por consiguiente yo afirmo que, por efecto de esto, el conjunto de las determinaciones que el capitalismo tiene en común con la producción en general se reduce considerablemente con respecto a lo que pensaba Marx, no veo por qué si afirmo esto Napoleoni dé muestras de una (benévola) impaciencia. Algunos puntos más. No sé si he comprendido bien la crítica que hace Napoleoni al uso que le doy al análisis de Marx sobre

los costos de circulación. Creo que su exclusión de la magnitud del valor, basada en la comparación entre lo que un producto cuesta cuando es una mercancía y lo que cuesta como tal (lo que costaría si no fuera mercancía), constituye una buena demostración de lo que he llamado el "naturalismo" de Marx en la determinación de la magnitud de valor. Napoleoni, después de haber mencionado mi argumentación, dice que en realidad, para Marx, "los costos puros de circulación se refieren a actividades que no dan lugar a la producción de valor sino únicamente a la transferencia del valor de la forma de mercancía a la forma de dinero". ¡Muchas gracias! Ésta es precisamente la idea de Marx que yo trato de analizar. Me pregunto por qué Marx excluye de la formación del valor dichas actividades, puesto que ellas representan, desde un punto de vista "intrínseco" al sistema capitalista, costos que a menudo no se pueden distinguir de los que están ligados a la producción en sentido estrictamente material. ¿Tal vez porque dichas actividades no participan en la producción del producto?

Según Napoleoni, yo también digo que el trabajo abstracto es una categoría de la producción en general. Tampoco esto me parece cierto (véase, por ejemplo, *op. cit.*, p. 42); en las páginas a las que se refiere Napoleoni (*ibid.*, pp. 44-46) trato de explicar cómo el medir los productos en términos de trabajo aunque implica reducir los trabajos humanos diferentes en cualidad, complejidad y eficiencia, a cantidades referidas a una unidad común, no implica necesariamente que dicha reducción se realice en el modo "indirecto" y "fetichista" en que se realiza en la producción de mercancías, y sostengo que dicho modo es lo que caracteriza, en Marx, al trabajo abstracto y lo distingue del trabajo medido con una unidad común que existiría, como se imagina Marx en la *Crítica del programa de Gotha*, en una sociedad socialista (aún no comunista). Creo que esto lo puedo probar. Es más, cuando me refiero a una medida en términos de trabajo como categoría de la producción en general, me refiero a la medida del gasto de capacidad laboral humana en general y afirmo que no se trata de una generalización mental. No sé por qué Napoleoni piensa lo contrario, puesto que no hay ningún motivo para ello. Me parece que la capacidad laboral en general es una cualidad que se encuentra, por así decirlo, en el interior de cada hombre (potencialmente, se entiende). Así, pues, no se llega a ella prescindiendo de la manera particular en que se manifiesta en cada uno de los miembros de la especie, como sucede con las generalizaciones mentales. Si los hombres fueran, por naturaleza, unos herreros, otros carpin-

teros, etc., entonces la capacidad laboral en general sería únicamente una generalización mental, y no tendría sentido preguntarse cuánto trabajo cuesta un objeto, porque no se podrían comparar ni sumar los trabajos de calidades distintas.

No me queda espacio para una respuesta detallada al interesante artículo de Cacciari y dejo un intento de esta naturaleza para otra ocasión. Aquí quisiera únicamente hacer alguna observación sobre el hecho de que una actitud como la que se expresa en la afirmación "Crítica de la economía política significa la imposibilidad de la economía como ciencia según el modelo físico-clásico" (la cursiva es mía) debería ir acompañada de la determinación cuidadosa de la (gran) distancia que la separa de Marx. La discusión puede resultar muy útil con tal de que se elimine la confusión que surge del afán de atribuirle a Marx —por lo menos mientras uno se mantenga apegado a una sobria filología de los textos— posiciones que sólo reproducen vaga y oscuramente su pensamiento. Todo esto a menos que —permítaseme terminar con una broma— Cacciari no estuviera en posibilidad de exhibir, por ejemplo, una carta que dijera más o menos esto:

Dear Fred, he escrito unas veinte mil páginas sobre economía. De todo un poco: valor, tasa de ganancia, precios, esquemas de reproducción, acumulación, crisis, dinero, crédito, banca, capital comercial, renta absoluta y diferencial, etc. Si lo que he escrito es una ciencia, bueno; si no lo es, peor para la ciencia. Ya veremos si la llamo ciencia crítica o crítica científica. However, procura mandarme dos esterlinas,

KARL MARX

["Il valore di Marx", en *Rinascita*, núm. 18, 6, de mayo de 1977.]

DEBATE SOBRE SRAFFA Y EL MARXISMO

No es necesario decir que el artículo de Cacciari sobre Sraffa es un trabajo de gran calidad. Pero los lectores de esta revista que se interesan por la discusión de la economía política, y en particular por la crítica de la economía política, encontrarán en el artículo de Cacciari una serie de afirmaciones que, aunque en principio parecen razonables, al ser examinadas con más detenimiento, resultan ser incorrectas o, al menos, muy cuestionables. En particular, el artículo de Cacciari contiene una serie de afirmaciones que, aunque en principio parecen razonables, al ser examinadas con más detenimiento, resultan ser incorrectas o, al menos, muy cuestionables. En particular, el artículo de Cacciari contiene una serie de afirmaciones que, aunque en principio parecen razonables, al ser examinadas con más detenimiento, resultan ser incorrectas o, al menos, muy cuestionables.

El artículo de Cacciari sobre Sraffa es un trabajo de gran calidad. Pero los lectores de esta revista que se interesan por la discusión de la economía política, y en particular por la crítica de la economía política, encontrarán en el artículo de Cacciari una serie de afirmaciones que, aunque en principio parecen razonables, al ser examinadas con más detenimiento, resultan ser incorrectas o, al menos, muy cuestionables. En particular, el artículo de Cacciari contiene una serie de afirmaciones que, aunque en principio parecen razonables, al ser examinadas con más detenimiento, resultan ser incorrectas o, al menos, muy cuestionables.

EL RENCUENTRO DE MARX CON LOS CLÁSICOS

(ENTREVISTA CON PIERANGELO GAREGNANI)

¿Por qué hoy se discute tanto de Sraffa?

No es sólo de hoy la importancia de Sraffa en las discusiones de teoría económica. En un artículo suyo de 1926 sobre las leyes de los rendimientos de escala, se indicaba un primer camino a través de la crítica de la teoría del valor dominante. Algunas observaciones de teoría de la empresa, después desarrolladas por Joan Robinson en su teoría de la competencia imperfecta, contribuyeron sin embargo a atraer mayormente la atención.

Pero los trabajos de Sraffa que están hoy en el centro de la discusión son otros, y pertenecen al período posterior a 1951. Se trata de la edición de las obras de Ricardo preparada por él para la Royal Economic Society y del libro *Producción de mercancías por medio de mercancías* (1960). Estos trabajos tienen importancia central por dos direcciones, estrechamente vinculadas, que caracterizan la presente situación teórica. Se trata de la crítica de la moderna teoría del valor y de la distribución y de la recuperación de las diversas formulaciones de estos problemas que fueron propios de los economistas clásicos ingleses hasta Ricardo y luego retomados por Marx para su "crítica de la economía política".

¿Qué entiendes por moderna teoría del valor y de la distribución?

Es la teoría fundada sobre el método marginal que ha dominado de manera casi indiscutible el pensamiento económico a partir del último cuarto del siglo pasado. Ella tiene su núcleo en los conceptos gemelos de "utilidad marginal" (el incremento de satisfacciones derivado del incremento unitario en el consumo del bien) y de "producto marginal" (el incremento del producto asociado con el incremento unitario en la aplicación del "factor productivo" en la cuestión). En el decrecimiento de la utilidad y del producto marginal al aumentar, respectivamente, el bien y el factor, la teoría

intentó hallar una base racional capaz de sostener la noción de "demanda", de "factores productivos" (tradicionalmente trabajo, capital y tierra) que determinasen, mediante el encuentro con su "oferta", las respectivas remuneraciones. Tal encuentro, o "equilibrio", entre la demanda y la oferta de los factores productivos habría luego provocado análogos equilibrios sobre los mercados de los productos, con la consiguiente determinación de los precios de estos últimos.

Es en esta teoría donde encuentra su base, por ejemplo, la idea tan frecuentemente utilizada en discusiones de política económica, incluso recientes, según las cuales los precios de libre competencia reflejarían la "escasez" de los "factores productivos" y de los productos. Ellos garantizarían entonces —en un sentido en el cual no corresponde aquí profundizar, pero que depende de la validez de la teoría— la "eficiencia" del sistema económico de competencia; tanto que, se sostiene, este sistema de libre competencia debería ser imitado también en una economía socialista.

¿Has hablado de crítica de esta teoría y de un papel central de Sraffa en tal crítica?

Si, esta teoría, con toda su compleja estructura analítica, ha entrado en crisis a causa de dos desarrollos teóricos. El primero tiene su origen a fines de los años 30, y es el resultado de la obra de Keynes, no desvinculada de la experiencia de la gran crisis económica de aquellos años. Desde entonces fue aceptada la idea de que, al menos en un breve período, no era posible suponer una tendencia hacia ese "equilibrio" entre demanda y oferta de trabajo, al cual la teoría marginalista refería su determinación de salarios, ganancias y precios.

La crítica de Keynes, sin embargo, no se había remontado a las premisas de la teoría ortodoxa: por el contrario, él las había explícitamente aceptado. A estas premisas, en cambio, se ha dirigido el segundo desarrollo teórico: es decir, la crítica dirigida a la concepción del capital como "factor productivo" medido, en última instancia, como un monto de valor. Esta segunda crítica ha evidenciado lo erróneo de algunas proposiciones fundamentales de la teoría, tal como la relativa a la relación directa entre "intensidad del capitalista" y tasa real del salario. La crítica, no obstante, reveló la posibilidad de que una técnica de producción, abandonada a causa de un aumento de salario, vuelva "a ser" conveniente cuando éste experimenta aumentos posteriores; una posibilidad, sin

embargo, que está en directa contradicción con la proposición según la cual el aumento de los salarios conduciría a la adopción de técnicas con mayor intensidad de capital, reduciendo así la ocupación del trabajo. Y fueron estas proposiciones las que constituyeron el fundamento racional de la noción de "curvas de demanda" decreciente del trabajo (y de los otros factores), capaces de asegurar la "estabilidad" de los mencionados "equilibrios" y volver por tanto plausible el desarrollo de la distribución del producto social en términos de demanda y oferta.

Pero para comprender la presente situación teórica general —y el lugar que, como veremos, ocupa el trabajo de Sraffa—, no basta referirse a esta crisis de las teorías marginalistas; es necesario dar un paso atrás en la historia del pensamiento económico.

La propuesta marginalista, en efecto, estuvo precedida históricamente por aquella, antes consignada, propia de economistas clásicos, en particular Ricardo, luego retomada y desarrollada por Marx. Al abandono de esta posición había contribuido la dificultad analítica que veremos: pero también, y quizás con mayor fuerza, contribuyó el sostén teórico que el movimiento socialista había encontrado en la obra de Ricardo ya antes de Marx.

En esta postura teórica, el salario no aparece determinado por el equilibrio entre fuerzas contrapuestas de demanda y oferta de factores productivos. Él aparece, en cambio, regulado por fuerzas económico-sociales, como el nivel históricamente determinado de las subsistencias (Quesnay, Ricardo) o, más en general, por las relaciones de fuerza entre las clases sociales (Smith, Marx). De este modo, el salario puede ser explicado *separadamente* de los otros *réditos*: es decir, puede ser considerado como algo dado cuando se determinan estos últimos y, en particular, cuando se determinan las ganancias. Estos *réditos* diferenciados del salario pueden ser entonces obtenidos como un *residuo*, como lo que queda del producto social una vez deducida la cuota conocida correspondiente a los trabajadores. Es decir, dichos *réditos* aparecen como el "excedente" por encima de tal cuota: no importa que este "excedente" deba ser determinado bajo forma de valor, y por lo tanto como "plusvalor", o pueda ser en cambio determinado en términos físicos como "plusproducto".

Ahora bien, frente a las dificultades de la teoría marginalista, una de las tendencias en el interior de la dirección crítica fue la de recuperar esta precedente posición crítica.

¿Cuál ha sido pues el papel de Sraffa en estos desarrollos críticos y en esta recuperación?

Sí, ahora tenemos todos los elementos necesarios para ubicar el trabajo de Sraffa y valorar su importancia. Su obra es central por tres motivos: 1] el redescubrimiento de la posición teórica propia de los economistas clásicos; 2] la solución de las dificultades analíticas ya mencionadas y que habían quedado sin solución en Ricardo y en Marx; 3] la crítica de las teorías marginalistas.

Para el primer aspecto debemos referirnos esencialmente a la edición crítica de Ricardo, que absorbió los años centrales de la vida de Sraffa. Es en la Introducción a los *Principios*, en el volumen I de tal edición (1951), y, en particular, en las páginas dedicadas al papel de la teoría del valor trabajo en la evaluación de los agregados en Ricardo, donde Sraffa ha evidenciado su propia formulación de las teorías del excedente; una posición que, como él dirá después, había estado "sumergida y olvidada" bajo la espesa capa de interpretaciones que habían presentado a Ricardo bajo la luz de las sucesivas teorías marginalistas.

En lo que respecta al segundo aspecto, debemos referirnos en cambio al volumen *Producción de mercancías por medio de mercancías*, donde encontramos una solución al problema de determinación de la tasa de la ganancia y de los precios relativos de las mercancías, a través de hipótesis más generales que aquellas por las cuales éstas se cambiarían según el trabajo incorporado. En estas últimas hipótesis habían quedado sustancialmente confinadas las soluciones de Ricardo y de Marx, encontrando aquellas dificultades analíticas que, como ya se señaló, desempeñaron un papel en el abandono de la posición clásica.

Y, en lo que respecta por último al tercer aspecto, ese mismo libro contiene en forma rigurosa las propuestas relativas al "retorno de las técnicas", cuyas implicaciones para la crítica del marginalismo fueron luego desarrolladas por varios autores. Tal vez pueda valer la pena recordar en este punto cómo las ocasiones para algunos de estos desarrollos fueron suministradas por los fracasos en los que incurrió el premio Nobel Samuelson, con el grupo de economistas matemáticos reunidos en torno a él, en la defensa de la teoría marginalista. Famoso ha sido, en particular, el intento de ese grupo por demostrar la imposibilidad del referido "retorno de las técnicas" bajo condiciones suficientemente generales: una "demostración" que luego se reveló que contenía algunos banales errores de álgebra.

Se ha discutido mucho dentro y fuera de Italia sobre la relación entre los trabajos de Sraffa y la obra de Marx. ¿Cuál es tu opinión sobre este punto?

No es fácil tratar en pocas palabras una cuestión como ésta. Me parece sin embargo que sobre la relación de Sraffa con la obra de Marx son expresadas a veces tesis engañosas. Una visión correcta de tal relación me parece que exige, en primer lugar, una visión correcta de la relación entre Marx y Ricardo.

Como he procurado argumentar en otra parte, esta relación debe ser vista en términos de una estrecha continuidad en el plano del análisis económico. Esto no contradice el hecho de que Marx, a diferencia de Ricardo y de los economistas clásicos, tratara de demostrar que el modo de producción capitalista no es más permanente que los modos de producción que históricamente lo precedieron: es decir, tratara de realizar lo que él llamó la "crítica de la economía política". No existe aquí contradicción, porque está en el orden de las cosas que una determinada posición teórica revele en un autor implicaciones que no habían emergido en los autores precedentes. Y precisamente ésta fue para Marx, en mi opinión, la relación entre su "crítica de la economía política" —es decir, su demostración de la transitoriedad del capitalismo— y la obra de Ricardo. La transitoriedad del capitalismo es, en efecto, argumentada por Marx sobre la base de un núcleo de análisis constituido por lo que él mismo denomina como el "nexo interno de las relaciones económicas burguesas" y, fundamentalmente, por la relación entre salarios y ganancias. Ahora bien, como el propio Marx ha escrito reiteradamente, este "nexo interno" fue descubierto por los economistas clásicos, y en particular por Ricardo, con su teoría del plusvalor y de las ganancias: y fue la teoría del plusvalor y de las ganancias de Ricardo lo que Marx reconsideró y desarrolló para su "crítica".

Cuando esta continuidad entre los economistas clásicos y Marx es comprendida, resulta fácil comprender aquella que, a mi parecer, es la relación real entre Sraffa y Marx. Una recuperación de la posición teórica de los economistas clásicos no puede realizarse si no se parte del punto más alto de desarrollo que tal posición ha tenido en el pasado: punto en el cual encontramos a Marx.

¿Existe una relación entre Sraffa y Keynes? ¿Cuál?

A esta pregunta puedo dar una respuesta sólo después de haberla

reformulado en términos de la relación entre Keynes y la dirección más general de recuperación de la posición clásica iniciada por Sraffa. Y esto porque en sus trabajos Sraffa sólo se ocupó marginalmente de Keynes.

Cuando la pregunta es reformulada en estos términos más generales, lo que se evidencia de inmediato es la relación compleja que Keynes tiene con la teoría marginalista. Por un lado, esta teoría, en su forma marshalliana, representó todo el horizonte dentro del cual Keynes se formó y, en cierto sentido, siguió moviéndose. Esto constituye un elemento de profundo distanciamiento entre la obra de Keynes y la de Sraffa, que ha sido en cambio dirigida desde sus primeros trabajos a la crítica y sustitución de las teorías marginalistas. Por el otro lado, sin embargo, Keynes, no obstante moverse dentro de aquel horizonte teórico, asestó un duro golpe a la teoría marginalista argumentando, como ya vimos, la inexistencia de una tendencia al equilibrio entre demanda y oferta de trabajo. Este segundo elemento no puede menos que acercarlo a quien, como Sraffa, es un crítico de esas teorías.

Pero este aspecto negativo, de crítica, no me parece que sea el único, y ni siquiera el principal aporte que pueda extraer de la obra de Keynes aquel que pretenda hoy recuperar la posición teórica clásica. Tal reconsideración, ya se dijo, sólo puede partir de Marx. Y Marx, a diferencia de la posterior teoría marginalista —y, por este aspecto, a diferencia también de Ricardo— nunca considera que la demanda agregada de productos tendiera a adecuarse a la capacidad productiva de la economía. Su teoría de la crisis plantea por esto los mismos problemas de “demanda efectiva” que plantea Keynes. En consecuencia, el principio del “multiplicador” de Keynes, que constituye un importante esclarecimiento del mecanismo de la crisis, pudo, a mi entender, suministrar un elemento útil para desarrollar el análisis de Marx acerca de la conexión entre crisis y proceso de acumulación.

En realidad, el principio del “multiplicador” y de la “demanda efectiva” es independiente de otros conceptos keynesianos que adoptan, en cambio, de la posición marginalista y de su subjetivismo. Fueron esencialmente estos otros conceptos los que permitieron a la teoría dominante reabsorber en gran medida la recesión keynesiana en el curso de los últimos treinta años.

Retornando ahora a Marx, ¿no se habla a veces de una crítica de Sraffa a Marx, implícita en el abandono de la teoría del valor trabajo?

Esto nos remite al segundo de los tres aspectos que habíamos individualizado en el trabajo de Sraffa: la solución por él aportada al problema del valor mediante hipótesis más generales que aquellas por las cuales las mercancías se cambiarían de acuerdo al trabajo incorporado. Resolver tal problema y abandonar la teoría del valor trabajo son, en efecto, dos formas de designar la misma cosa: una posición teórica se mantiene viva si se desarrolla, es decir si se modifica y modifica sus proposiciones.

Para comprender la tesis de un Sraffa que habría puesto en crisis la teoría económica de Marx debemos referirnos, sobre todo, a los significados que se han querido atribuir a la teoría del valor trabajo en la tradición marxista surgidos después del ataque marginalista a Marx, a fines del siglo pasado. En otra parte he tratado de argumentar que estas elaboraciones tuvieron un contenido esencialmente defensivo: es decir, fueron el reflejo de una situación de temporaria debilidad teórica que ahora, gracias en gran medida a Sraffa, está en vías de superación.

Una vez dicho esto, debemos no obstante recordar que Sraffa se limitó a plantear las premisas para una recuperación de la posición teórica clásica y de Marx: lo hizo evidenciando nuevamente sus elementos de base, y aportando una solución a los problemas del valor que habían quedado insolubles. Por esto me parece un error buscar en *Producción de mercancías* lo que no existe: una teoría de la acumulación capitalista y de las crisis o, incluso, una teoría del modo en el cual las relaciones entre las dos clases sociales determinan la división del producto entre salarios y ganancias. Por todos estos problemas, Sraffa nos remite a los lugares donde ellos recibieron el tratamiento más avanzado dentro de esta posición teórica: a *El capital* de Marx, esencialmente, y a todo el trabajo que es necesario realizar para desarrollar las ideas en él contenidas en relación con el estado presente de la realidad y de los conocimientos económicos.

[“Per la ripresa di Marx e dei classici” (coloquio con Pierangelo Garegnani), en *Rinascita*, núm. 31, 4 de agosto de 1978.]

NOS OBLIGA A RECOMENZAR TODO DESDE EL PRINCIPIO

Releyendo *Producción de mercancías por medio de mercancías* se confirma la primera impresión, es decir la de que en la argumentación de Sraffa circulan "cosas" pero no circulan "sujetos"; en otros términos, la impresión de que en la relación entre sujetos, que son en conjunto productores y consumidores, y objetos, que son en conjunto productos y bienes útiles, ha desaparecido aquí el primer término. Lo cual tiene consecuencias importantes, naturalmente sobre el segundo, que viene a asumir lo que Marx habría llamado una "objetividad espectral". Esto se refleja en el propio título del libro, del cual el contenido de la obra es por lo demás su precisa realización: ¿cómo es posible, qué sentido tiene que las mercancías sean producidas por otras mercancías, que de los objetos emerjan otros objetos, con el agregado de un "excedente", o sea, de un crecimiento material forzosamente misterioso?

Por cierto, no es ésta la impresión que se tiene leyendo a Smith y Marx, Marshall y Keynes, Walras y Pareto, Böhm-Bawerk y Schumpeter. Quizás la única excepción es precisamente Ricardo, del cual (no viene al caso, por lo tanto) Sraffa se colocó como descendiente y continuador. No obstante, Sraffa es indudablemente un clásico en el mismo sentido que los otros. Y hay que pensar que, entre los motivos que llevan a considerarlo como tal, hay como un sentido de liberación, deducido precisamente de aquella ruptura, en economía, de la relación sujeto-objeto. A su vez, este sentido de liberación pudo derivar de la desesperante diversidad de los modos en los cuales esa relación fue pensada por la ciencia económica en el curso de su vida, hoy ya no breve. Veamos algunos ejemplos. Los sujetos son clases sociales en Smith y en Marx, pero ¡cuán diferentes en ambos casos! En Smith existe aún el eco de la desigualdad natural entre los hombres, y las clases trabajadoras, que con su "productividad" soportan sobre sus espaldas a todo el resto de la sociedad, realizan no obstante una envidiable distinción social de funciones; y la "estupidez" derivada de la división del trabajo es requilibrada por el hecho de que ella con-

siente a los mismos trabajadores niveles de consumo que, entre los "salvajes", ni siquiera tenían los reyes. Para Marx, las clases de la sociedad capitalista son, por el contrario, el efecto último de la escisión entre el hombre y la naturaleza y los hombres entre sí; son la manifestación concreta del dominio de la cosa producida sobre el hombre productor, de la pérdida del trabajo como "primera necesidad", de la conversión del trabajo en accidente del medio de producción, y del consumo en puro mantenimiento de aquello que en el hombre no es propiamente humano. Pero esta idea, común a ambos y a los "clásicos" en general, de que los sujetos son clases sociales, cede el paso en la época del capitalismo maduro a la que sostiene que los sujetos de la economía son individuos. Sin embargo, aun aquí se piensa en la diversidad del *homo oeconomicus* de Marshall por aquello de Böhm-Bawerk: el primero, empírico e indefinidamente diferenciado según las innumerables funciones y clasificaciones de una sociedad transformada en extraordinariamente compleja; el otro, en cambio, rigidamente definido por su destino de construir un determinado "factor" originario de la producción. Mientras en Walras y Pareto todo el acento es puesto sobre el individuo en cuanto en él tiene lugar la organización de la relación (eventualmente "óptima") entre medios y fines. Y se podría continuar.

Por otro lado, el nexo sujeto-objeto es precisamente lo que en la ciencia económica está en la base de la teoría del valor, cuyas contradictorias vicisitudes han sido, por lo tanto, el reflejo fiel de los muchos modos, incompatibles entre sí, en los que tal relación fue concebida. Así, el valor smithiano como *labour commanded* ha expresado la función, asignada al capitalismo, de prolongar el trabajo sobre el cual se apoya la sociedad y por ello la división en su interior: en definitiva, el progreso. El valor marxista como objetivación del trabajo abstracto ha definido el punto en el cual se concentran todas las dimensiones, y las contradicciones, de la alienación. El valor marshalliano, como precio normal de largo período, ha dado la ley de la empresa como lugar en el cual encuentran su orden los de otro modo dispersos elementos de un mercado riquísimo de realidades diversas. El valor de Walras y de Pareto es la expresión de un equilibrio de la economía que pudo definirse óptimo respecto de la relación entre medios y fines; y el de Böhm-Bawerk es la expresión sensible e inmediata de los agentes profundos del proceso productivo "indirecto", es decir capitalista.

Ahora bien, la ruptura sraffiana de la relación sujeto-objeto es la ruptura con toda teoría del valor. Es como si ¡finalmente!

se dijera: las teorías del valor se empeñan todas por interpretar, de modos diversos y complicados, algo mucho más simple, o sea la relación (en sentido aritmético) en la cual las mercancías se transforman; pero esta relación pudo muy bien ser determinada sin plantearnos "qué hay detrás". De aquí la liberación de la cual hemos hablado. Pero sobre el sentido de esta liberación es necesario ponernos de acuerdo porque se trata de una separación de las teorías del valor en un sentido fuerte, es decir en el sentido de que la teoría de Sraffa es compatible con las esencias de todas (incluso compatible con los accidentes de muchas). Porque no creo que este punto sea usualmente aceptado doy un solo ejemplo: en lo que respecta a Böhm-Bawerk, el hecho de que Sraffa se trague la imposibilidad de medir el capital en términos de una magnitud única es bastante menos importante que el hecho de que la sraffiana "reducción a cantidad de trabajo datada" confirma la idea böhm-bawerkiana de la presencia, en el valor, del trabajo y de un elemento originario vinculado al capital, ya que el excedente de Sraffa podría muy bien ser tomado como punto de referencia para dar base racional a la famosa "tercera razón" que Böhm-Bawerk invocaba para explicar el interés.

Naturalmente, con esta renuncia a la teoría del valor se pierde mucho. Precisamente, se pierde la economía. Pero, teniendo en cuenta el estatus de la economía antes de Sraffa, está bien que esta pérdida haya sucedido; y por esto Sraffa es ya un clásico desde entonces. Él obliga, por razones que a esta altura son ya evidentes, a recomenzar todo desde el principio. Para este volver a empezar, Sraffa no da ninguna sugerencia, ni creo que quiera darla; tampoco estoy seguro de que considere como posible darla. Es preciso, no obstante, recomenzar; pero de manera que, asumiendo como punto firme las proposiciones de *Producción de mercancías por medio de mercancías* y todos los demás que puedan extraerse de él o que le sean homogéneos, se pueda, sin embargo, superar la tentación, hoy inevitablemente fuerte, de considerarlo como aquello en lo cual la consideración del hecho económico pueda resolverse sin residuos.

[“Ci obbliga a ricominciare tutto da capo”, en *Rinascita*, núm. 31, 4 de agosto de 1978.]

FABIO RANCHETTI

SI LA TEORÍA ECONÓMICA DUDA DEL CAPITALISMO

En la historia de la ciencia económica, para encontrar una obra "abstracta" como *Producción de mercancías por medio de mercancías* (1960), de Piero Sraffa, es necesario remontarse a la fundación misma de la ciencia: al *Traité économique* (1758) de François Quesnay. Por otro lado, esta abstracción es el resultado de un largo trabajo conceptual, guiado por una definida intención política y orientado a la comprensión del estado de cosas existente e históricamente determinado. Por ello, es necesario conocer el itinerario —teórico y político— de Sraffa, en el período de su formación.

Desde 1919 a 1930; desde el final de la primera guerra mundial al advenimiento y a la consolidación del fascismo; entre Turín, Milán, Londres, Cambridge y Moscú; a través de la amistad y la cárcel de Gramsci y el encuentro y la colaboración intelectual con Keynes: aquí se define el programa teórico de Sraffa. La crisis de la sociedad italiana no puede dejar de ser el centro y el interés del análisis, que se extiende de inmediato al examen del capitalismo como forma "general" de organización de la sociedad, de la función de la clase burguesa y de las reivindicaciones planteadas por el movimiento obrero a través de sus expresiones políticas y sindicales, de la experiencia soviética y de las perspectivas revolucionarias por ella abiertas en otros países. La "formación intelectual democrático-liberal de Sraffa" (Gramsci), alumno de Einaudi, encuentra, por un lado, el marxismo y la crítica del liberalismo de Gramsci, por el otro, el "nuevo liberalismo" y la crítica del comunismo de Keynes. De estas relaciones vive y se alimenta el pensamiento de Sraffa. En efecto, la conciencia de la "organicidad" de la crisis, o sea el hecho de ser al mismo tiempo totalizante y radicada "en las bases económicas de la situación", la necesidad de distinguir entre sus elementos permanentes y aquellos ocasionales, junto a la necesidad de no reducir política a economía: éstos son todos motivos gramscianos que se vuelven a encontrar en Sraffa. En una correspondencia desde Londres, aparecida el 4 de agosto de 1921 en *L'Ordine nuovo*, Sraffa escribía: "la mayor vo-

POR QUÉ "REDESCUBRI" LA OBRA DE RICARDO

En 1927, cuando Sraffa tenía treinta años y arribaba a Cambridge, la economía anglosajona era dominada por el pensamiento de Marshall. Pero en todas partes, en Europa como en América, la economía marginalista en sus variadas formas reinaba sin cuestionamientos con su teoría subjetivista del valor y sus implicaciones antisocialistas. Sraffa mismo ha adquirido notoriedad en el mundo anglosajón con la publicación, en el *Economic Journal*, ocurrida el año anterior, de un artículo de crítica a la teoría marshalliana del valor. Pero ya desde las primeras reacciones a este trabajo resulta clara la necesidad de ir más a fondo, afianzando la crítica de la teoría marginalista con la reconstrucción de una posición alternativa, la de los economistas clásicos y de Marx. Así toma cuerpo una investigación más que treintenaria, que desembocará en *Producción de mercancías por medio de mercancías* (1960) y, pocos años antes (1951-1955), en la edición sraffiana de las obras de Ricardo, el mayor de los economistas clásicos.

Las dos obras marchan paralelas y son complementarias. Con *Producción de mercancías por medio de mercancías*, en efecto, Sraffa, además de aportar las bases para una crítica de la teoría marginalista del valor, resuelve de manera total un problema analítico con el cual los economistas clásicos se habían enfrentado en vano y que había sido usado preferentemente en función crítica por sus adversarios: la determinación de los precios de producción y de la relación interrecurrente entre ellos y las variables distributivas, salario e interés de la ganancia. Con la edición de las obras de Ricardo, Sraffa replantea la posición económica de los clásicos, basada en el concepto de excedente, sustrayéndola del olvido y de las interpretaciones desviantes de la escuela marginalista.

Cuando en octubre de 1928 Sraffa inicia un curso de lecciones sobre la teoría del valor, Ricardo ocupa en la mente de los economistas un lugar bastante distinto del que nosotros hoy le atribuimos. Precursor impreciso y parcial de la teoría moderna, como lo deseaba Marshall, o responsable de una perniciosa desviación de la economía por el camino de la verdadera ciencia, como lo

indica Jevons, Ricardo suscita escaso interés. Cuanto más, se recuerda la teoría ricardiana de la renta como progenitora del principio de la productividad marginal decreciente; o la teoría ricardiana de la moneda; o, incluso, la teoría del comercio internacional basada en los principios de los costos comparados. La teoría ricardiana del valor trabajo es en general descuidada por los teóricos, y recordada por los historiadores del pensamiento sólo como objeto de interés arqueológico; la concepción ricardiana del proceso económico, basada en el concepto de excedente, está completamente sumergida.

En esta atmósfera cultural, la Royal Economic Society, sin siquiera atribuir demasiado peso al proyecto, confía en 1928 el encargo de preparar una edición de las obras de Ricardo a un historiador económico interesado en los problemas monetarios, el profesor Gregory de la Universidad de Londres. El mismo Gregory no se empeña a fondo en la obra y acepta de buen grado, en 1930, pasarla a manos de Sraffa (una vez más, como ocurrió con su llamada a Cambridge, los buenos oficios de Keynes fueron esenciales). El economista italiano trabaja con entusiasmo y exasperante tenacidad: la publicación de la obra es anunciada más de una vez como inminente, mientras, junto a su trabajo sobre los textos disponibles, Sraffa emprende una verdadera y personal "cacería del manuscrito", ayudado en esto por Keynes, quien interviene también para frenar las protestas del editor por los retrasos de la obra. En julio de 1943 son encontradas las importantísimas cartas de Ricardo a James Mill junto con otros manuscritos, entre los cuales figura el fundamental ensayo sobre "Valor absoluto y valor de cambio", en el que Ricardo había trabajado en las últimas semanas de su vida. Con la ayuda de Maurice Dobb en las fases finales del trabajo, la empresa concluye entre 1951 y 1955 con la publicación, en diez volúmenes, de los *Works and Correspondence of David Ricardo*, en una edición crítica que, según el reconocimiento unánime de amigos y enemigos ideológicos, representó un modelo de rigor filológico.

En compañía de los textos editados, el aparato de notas y, sobre todo en el primer volumen, la introducción de Sraffa a los *Principles of Political Economy and Taxation*, restituyen a Ricardo (y, a su vez, a todo el filón de la economía clásica) un lugar central en la teoría económica, liberando la interpretación de su pensamiento de las falsificaciones de las lecturas en claves marginalistas.

Simplificando drásticamente la exposición de Sraffa, podemos distinguir en Ricardo dos fases analíticas sucesivas. La primera

culmina en el "Ensayo sobre el bajo precio del grano" (1815), en el cual Ricardo emplea lo que hoy se denomina "modelo de un solo bien": una cierta cantidad de grano utilizada como medio de producción (semillas y salarios de subsistencia para los trabajadores empleados en el proceso productivo) permite obtener una cantidad de grano mayor; reconstituidas las provisiones iniciales de medios de producción, se tiene así un excedente que va a las clases propietarias (como ganancia a los capitalistas y como renta a los propietarios de tierras). Si se utilizan tierras con distintos grados de fertilidad, la competencia entre los capitalistas por obtener en arriendo las tierras mejores hace que por ellas se pague una renta igual a la diferencia entre el excedente obtenible de ellas y lo obtenible sobre la peor de las tierras en cultivo. Cuando con el aumento de la población se ponen en cultivo tierras menos fértiles, el excedente sobre la tierra peor disminuye y disminuye así también la tasa de ganancia, mientras aumentan las rentas y el salario queda invariable, en términos reales, al nivel de subsistencia. La acumulación, que depende de las ganancias, se ententece. Para favorecer a los capitalistas (y por lo tanto al desarrollo económico) en el enfrentamiento con los propietarios de tierras sobre la distribución del excedente, es necesario favorecer la importación de grano: de aquí el liberalismo de Ricardo.

En la segunda fase, la de los *Principios de economía política* (1817), Ricardo abandona el "modelo de un solo bien", presionado por las críticas de Malthus, y adopta la teoría del valor trabajo allí contenida (según la cual el valor de cada mercancía está dado por la cantidad de trabajo directa o indirectamente necesario para su producción) para medir excedente y capital anticipado y obtener así la tasa de la ganancia como relación entre dos agregados de mercancías heterogéneas. La teoría del valor desempeña en este sentido un papel subordinado y funcional a la teoría de la distribución, permitiendo a esta última poner en relieve el contraste de intereses entre las clases sociales (trabajadores, capitalistas, propietarios de tierras) por la distribución del excedente. Sin embargo, en el interior de la teoría del valor queda abierto un aspecto que Ricardo afronta ya en los *Principios* y, de manera más directa, en sus últimos escritos: el de la "medida invariable del valor", y de la relación entre valor absoluto y valor de cambio. En su introducción a los *Principios*, Sraffa brinda al respecto una contribución no sólo interpretativa sino también teórica de notable relevancia: una contribución que hasta hoy no ha suscitado toda la atención que merece, como ocurre respecto al problema de la relación entre la economía clásica y Marx. Como demuestra Sraffa,

Ricardo atribuye conjuntamente a la "medida invariable" dos significados que son al mismo tiempo distintos: el de ser un valor invariable (respecto a los propios medios de producción) cuando cambia la distribución del rédito entre salarios y ganancias, sin tener en cuenta la tecnología; y el de ser un valor invariable respecto a los cambios de la tecnología. Diferenciados los dos problemas, Sraffa mostrará en *Producción de mercancías por medio de mercancías* cómo es posible resolver el primero. Respecto al segundo está claro que su valoración en términos de trabajo contenido conserva un significado, pero es también claro el riesgo de ventas metafísicas o subjetivas que el problema puede asumir (el trabajo como "sacrificio y fatigas").

En efecto, la importancia de la edición sraffiana de las obras de Ricardo (como la de *Producción de mercancías por medio de mercancías*) no puede ser subestimada como en forma simplista se ha hecho a veces, recordando los problemas que luego de ella quedan abiertos. Desenterrando la estructura analítica del pensamiento ricardiano del olvido y de la deformación del marginalismo, Sraffa ha dado un primer y decisivo paso en el camino que conduce a Marx. Al hacer esto (y por hacer esto), con el trabajo conjunto sobre la edición de las obras de Ricardo y su *Producción de mercancías por medio de mercancías*, Sraffa ha modificado las perspectivas de la teoría económica.

[“Perche ‘riscopri’ l’opera di Ricardo”, en *Rinascita*, núm. 31, 4 de agosto de 1978.]

ENTRE WITTGENSTEIN Y KEYNES

¿Cuál es el núcleo metodológico de *Producción de mercancías por medio de mercancías*? Según Lunghini, en un ensayo relevante por la formulación del problema de la racionalidad, en general, del pensamiento económico contemporáneo, Sraffa echaría por tierra rigurosamente al *Tractatus* wittgensteiniano. *Producción de mercancías por medio de mercancías* —como el título mismo, provocativamente, lo indica— analiza el mundo de la producción como mundo físico, no humano, y se rige, consecuentemente, por la exclusión “del campo de investigación de cuanto no puede ser reducido a álgebra” (Lunghini). Sraffa demostraría la incompatibilidad lógica entre una teoría económica *qua* Teoría, y cualquier sistema de economía política, de Political Economy: “proposiciones teóricas y proposiciones políticas no pueden coexistir en un sistema”. El rigor formal es razonable sólo ascéticamente: renunciando a las sirenas del realismo y de la representatividad. Como es natural, la fidelidad al *Tractatus* comprende también las últimas normas que allí eran enunciadas: es necesario reconocer lo poco que se ha dicho cuando todo lo que es decible en términos lógicos rigurosos ha sido finalmente dicho. Quien alimente la quimera de una Teoría en condiciones de dar cuenta sistemáticamente de los procesos económicos reales demuestra sólo su propia debilidad en lógica.

Si consideramos el ambiente cultural en el que madura la obra de Sraffa y los contemporáneos desarrollos del pensamiento de Wittgenstein, esta interpretación nos parece encontrar graves dificultades. Es bastante paradójico que Sraffa tenga así presente el modelo del *Tractatus* precisamente en el período en el cual Wittgenstein —influido también por el mismo Sraffa y, seguramente, por Ramsey, que es recordado en el “Prefacio” de *Producción de mercancías*— lo estaba sometiendo a una crítica radical. Lo más importante: si el núcleo metodológico de Sraffa fuese individualizable en el *Tractatus* de aquí derivaría una diferencia absoluta entre racionalidad sraffiana y racionalidad keynesiana. Si asumimos la referencia al *Tractatus* de modo riguroso, el universo de lo

decible coincide con las propuestas científicas de la ciencia de la naturaleza, y lo que es indecible y de lo cual es preciso callar es precisamente lo que no puede ser reducido a magnitud física descriptible y medible. Debemos mantener el silencio sobre lo que no es posible decir *sensatamente*. Y su ámbito coincide en realidad con el de lo “demasiado humano”.

En nuestra opinión la idea misma de la construcción de la teoría económica sobre el modelo físico-determinista constituye el blanco de la crítica keynesiana. ¿Es posible en Keynes extirpar teoría *qua* Teoría por un complejo de estrategias discursivas, de operaciones y prácticas lingüísticas, teniendo en cuenta la visión de los procesos y de las relaciones económicas? ¿Cuál es la constitución de estas estrategias y de estas operaciones? Si lo que en *Producción de mercancías* no se dice quizás por aquello de que es *sensatamente* indecible, ¿no debería esto constituir una crítica negativa radical a la racionalidad de la *Teoría general*?

Las relaciones entre las variables que se expresan en Keynes aparecen intrínsecamente indeterminables, en el sentido de que ellas aparecen irreducibles a relaciones físicas, algebraicamente descriptibles y previsibles. Ellas se disponen temporalmente y sus resultantes dependen de un juego de expectativas, intenciones, alternativas, que nos impiden toda perfecta “visibilidad” (transparencia-previsión). Lejos de referirse a una realidad y de asumir gracias a esta relación física su significado, cada variable aparece aquí asumida como *signo*, cuyo valor informativo es de por sí nulo y que sólo en el interior de un sistema es capaz de comunicar. El significado de la palabra —para parafrasear al Wittgenstein de *De la certeza*— depende del modo en que se usa. La transformación del sistema —o de los cometidos originarios— hace variar completamente el sentido de la relación entre dos variables y da lugar a efectos separados. De este modo, aquí no se da Teoría general *qua* Teoría, sino “un método orgánico y ordenado para razonar los problemas particulares” (Keynes).

Esta estrategia cognitiva, que el pensamiento económico encuentra conscientemente con Keynes (editor de Hume, estudioso de la probabilidad), centrada en la crítica misma de la posibilidad de separar absolutamente la forma rigurosa-lógica del “Yo sé” de los múltiples juegos lingüísticos en los cuales ella puede aparecer tan inquestionable como en la matemática, es dominante también en los trabajos del Wittgenstein de Cambridge y, en particular, en *De la certeza*: “Muchas veces somos hechizados por una palabra. Por ejemplo, por la palabra ‘saber’” (Wittgenstein) —pero existen proposiciones “con las cuales ‘me contento’” (“We are satisfied

that the earth is round"), que funcionan, por las cuales "tenemos un apoyo similar al de aquellas que vuelven incuestionables las proposiciones de la matemática", pero cuya razón deriva del hecho de que "pertenecen a una comunidad que es al mismo tiempo propiedad de la ciencia y de la educación". "A la certeza de las proposiciones empíricas no se puede contraponer la certeza matemática. En efecto, la proposición matemática ha sido obtenida por una serie de operaciones que no se distinguen de ninguna manera de las operaciones del resto de la vida, y están igualmente expuestas al olvido, al abandono, a la ilusión." (Wittgenstein.) Pero entonces, si Sraffa se atuviera rigurosamente al *Tractatus*, ¿no debería limitar el uso del término Saber a las proposiciones matemáticas? ¿No debería dividir entre certeza y el mundo de las informaciones económicas y políticas, de las expectativas, alternativas, conflictos que lo integran, y considerarlo como el mundo de lo meramente opinable, en el cual no puede haber ninguna forma de certeza y, del cual, por lo tanto, es mejor guardar silencio?

No creo de ningún modo que sea ésta la dirección del movimiento sraffiano. Más aun, a este respecto creo que dicho movimiento es comprensible sólo en el ámbito de este Keynes y de este Wittgenstein. Por el hecho de resolver rigurosamente algunos problemas de teoría, Sraffa no intenta mínimamente *desvalorizar* modos de operar y estrategias lingüísticas fundadas lógicamente. Sraffa cumple esta operación de higiene, en este campo de las posibilidades lingüísticas. Con esto él define rigurosamente el ámbito y la posibilidad. Pero ningún "hechizo" por la palabra Saber. Aquí se trata de una operación funcional, mientras que en el *Tractatus* la delimitación de lo decible es en realidad la delimitación de todo lo decible y el sistema se realiza en la individualización de normas precisas (así como éticamente desarrollables).

Si *Producción de mercancías* presenta este núcleo metodológico, lo que en él no está dicho no puede ser entendido como aquello de lo cual no se da ninguna certeza. La rigurosa delimitación de su campo significa que quedan muchos juegos posibles que aquí no son jugados. Sobre ellos no se da juicio de valor (y el predica aquí intacta su posibilidad). La política económica mantendría entonces nos prohíbe no es la de que se pueda hablar sensatamente hablar como de un Saber, y cuyos nombres tendrían una relación homóloga con los elementos de la realidad. Lo que *Producción de mercancías* nos prohíbe es hablar de objetividad de la política económica.

Pero hay algo más: las operaciones y las estrategias que veremos desarrolladas en lo "demasiado humano" de la política económica tienen forma distinta a la que aquí nos compete. La forma de la política económica no se deduce linealmente por un set de proposiciones teóricas de base. Entre las certezas que *Producción de mercancías* establece y las claridades-certezas del discurso políticoeconómico, ningún esquematismo lineal es posible. La extirpación de la teoría del "mundo de la vida" que parece proponernos en *Producción de mercancías* indica, en realidad, la diferencia formal interrecurrente entre proposición teórica y proposición políticoeconómica: la imposibilidad de volver a encerrarla de nuevo en un solo sistema, pero, al mismo tiempo, la posibilidad de dar orden también en la "recámara" de lo políticoeconómico —de cambiar juego y poderlo "operar" sensatamente. ¿Cuál podrá ser el espacio de las certezas y de la "verdad" de la economía política una vez salvada del olvido del Saber? Exactamente aquello —keynesiano y wittgensteiniano— donde el significado de una palabra consiste, rigurosamente, en el modo de su empleo y va confrontado con la función de un empleado —donde es imposible aclarar fuera del conjunto de las proposiciones el significado que asumen los diversos signos. Fuera del sistema significa: abstrayéndolo de las consideraciones, de las intenciones, expectativas, alternativas de los sujetos que hablan economía política. El concepto de juego cumple una función importante al poner en orden este razonamiento, pero con la condición de que nos delimite incluso más precisamente el ámbito. En el lenguaje utilizado por la política económica no se trata de elecciones entre alternativas dadas, ni podemos asumir que la información, en su inicio, sea distribuida equitativamente entre los distintos jugadores. Esta desigualdad vuelve preponderante, en este juego, el rol de la "sorpresa" (como vuelve aclarado Shackle), y por lo tanto, más rápido y desigualmente distribuido en el tiempo, el transformarse de las mismas reglas. Todo esto es altamente complejo, pero absolutamente decible, razonablemente decible, sin necesidad de recurrir a oscilantes arbitrarias. Pero queda claro que esta política económica —una política económica así "in-fundada"— es razonablemente decible: conjunto de intenciones, expectativas, analogías al uso, elecciones en-nombre-de, es decir lo más alejado de toda presunción acritica de Saber objetivo, de realismo físico importado de contrabando por obsoletos modelos de ciencia de la naturaleza.

[“Tra Wittgenstein e Keynes”, en *Rinascita*, núm. 31, 4 de agosto de 1978.]

PIERANGELO GAREGNANI

FÓRMULAS MÁGICAS Y POLVO DE ARSÉNICO

1. Quisiera comenzar con algunas consideraciones sobre el artículo en el que Claudio Napoleoni reproduce su comunicación en el seminario de Módena [véase pp. 15-29 del presente volumen] para pasar luego a la diferenciación entre trabajo abstracto y concreto en Marx, aparecida en algunas intervenciones, y proceder finalmente a replicar a mis críticos. El artículo de Claudio Napoleoni me parece un buen ejemplo de lo que afirmé en mi artículo [véase pp. 30-64]: o sea un ejemplo de cómo las interpretaciones defensivas que la tradición marxista ha dado de la teoría del valor trabajo son usadas en la actualidad para argumentar que la solución más aceptada, suministrada en años recientes, al problema marxista del valor traería aparejada, paradójicamente, una "crisis" de la "crítica de la economía política" de Marx.

Las opiniones de Napoleoni acerca de qué constituye una correcta determinación de las ganancias y de los precios dentro de las teorías del excedente se han modificado con el tiempo, pero el punto crucial de su posición sigue siendo la idea de que en Marx la teoría del valor trabajo "trasciende" tal determinación. Esta teoría, efectivamente, habría sido esencial (no sólo respecto a la teoría de explotación del trabajo en una sociedad capitalista —véase la parte III de nuestro artículo) como base de categorías tales como la de trabajo abstracto, "totalmente esclarecedoras respecto a la sustancia de la realidad capitalista", aun si, como advierte Napoleoni, "no tanto como para sostener un análisis económico riguroso".

Veremos más adelante si el concepto del trabajo abstracto es en verdad incapaz de sostener un análisis económico riguroso. Lo que nos interesa en este momento es anotar cómo para Napoleoni es suficiente afirmar que la determinación marxiana de los precios de producción es errónea para extraer la conclusión de que "la

esfera económica [...] tiene una posibilidad de funcionamiento, una estabilidad histórica que va mucho más allá de lo que el marxismo haya imaginado": una estabilidad tan buena que ha sido capaz de promover al sujeto en cuestión, o sea el capitalismo, a "esfera de la economía" sin adjetivos, y que, como tal, nos veríamos inducidos a considerar insuperable.

2. Pero estas opiniones sobre precios de producción y "estabilidad histórica" del capitalismo no impiden a Napoleoni el satisfacer aun aquellas exigencias de condena del capitalismo para las que solía servirse de la teoría del valor trabajo: para ello le basta con incluir dentro de un "espacio filosófico" la teoría del valor, expulsada de esta manera de la ciencia de la economía. Naturalmente, él se da cuenta de que tal "admisión" filosófica del valor trabajo puede repugnar a "quien se mueve dentro del marxismo", pero sostiene que tal repugnancia es tan sólo el fruto de un error. ¿Cómo puede pretenderse, se pregunta Napoleoni, "que una realidad alienada y por lo tanto contradictoria como el capitalismo pueda ser objeto tan sólo de un análisis científico, el cual nunca se plantea el problema de enderezar el propio objeto?" (*Repubblica*, 9 de febrero de 1978).

La pregunta que Napoleoni se hace aquí es bastante sorprendente, como lo es toda la argumentación que ésta debería apoyar. ¿Quizás Napoleoni quiere sostener que, por ejemplo, el estudio de las "mutaciones" biológicas debería ser excluido de la ciencia y ser admitido, por el contrario, dentro de un "espacio filosófico"? Las mutaciones, en efecto, no conciernen "a lo que es" sino, para decirlo como le gustaba a Marx, a "la transición de una a otra forma, de un orden de interrelación a otro" (*El capital*, cit. 1/1, p. 18) o, a la manera de Napoleoni, al "enderezamiento" de la realidad (que es sin embargo —obsérvese— una "subversión" de la realidad, si en lugar del punto de vista de la especie naciente escogemos el de una especie destinada a desaparecer a causa de la nueva).

Pero con todo lo que pueda decirse acerca de los estrechos límites en que Napoleoni quisiera encerrar a la ciencia, el lector de *Rinascita* puede ver ya, fácilmente, lo poco que la crítica del capitalismo suministrada por Napoleoni tiene que ver con las ideas de aquel Marx para quien "las tesis teóricas de los comunistas no se basan en absoluto en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo" (*Manifiesto del Partido Comunista* [en Marx y Engels, *Obras escogidas*, cit., vol. I, p. 422]).

3. Algunas dudas sobre los límites trazados por él mismo a la ciencia parecen, sin embargo, molestar no obstante a Napoleoni. Él siente, en efecto, la necesidad de agregar que "si en lo que es, fuese posible demostrar una tendencia necesaria al derrumbe, esto [...] por lo menos ofrecería, por decirlo así, una contribución de la ciencia a la formación de la teoría de la revolución. Pero si existe un punto en el que la consideración económica de la realidad capitalista por parte del marxismo fracasa es justamente en la demostración del derrumbe".

Como dice Voltaire, se puede matar un rebaño de ovejas con fórmulas mágicas... si además se agrega un poco de arsénico. Así, Napoleoni reprocha a Marx el no ver que procediendo "del valor al trabajo [...] sólo pueden hallarse cosas" por cuanto el trabajo ya se habría "perdido en el objeto" (lo cual, que nos disculpe Napoleoni, se parece un poco al uso de fórmulas mágicas), pero luego pasa al letal arsénico del "fracaso" de Marx en sus argumentaciones sobre la característica transitoria del capitalismo.¹ Sin embargo, no parece que la dosis de arsénico suministrada sea todavía letal. A la frase que hemos visto le siguen algunas líneas sobre la "falsa ley de la caída de la tasa de ganancia", sin que Napoleoni proceda a otras proposiciones como, por ejemplo, la concerniente a la imposibilidad del capitalismo de funcionar a largo plazo en ausencia de un ejército suficiente de trabajadores desocupados; o la relativa a la concentración del capital; o también, y más ampliamente, las que conciernen a la lucha de clases, sobre las que Marx basaba, no menos que sobre la caída tendencial de la ganancia, su confianza en el carácter transitorio del capitalismo. Naturalmente, el examen de tales proposiciones es una larga tarea. Además, como nos lo recuerda Vitello en su intervención [*Rinascita*, núm. 33, 1978], y como los muchos intentos que se sucedieron durante más de un siglo han demostrado, la cantidad de veneno que tal examen permitirá suministrar a Marx es bastante imprecisa. Pero justamente de aquí proviene quizás la tentación de aferrarse a las imperfecciones de la determinación marxiana de los precios, bien conocidas, éstas, desde hace casi un siglo.

4. Un uso análogo de las tradicionales interpretaciones defensivas del valor trabajo para argumentar la "crisis" de la teoría econó-

¹ El uso del término "derrumbe" en el párrafo de Napoleoni podría hacer pensar en un fin del capitalismo independientemente de una intervención responsable de la clase obrera. Esta interpretación de Marx sería naturalmente gratuita: lo que se discute es sólo si existen o no fuerzas objetivas capaces de determinar tal intervención consciente.

mica de Marx parece caracterizar la intervención de Lucio Colletti [véase pp. 75-83]. En efecto, Colletti insiste en ver la ley marxiana del valor como base de la "teoría del fetichismo", para sostener más adelante que "admitir la teoría del fetichismo, pero no la teoría del intercambio en base al trabajo incorporado, es como admitir lo cóncavo sin lo convexo". La falta de fundamento del valor trabajo traería aparejada, según él, la caída de toda la "crítica de la economía política" de Marx, que estaría constituida en realidad por la mencionada "teoría del fetichismo".

En nuestro artículo [véase parte II] habíamos tratado, sin embargo, de señalar el verdadero contenido de la noción de "fetichismo" en Marx, y su sustancial independencia del valor trabajo: a éste podemos aun remitir al lector puesto que Colletti no ha replicado a tales argumentos. Habría que preguntarle a Colletti, respecto al párrafo recién citado, si realmente piensa que la validez de proposiciones como la que sostiene que en el capitalismo es "el producto el que comanda al productor, valor que el trabajador atribuye a sí mismo [...] inversión fetichista" puede depender de la igualdad de las composiciones orgánicas del capital —la cual, si fuese comprobada, implicaría justamente el "intercambio según el trabajo incorporado".²

* También podría preguntársele a Colletti si piensa que una hipotética igualdad de las composiciones orgánicas haría aparecer de improviso una explotación capitalista del trabajo que, de otro modo, no tendría lugar: en efecto, en su intervención parece afirmar que la explotación puede ser demostrada sólo sobre la base de la teoría del valor trabajo. Por otra parte, Colletti no replica a los argumentos con los que sostuvimos [véase parte III] que la existencia o no de la explotación es una cuestión que concierne a la teoría económica en su totalidad y no a las específicas relaciones cuantitativas en las que las mercancías pueden o no ser intercambiadas.

En un comentario de los *Quaderni della Rivista trimestrale* (núm. 54) sobre el seminario de Módena, Andrea Boitani nos atribuye la idea de que "la explotación es una realidad posibilitada únicamente por el hecho de que el sistema económico produce un excedente" (*Quaderni...*, p. 85), ignorando así por completo nuestra verdadera tesis. El comentario, de todos modos, sigue con igual desenvoltura afirmando que si la teoría del valor trabajo fuese real, "sería posible decir que... las ganancias... [son] trabajo no pago" y esto, presten atención, no obstante que el "empresario capitalista... sea... un individuo que no ahorra energías para la valorización del capital". Tanto es así que cuando éste no "se ocupa personalmente de la organización del proceso productivo", será sólo porque estará ocupándose de la "gran política industrial" (*Quaderni...*, pp. 90-91). Sin embargo, puesto que la teoría del valor trabajo no ha sido verificada, Boitani, penosamente, concluye: "en virtud de qué derecho los capitalistas se apropian del excedente... éste sigue siendo un problema abierto, de difícil solución a nivel científico". ¡Es real-

(De este tipo de dificultades parece darse cuenta, por el contrario, Vianello [véase pp. 65-74], quien aun pensando también que una "teoría del fetichismo" así concebida constituye la esencia de la "crítica de la economía política" de Marx, visualiza luego a esta teoría como independiente del valor trabajo. Por otra parte, Vianello parece sostener, extrañamente, que Marx no se daba cuenta de esta independencia, y afirmaba el "valor trabajo" como base necesaria de su noción de fetichismo "más allá de toda consideración de las relaciones de intercambio entre las mercancías, y de las fuerzas que las gobiernan".)

En su intervención, como en su más reciente trabajo, Colletti parece encontrar, sin embargo, un testimonio contrario al carácter erróneo de la "crítica de la economía política" de Marx, inclusive en el hecho de que el fundamento oculto de ésta residiría en la "dialéctica", la cual, heredada de Hegel, habría alejado a Marx de la ciencia. En particular el valor trabajo, "esta teoría una-doble (del valor y de la 'alienación' al mismo tiempo)", no sería otra cosa que "una teoría de la contradicción dialéctica". No es nuestra tarea aquí discutir en detalle esta tesis, pero es necesario anotar cómo Colletti parece no comparar esta interpretación suya de la "dialéctica" de Marx, con la que el mismo Marx da en el epílogo de *El capital* cuando la ve descrita con exactitud en el siguiente párrafo de un crítico ruso: "Para Marx [...] no sólo le resulta importante la ley que gobierna [los fenómenos] en cuanto poseen una forma finita y forman parte de un nexo observable en un período de tiempo determinado. Para él es importante, además y sobre todo, la ley [...] de su desarrollo, vale decir, la transición de una a otra forma [...] de un orden de interrelación a otro" (*El capital*, cit., I/1, pp. 17-18).

No es claro por qué este método dialéctico (en cuanto que distinto de la "teoría una-doble, del valor y de la alienación al mismo tiempo", del que Colletti, más que Marx, se sirvió durante tanto tiempo) sea incompatible con la ciencia.

II

5. En nuestro artículo, habíamos discutido la presuntas conexiones del valor trabajo con el fetichismo y la explotación [véase

mente providencial, se nos antoja pensar, que la desigualdad de las composiciones orgánicas del capital permitan esperar, al ya citado "empresario capitalista", el reconocimiento "a nivel científico" de sus muchas y variadas actividades!

partes II y III, respectivamente]. Sin embargo, no habíamos tratado la distinción marxiana entre trabajo concreto y trabajo abstracto, a la que Colletti ve como "dirigida a explicar la manera como se produce el fetichismo" (*Ideologia e società*, cit., p. 106) y que vuelve a evocar en su intervención, viéndola, al igual que Vianello, como fundamento para afirmar contenidos de la teoría del valor trabajo no relacionables con la determinación de la tasa de ganancia y de las relaciones de intercambio. Por lo tanto, debemos ocuparnos de ella, aunque sea brevemente.

El punto central de la cuestión creemos que está en el hecho de que la diferenciación entre los dos caracteres del trabajo nace de una profundización de la distinción ricardiana entre "valor" y "riqueza", llevada a cabo por Marx para aclarar errores y confusiones características del análisis económico contemporáneo a él. En el capítulo XX de los *Principles*, dedicado a esta diferenciación suya, Ricardo había comenzado señalando cómo "muchos errores en economía política han derivado de equivocaciones al respecto, al considerar que un aumento de riqueza es lo mismo que un aumento de valor" (Ricardo, *Principios*, México, FCE, 1959, p. 206), y luego tomó en consideración la acusación de J. B. Say a Smith de "haber pasado por alto al valor que los agentes naturales y la maquinaria dan a las mercancías" (Ricardo, *op. cit.*, p. 214) y esto porque Smith había sostenido que "el valor de toda cosa proviene del trabajo del hombre" (Ricardo, *op. cit.*, p. 213).

A esta acusación de Say, Ricardo contestó que, para Smith, el "valor" que es "atribuido" a la mercancía por agentes naturales y la maquinaria es *valor de uso* y no *valor de cambio*; estos agentes, en efecto, "nos favorecen puesto que hacen aumentar la cantidad de productos y, haciendo aumentar el valor de uso de los mismos, hacen a los hombres más ricos, sin embargo, considerando que su acción es gratuita, y que no es correspondida por el aire, el calor y el agua de que no servimos, la ayuda que éstos nos dan no hace aumentar en absoluto el valor de intercambio" (Ricardo, *op. cit.*, p. 212).

Esta contestación de Ricardo, sin embargo, no parece muy convincente: en efecto, ¿por qué identificar los servicios de "agentes naturales" y de "maquinarias" a los que se había referido Say, y por los cuales, por supuesto, se hacen pagos a sus respectivos propietarios, con los servicios completamente gratuitos "del aire, del calor y del agua"? Así, Marx observa cómo Ricardo se debe ocu-

* En realidad, Ricardo parece referirse aquí a "máquinas" y tierra como simples instrumentos para la utilización de fuerzas naturales que, como tales, actúan gratuitamente.

par "fatigosamente" a lo largo de todo ese capítulo de las "trivialidades de un Say", y localiza el origen de las dificultades de Ricardo mismo en la falta de una clara diferenciación entre los dos tipos de trabajo, que Say confunde en sus mencionadas acusaciones a Smith (*El capital*, cit., I/1, pp. 97-98, nota).

Para Ricardo y para Marx, en efecto, las mercancías se intercambian según relaciones determinadas (en última instancia) por las cantidades de trabajo incorporado, y es en este preciso sentido que el trabajo —considerado aquí como pura cantidad, y por lo tanto de *calidad* uniforme, o sea "general, abstracto"— es el (único) "creador" del *valor de cambio*.

Pero existe una segunda "característica" del trabajo; la que se pone de manifiesto en el proceso de trabajo, donde como "trabajo útil concreto", éste "crea" *valor de uso*. Respecto al trabajo concebido de esta manera, Marx sostiene que "es inexacto decir que el trabajo creador de valores de uso es la *única* fuente de la riqueza" (*Contribución a la crítica de la economía política*, cit., p. 25), y alaba, por el contrario, a William Petty por haber llamado "al trabajo el padre, y a la tierra, la madre de la riqueza" (Marx, *op. cit.*, p. 24; cf. también *El capital*, cit., I/1, pp. 53-54).

Marx considera la idea de Say acerca del valor que a las mercancías es dado por agentes naturales y máquinas como el resultado de una confusión entre los dos tipos de trabajo, por lo que Say atribuye la creación del valor de cambio no al trabajo abstracto sino, más bien, al trabajo concreto, que, como tal, crea valor (¡de uso!) *conjuntamente* con la tierra y las máquinas, y *no por sí solo*.

6. La importancia de todo esto para Marx puede ser mejor comprendida cuando se advierte que las "trivialidades de un Say" eran en realidad las que caracterizaban a toda la "economía política vulgar", con su "fórmula trinitaria", y de allí todo el movimiento de alejamiento de la teoría de Ricardo, que comenzó en los años subsiguientes a la muerte de éste. Habíamos visto en nuestro artículo [véase parte I] cómo aquella "fórmula trinitaria" según la cual, "trabajo, tierra y capital pueden acrecentar con su rivalidad el valor del producto", prosperó merced al ocultamiento del vínculo salarios-ganancias que fue consecuencia de las dificultades enlozadas por Smith para medir el valor. Veamos ahora las que, según Marx, eran las raíces de tales dificultades y ocultamiento, o sea la confusión entre trabajo concreto, que "crea" valores de uso *conjuntamente* con los recursos naturales y los medios de produc-

ción, y el trabajo abstracto que, por el contrario, crea *por sí solo* el valor de cambio.⁴

Se puede comenzar a ver cómo el reconocimiento del "carácter doble del trabajo" constituye para Marx el fundamento mismo sobre el que se basa, implícitamente, la medición en trabajo del valor, y por lo tanto el descubrimiento "clásico" de la "conexión íntima de las relaciones económicas burguesas", o sea de la relación antagónica entre salarios y ganancias. También puede comenzar a verse en qué sentido, exactamente, podía Marx considerar a ese reconocimiento como uno de los puntos en que se encerraba "lo mejor" de su libro (cf. la carta a Engels del 24 de agosto de 1867). Que es, además, el sentido en el que había escrito: "El análisis de la mercancía como trabajo en doble forma [...] [es] el resultado crítico final de las investigaciones cumplidas durante más de ciento cincuenta años por la economía política clásica" (*Contribución a la crítica de la economía política*, cit. p. 43).

7. El mismo significado estrictamente analítico de la diferenciación entre trabajo concreto y trabajo abstracto emerge luego de los párrafos en los que Marx se refiere a ella para encontrar el origen del error por el cual, a partir de Smith y llegando hasta los contemporáneos de Marx, se tendía a ignorar "la parte constante del valor del producto anual" (o sea, en la terminología de la

⁴ En tal situación teórica de transición, parece encontrar su explicación, también, la importancia que Marx atribuía a la representación del salario como "valor de la fuerza de trabajo" más que como "valor del trabajo". La segunda fórmula incluía, más o menos conscientemente, la idea de que el salario pudiese medir el valor que el trabajo da a las mercancías. Tal como Marx escribe, el hecho de que, "desde el punto de vista del mero intercambio, el salario del obrero tendría que ser igual al valor del producto [...] es a tal punto una consecuencia necesaria que A. Smith incurre en ella", y si Ricardo, por el contrario, logra mantenerse en la ruta correcta, es sólo a costa de la "incoherencia lógica" de un valor del trabajo que es inferior al valor creado por ese trabajo (*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, cit. t. 2, p. 53). La representación del salario como "valor del trabajo", que conduce a la idea de que el valor "creado" por el trabajo se encuentra limitado al salario, nos llevaría también a la idea de que tierra y capital "crean" las otras partes del valor, aquellas constituidas por la renta y las ganancias. Tal representación del salario desembocaría, de esta manera —junto a la confusión entre trabajo abstracto y concreto y la aparente "economistas vulgares", para quienes, según las palabras de Marx (ya mencionadas en nuestro texto) "como resultado final [de la] competencia entre tierra, capital y trabajo [...] se verá que [éstos] habrán acrecentado totalmente el valor del producto".

moderna contabilidad nacional, la parte de la "facturación" total anual que representa el gasto de medios de producción). Según Marx, efectivamente, la confusión entre trabajo concreto y trabajo abstracto impedía a Smith ver que, si bien es cierto que el trabajo del año, en cuanto trabajo útil, ha creado (conjuntamente con la tierra y las "máquinas") *todo el producto anual*, igualmente cierto es que, como trabajo abstracto, éste ha creado *sólo una parte* del valor del producto anual. Se trata de la parte que es *agregada este año* a aquella otra parte de este valor que, por el contrario, ha sido transmitida al producto del capital constante consumido durante el año (y que, evidentemente, ha sido "creada" por el trabajo abstracto de años anteriores [*El capital*, cit., II/5, pp. 460-462 468-470]).

8. La distinción entre los dos tipos de trabajo, que permitía a Marx estas aclaraciones sobre el tema de la determinación de los precios, plusvalor y tasa de ganancia, traía aparejada, naturalmente, una caracterización de la producción mercantil. Con la venta de las mercancías, el tiempo de trabajo del productor individual se transforma en "trabajo abstracto" sólo en la medida en que éste ha sido aplicado según las condiciones técnicas dominantes en la colectividad (o sea, en que es "socialmente necesario") y ha sido empleado para la producción de mercancías efectivamente requeridas por la sociedad. En otras palabras, el trabajo individual se transforma en "social" (o sea que es regulado por la sociedad, tanto en la dirección como en el modo de aplicación) sólo transformándose, mediante el intercambio, en "trabajo abstracto" y esto difiere del modo en que el trabajo individual se transforma en "social" en otros modos de producción. Marx se había valido de esta caracterización de la producción mercantil,⁵ para evidenciar el utopismo de tesis como las de Proudhon, Bray, Gray (por ej., *El capital*, cit., I/1, p. 84, nota) en las que se confiaba en poder eliminar las crisis económicas y la explotación del trabajo mediante "bancos nacionales" que adquiriesen y vendiesen productos contra "bonos", proporcionales al trabajo efectuado por los productores. El defecto central de aquellos programas socialistas era fácilmente determinado por Marx en la suposición de que el tra-

⁵ Esta caracterización parece conservar su validez dentro de una correcta determinación de los precios de producción. El precio de producción de toda mercancía dependerá, en efecto, del trabajo (abstracto) socialmente necesario para su producción, y de aquel llevado a cabo por el productor individual. Y podrá además ser realizado en el mercado, siempre que la cantidad producida no exceda la que Smith llama "demanda efectiva" de las masas.

bajo individual "concreto" pudiese, por medio de tales "bancos nacionales", transformarse en trabajo "abstracto" sin pasar a través del mercado y la moneda, que por sí solos pudiesen efectuar la "abstracción" del trabajo "concreto" de productores independientes valuando los productos según las técnicas disponibles y la demanda social.

La insistencia de Marx sobre este contenido histórico de la distinción entre trabajo concreto y abstracto quizás pueda contribuir a explicar el malentendido por el cual, por ejemplo, se ha querido ver la razón de ser de la distinción misma en una denuncia de la "expropiación de la subjetividad humana" (Colletti, *Ideologia e società*, p. 117), implícita en la producción mercantil. Pero este malentendido, presente de varias maneras en mucha literatura marxista, parece explicable, sobre todo, por medio de aquel drástico y rápido cambio de la situación de teoría económica que tuvo lugar al final del siglo y por el cual, como decíamos en nuestro artículo anterior, "muchos elementos de la obra de Marx pueden resultar de difícil comprensión, aun pocos decenios después de la publicación del libro I de *El capital*".

III

9. Llegando ahora a la verdadera réplica a los críticos de mi artículo, debo decir que he encontrado, en las intervenciones de Colletti, Lippi y Vianello [véase pp. 75-83, 84-94, 65-74, respectivamente], sólo algunos puntos dignos de interés: en vez de replicar a mis argumentos, ellos parecían expresar, sobre todo, desconcierto por mi escepticismo respecto a sus interpretaciones de Marx. De tal manera, ni Colletti, ni Lippi, ni Vianello, parecen haber encontrado, hasta ahora, argumentos para oponer a todo lo que he afirmado acerca del significado de la recurrente distinción de Marx entre "conexión íntima" y "conexión aparente" de las relaciones económicas burguesas —o sobre la importancia básica de la tasa de ganancia, "fuerza motriz de la producción capitalista" (Marx, *El capital*, cit., III, vol. I, p. 316), para la "crítica de la economía política" de Marx: o sea para su argumentación relativa al carácter transitorio del capitalismo. Tampoco han explicado, hasta ahora, de qué instrumentos habría podido disponer Marx para una correcta determinación de esa tasa, de no ser la teoría del valor trabajo que Ricardo había desarrollado justamente para ese fin.⁶ Y ni siquiera han rechazado hasta ahora el hecho de que

⁶ En un artículo inspirado en el debate en *Rinascita*, Gianfranco Pala ca-

Böhm Bawerk condujera su ataque suponiendo que la "crítica de la economía política" en Marx consistiese esencialmente en la teoría del valor trabajo —por lo demás entendida a la manera utópica de Rodbertus— o bien, impugnado el que Hilferding y la sucesiva tradición marxista hayan implícitamente aceptado gran parte de esta errónea representación de la teoría económica de Marx. Mis críticos han preferido afirmar que mis tesis eran "insostenibles" (Colletti), "reductoras" y tales como para que "resultara difícil no tener dudas fundadas" acerca de su falta de fundamento (Lippi); "alejadas de la verdad" porque el entrelazamiento de la determinación de la ganancia y del concepto de "trabajo abstracto" (visto a la manera de Colletti) es "indudable" (Vianello), y otros comentarios del mismo tenor. Acompañados de tanta vaguedad y tantas lagunas en los argumentos, estas alusiones polémicas me parecen dirigidas más a cubrir la debilidad de las tesis de mis interlocutores que a denunciar la inconsistencia de las mías.

10. Vayamos entonces a los pocos puntos interesantes. Vianello se refiere a mi observación, según la cual el modo en que el valor trabajo es introducido y utilizado en los libros I y II de *El capital* encuentra parte de su explicación en el hecho de que, para Marx, la magnitud decisiva, o sea la tasa general de la ganancia, no es influida por el hecho de que las mercancías se intercambien según los precios de producción, antes que según el trabajo incorporado. A esto, Vianello objeta que sería preciso, en primer lugar, explicar "las razones que inducen a Marx a determinar la tasa de la ganancia de esa manera particular", entendiendo que tal determinación revelaría una concepción apriorística del trabajo como "sustancia de los réditos", totalmente independiente de la determinación de las efectivas relaciones de intercambio. Lo que Vianello parece olvidar aquí es que el procedimiento de Marx resulta simplemente de suponer que el producto puede ser medido de manera independiente de su división en salarios, ganancias y rentas. Ahora bien, tal suposición —sin duda válida siempre que pudiese limitarse a mediciones físicas— es el fundamento implícito de las teorías del excedente en sus primeras formulaciones: ésta se encuentra presente en Quesnay, en el Smith que Marx llamará

lífica de "extravagante", etc., etc., la interpretación de la famosa carta de Marx a Kugelmann incluida en mi artículo [véase parte I]. Sin embargo, se refiere a esa interpretación como si ella afirmara "que el valor no sirve para nada" (*Unità proletaria*, julio-agosto de 1978, p. 76). La concentración de nuestro autor en los adjetivos parece, en este caso, haber dañado su capacidad de leer atentamente.

teórica: a El capital de Marx, esencialmente [...] [véase p. 161 del presente volumen. El subrayado es de Garegnani.]

["Formule magiche e polvere d'arsenico", en *Rinascita*, núm. 18, 11 de mayo de 1979.]



impreso en editorial galache, s.a.
privada del dr. márquez 81 — méxico 7, d.f.
tres mil ejemplares más sobrantes para reposición
18 de junio de 1979